

NORA  
ROBERTS

Cambio  
de rumbo



Nora Roberts

**Cambio de rumbo**

# *Índice*

[Cambio de rumbo](#)

[Argumento](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

# Argumento

Las altas montañas y las llanuras barridas por el viento la llamaban. Pero no pensaba quedarse para siempre... hasta que Jake Tanner agitó sus emociones como un vendaval de verano y le hizo imposible partir. Ningún hombre, sin embargo, iba a persuadir a Samantha Evans para que renunciara a sus sueños. Ni siquiera un presuntuoso vaquero que hacía arder su sangre...

# Capítulo 1

El paisaje del sureste de Wyoming es una espléndida paradoja. Extensas llanuras y ondulantes colinas coexisten con montañas pedregosas y densos y aterciopelados pinares. Desde la ventana de la cocina, la vista era asombrosa. Samantha Evans hizo un alto en sus quehaceres para contemplarla.

Las Rocosas, cuyos picos engalanaba la nieve a pesar de estar a finales de marzo, dominaban el vasto lienzo del cielo. Samantha se preguntaba si estaría en Wyoming el invierno siguiente. Soñaba con dar largos paseos con el aire punzante y afilado azotando su cara, o con cabalgar a galope tendido sobre una briosa montura cuyos cascos levantarían ráfagas de nieve. Pero nada de eso ocurriría hasta que su hermana se encontrara mejor y pudiera quedarse sola.

Su suave frente se frunció con enojo. Si se encontraba en Wyoming, con sus majestuosas montañas y sus apacibles llanuras, y no en los alrededores de Filadelfia, cuyos altos edificios y calles atestadas de coches le resultaban mucho más familiares, era precisamente por Sabrina.

Siempre habían estado muy unidas, con esa intimidad especial y mágica que comparten los hermanos gemelos. No eran idénticas. A pesar de que eran de la misma altura y complexión, Samantha tenía los ojos grandes, de un azul oscuro como el de la flor del botoncillo, con las pestañas densas y rizadas, mientras que los de Sabrina eran de un gris claro. Las dos tenían la cara ovalada, la nariz pequeña y recta y la boca bien formada, pero Samantha tenía el pelo castaño, con matices dorados, y lo llevaba cortado a la altura de los hombros, con el flequillo recto, en tanto que Sabrina lo tenía rubio ceniza y corto, de tal modo que se le rizaba delicadamente alrededor de la cara. El vínculo que las unía era fuerte y resistente. Incluso después de que Sabrina se casara con Dan Lomax y se fuera a vivir a cientos de kilómetros para establecerse en el rancho de su marido en la cuenca del Laramie, su afecto había seguido siendo firme y constante.

Se mantenían en contacto por teléfono y por carta, y ello ayudaba a mitigar la dolorosa soledad de Samantha. Se alegraba de que la perspectiva de ser madre hiciera tan feliz a Sabrina. Las dos se habían reído y habían hecho planes por teléfono. Pero eso había sido antes de la llamada de Dan. El timbre agudo del teléfono había sacado Samantha de un sueño profundo antes de que amaneciera. Había buscado a tientas el teléfono y, a pesar de que estaba todavía soñolienta, la

voz ansiosa de su cuñado le había despejado de inmediato.

—Sam —había dicho Dan sin preámbulos—, Sabrina ha estado muy mal. El bebé está bien, pero ella tendrá que cuidarse mucho una temporada. Tendrá que quedarse en la cama, y alguien tendrá que cuidarla día y noche. Estamos intentando encontrar a alguien que...

Samantha sólo había pensado una cosa: su hermana, la persona a la que más quería en el mundo.

—No te preocupes, Dan, iré enseguida.

Menos de veinticuatro horas después, se hallaba en un avión rumbo a Wyoming.

El silbido de la tetera devolvió a Samantha al presente. Empezó a servir el té de hierbas y a colocar las delicadas tazas adornadas con flores en la bandeja de plata.

—La hora del té —dijo, alzando la voz, al entrar en el cuarto de estar.

Sabrina estaba recostada en el largo sofá bordeado de madera, entre almohadas y edredones. A pesar de que su sonrisa era cálida, sus mejillas conservaban aún una tenue palidez.

—Igual que en las películas —comentó cuando su hermana dejó la bandeja sobre la mesa de pino—. Pero el papel de Camille empieza a hacérseme pesado.

—Ya me lo imagino —Samantha sirvió el té fragante en sendas tazas—. Pero será mejor que te vayas acostumbrando, Bri, porque todavía te toca hacerlo un mes más —quitó el gran gato de rayas grises del regazo de Sabrina, le ofreció a su hermana una taza humeante y se sentó en la alfombra con el gato sobre las rodillas—. ¿Te ha estado haciendo compañía Shylock?

—Es un esnob insoportable —Sabrina esbozó una sonrisa irónica, y bebió un sorbo de té—. Me permite magnánimamente que le rasque las orejas. Reconozco que me alegro de que lo trajeras. Es lo que más me entretiene —suspiró y se recostó en las almohadas, observando a su hermana con expresión seria—. Me avergüenza estar aquí tumbada, sintiendo lástima de mí misma. La verdad es que soy muy afortunada —apoyó la mano sobre su vientre con gesto tierno—. Voy a tener a mi bebé, y no paro de quejarme porque me atiendes.

—Es lógico que te quejes un poco, Bri —dijo Samantha, compadeciéndose de inmediato de ella—. Estás acostumbrada a llevar una vida muy activa.

—No tengo derecho a quejarme. Tú has dejado tu trabajo y tu casa para venir aquí a ocuparte de mí —se le escapó otro profundo suspiro, y sus ojos grises se humedecieron—. Si Dan me hubiera dicho lo que pensabas hacer, no te lo habría permitido.

—No podrías habérmelo impedido —Samantha intentó quitarle hierro al asunto—. Para eso están las hermanas mayores.

—Nunca se te olvidan esos siete minutos, ¿eh? —los ojos le Sabrina se aclararon, y una sonrisa cansina curvó su generosa boca.

—No. Me hacen parecen mayor.

—Pero tu trabajo, Sam...

—No te preocupes —Samantha le quitó importancia a la cuestión con un gesto de la mano—. Ya encontraré otro empleo en otoño. Hay muchos institutos en el país, y todos necesitan profesoras de gimnasia. Además, me hacían alta unas vacaciones.

—¡Unas vacaciones! —exclamó Sabrina—. Limpiar, cocinar, ocuparte de una inválida... ¿a eso llamas tú vacaciones?

—Mi querida Sabrina, ¿alguna vez has intentado enseñar los rudimentos de las barras paralelas a una adolescente con sobrepeso y problemas de coordinación? ¡Ay, si yo te dijera lo que me parecen a mí unas vacaciones! —Menuda pareja formamos, Sam. Tú con tus adolescentes y yo con mis Mozarts en plena pubertad. Sólo Dios sabe cuántas veces he limpiado mantequilla de cacahuete de las teclas de ese viejo Wurlitzer antes de que pareciera Dan y me alejara de las escalas y de los niños prodigio. ¿Crees que mamá esperaba que nos convirtiéramos en esto cuando nos llevaba a rastras a todas esas clases?

—Bueno, pero tenemos una formación muy completa —Samantha esbozó una sonrisa ligeramente maliciosa—. ¿Tú no le estás agradecida? Ella siempre decía que algún día le daríamos las gracias por las clases de ballet y de piano.

—Las clases de dicción y las de equitación —continuó Sabrina, contándolas con los dedos—. Las de gimnasia y las de natación —concluyó con una suave risa.

—¡Pobre mamá! —Samantha colocó a Shylock en una postura más cómoda—. Creo que esperaba que una de nosotras se casara con el presidente, y quería que estuviéramos preparadas.

—No deberíamos reírnos —Sabrina se enjugó los ojos con un pañuelo—.

Gracias a esas clases nos ganamos la vida.

—Cierto. Y yo todavía sé hacer un soufflé de espinacas buenísimo.

—Puaf —Sabrina hizo una mueca, y Samantha levantó las cejas.

—Exacto.

—Tú tienes tus medallas —le recordó Sabrina. Su sonrisa se enterneció con una veta de orgullo y admiración. —Sí, tengo las medallas y los recuerdos. A veces me parece que fue ayer. Pero han pasado casi diez años. Sabrina sonrió.

—Todavía me acuerdo de lo ilusionada y asustada que estaba cuando saltaste a las barras asimétricas. Aunque había visto el ejercicio cientos de veces, casi no podía creer que fueras tú. Cuando te colgaron la primera medalla olímpica, fue uno de los momentos más felices de mi vida.

—Recuerdo que, justo antes de ese ejercicio, después de hacerlo tan mal en la barra de equilibrios, pensé que no iba a ser capaz. Sentía las piernas como de gelatina, y me daba un miedo atroz marearme y hacer el ridículo. Luego vi a mamá en las gradas, y pensé en lo mucho que se había sacrificado. No en el dinero, sino en cómo había doblegado esos valores suyos tan extraños para concederme todos esos años de entrenamientos y esos escasos momentos de competición, tan embriagadores. Tenía que demostrar que todo eso estaba justificado; tenía que devolverle algo, aunque sabía que nunca sería capaz de decir que estaba orgullosa de mí.

—Demostraste que estaba justificado —Sabrina le lanzó una suave sonrisa a su hermana gemela—. Aunque no hubieras ganado en las asimétricas y en suelo, lo habrías demostrado con el solo hecho de estar allí. Y mamá estaba orgullosa de ti, aunque no lo dijera.

—Tú siempre lo has entendido. Así que olvídate de esa idea de que te estoy haciendo un favor por estar aquí. Quiero estar aquí. Éste es mi sitio.

—Sam... —Sabrina le tendió una mano—. No sé qué haría sin ti. No sé que habría hecho sin ti toda la vida.

—Te las habrías arreglado —contestó Samantha, apretándole suavemente la mano—. Tienes a Dan.

—Sí, claro —su sonrisa se enterneció—. Ésta es la hora del día en que le echo más de menos. No creo que ya tarde mucho en volver —su mirada se deslizó hasta el reloj, cubierto con una campana de cristal, que había sobre la repisa de la chimenea, encima del fuego.



—Me parece que dijo que hoy iba a revisar el cercado. Siempre me lo imagino persiguiendo a cuatrerros o luchando contra indios renegados.

Sabrina dejó escapar una risa ligera y se recostó entre los cojines.

—Eres una auténtica urbanita. ¿Sabes, Sam?, a veces ni siquiera me acuerdo de cómo es Filadelfia. Jake Tanner iba a acompañar a Dan para asegurarse de que el cercado está en buen estado.

—¿Jake Tanner? —preguntó Samantha distraídamente.

—Ah, es verdad, tú aún no lo conoces. Nuestro rancho linda con el suyo por el extremo noroeste. Aunque, claro, el Lazy L cabría en un rincón del rancho de Jake. Es dueño de medio condado.

—Ah, un terrateniente —concluyó Samantha.

—Tú lo has dicho —dijo Sabrina—. Su rancho, el Doble T, es impresionante. Funciona como un reloj. Es muy eficiente. Dan dice que Jake, además de ser un ranchero increíble, es un empresario muy hábil.

—Por lo que dices parece un pelmazo —comentó Samantha, arrugando la nariz—. Pelo cano, cara curtida, bigote como un manillar de bicicleta cayéndole sobre la boca, y una generosa barriga rebosándole por encima del cinturón...

La risa de Sabrina sonó alta y dulce.

—No sabes lo equivocada que estás. Jake Tanner no es ningún pelmazo y, hablando desde la seguridad que da la felicidad conyugal, te aseguro que es un hombre fascinante al que merece la pena mirar. Y como es rico y soltero, todas las mujeres de menos de cuarenta años revolotean a su alrededor como abejas alrededor de la miel.

—Parece un buen partido —dijo Samantha secamente—. A mamá le habría encantado.

—Desde luego que sí —respondió Sabrina—. Pero Jake no se ha dejado atrapar todavía. Aunque, por lo que dice Dan, disfruta bastante de la cacería.

—Ahora, además de un pelmazo, me parece un engreído —Samantha se puso a acariciar la suave tripa de Shylock.

—No se le puede reprochar que aproveche las oportunidades que se le ofrecen —Sabrina defendió al ausente Jake Tanner con un vago movimiento de los hombros—. Supongo que pronto sentará la cabeza. Lesley Marshall, la hija del dueño del rancho que linda con el Doble T por otro lado, le ha echado el ojo.

Es una mujer muy decidida, además de muy malcriada y tremendamente rica.

—Parecen la pareja ideal.

—Mmm, puede ser —murmuró Sabrina, y un leve ceño arrugó su semblante—. Lesley es bastante amable cuando le conviene, y ya va siendo hora de que Jake se case y tunde una familia. Yo le aprecio mucho. Me gustaría verlo con una mujer más afectuosa.

—Escucha a la vieja matrona —le dijo Samantha a Shylock, que dormitaba tranquilamente—. Lleva un año felizmente casada, y ya no soporta ver a nadie soltero.

—Cierto. Dentro de poco pasaré a la ofensiva contigo.

—Gracias por la advertencia.

—Wyoming está lleno de vaqueros guapos y de apuestos rancheros — Sabrina siguió sonriendo mientras su hermana hacía una mueca—. Y hay peores sitios para vivir.

—No me importaría vivir aquí, Bri. Me gustan mucho los grandes espacios abiertos. Pero... —hizo una pausa para darle mayor énfasis a sus palabras—, los vaqueros y los rancheros no entran en mis planes a corto plazo —se levantó les suelo ágilmente—. Tengo que echarle un vistazo al guisado. Toma, romántica empedernida —le dio a su hermana la novela que había sobre la mesa—, ponte a leer una de tus historias de amor.

—No te pondrás tan cínica cuando te enamores —dijo Sabrina con la sabiduría que daba la experiencia.

—Claro —Samantha sonrió con indulgencia—. Cuando me enamore habrá campanitas y fuegos artificiales, y trompetas —le dio a su hermana unas palmaditas en la mano y salió tranquilamente de la habitación, diciendo por encima del hombro—, y cantos angelicales, y llamas que saltarán por los aires...

—Tú espera y verás —gritó Sabrina a su espalda.

Samantha se puso a preparar unas verduras para la cena y chasqueó la lengua mientras pensaba en las bobadas de su hermana. «Amor», resopló con desdén. Su experiencia respecto a esa compleja emoción se limitaba a mantener a raya las molestas atenciones de individuos sedientos de sexo. Ningún hombre había encendido en ella la chispa de la pasión. Pero, fuera lo fuese el amor, a Bri

le sentaba bien. Su hermana siempre había sido más delicada, más tierna y dependiente que ella. Y aunque Sabrina intentaba mostrarse fuerte y valerosa, Samantha sabía que el miedo a perder el niño acechaba todavía en un rincón de su mente. Sabrina necesitaba el apoyo y el amor de Dan, y en ese instante le hacía falta sentir sus brazos alrededor de ella.

Como si su plegaria hubiera obtenido respuesta, Samantha vio de pronto que dos figuras a caballo se acercaban por el prado. Descolgó su pesada chaqueta del perchero que había junto a la puerta trasera y salió sigilosamente de la cocina al aire helado de marzo.

Cuando Dan y su acompañante se acercaron, los saludó con la mano, sonriendo. Había notado, incluso desde lejos, la expresión preocupada de Dan, cuyo semblante se distendió en una sonrisa al verla.

—¿Sabrina está bien? —preguntó su cuñado mientras tiraba de las riendas, a su lado.

—Sí, está bien —le aseguró Samantha—. Sólo está un poco inquieta, y echa terriblemente de menos a su marido.

—¿Ha comido mejor hoy?

La sonrisa de Samantha se enterneció, y un destello de sorprendente belleza iluminó su rostro.

—Sí, tiene mucho mejor apetito. Se está esforzando mucho —Samantha levantó una mano para acariciar el suave flanco del caballo de Dan—. Pero es a ti a quien necesita.

—Iré en cuanto guarde el caballo en el establo.

—Oh, Dan, por el amor de Dios. Deja que lo haga este hombre. O lo haré yo misma. Bri te necesita.

—Pero...

—No se preocupe, jefe —dijo el hombre quedo acompañaba, y Samantha le lanzó una breve mirada—. Yo me ocupo de su caballo. Usted vaya a ver a la señora.

Dan le lanzó a su acompañante una amplia sonrisa y desmontó.

—Gracias —dijo con sencillez al darle las riendas, y se volvió hacia Samantha—. ¿Vienes?

—No —ella movió la cabeza de un lado a otro y se encogió de hombros

bajo los confines de la chaqueta—. Querréis estar solos, y a mí me apetece tomar un poco el aire.

—Gracias, Sam —Dan le pellizcó la mejilla con afecto de hermano y se alejó hacia la casa.

Samantha esperó a que la puerta se cerrara tras él. Luego echó a andar y se dejó caer cansadamente sobre el tocón que se usaba para cortar la leña. Apoyó la espalda en la cerca, respiró profundamente y saboreó con ansia el aire frío y áspero. El ajeteo de atender a su hermana, ocuparse de la casa y hacer la comida —incluyendo, pese a las protestas de su cuñado, el desayuno que Dan tomaba antes de que amaneciera—, empezaba a pasarle factura.

—Unos pocos días más —musitó al tiempo que cerraba los ojos—. Unos pocos días más y me habré acostumbrado a esta rutina. Entonces me sentiré mejor —la gruesa chaqueta la aislaba de las dentelladas del frío. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el aire jugara sobre sus mejillas mientras su mente zozobraba al borde de la extenuación.

—Curioso sitio para echar la siesta.

Samantha se irguió dando un respingo, confusa y desorientada por el sueño. Sus ojos se deslizaron hasta el rostro de quien había hablado. Era un rostro flaco, de tez bronceada por el sol y tensa sobre los pómulos, todo líneas y sombras, ángulos y cavidades. Los ojos eran llamativos, profundos y de densas pestañas. Su color, de un tono jade intenso y puro, atrapó de inmediato la atención de Samantha. El cabello rubio oscuro de aquel hombre asomaba, rizado, bajo el viejo y gastado Stetson.

—Buenas noches, señora —se tocó respetuosamente el ala del sombrero, pero sus extraordinarios ojos tenían una mirada ligeramente burlona.

—Buenas noches —contestó ella, intentando recobrar la compostura.

—Puede pillar un buen resfriado si se queda ahí sentada cuando se ponga el sol. Además, se está levantando el viento —su forma de hablar era lenta y cadenciosa. Distribuía el peso del cuerpo equitativamente sobre ambas piernas, y tenía las manos metidas en los bolsillos—. No debería salir sin sombrero —su comentario fue acompañado por un leve movimiento de la cabeza hacia la cabeza desnuda de Samantha—. El sombrero conserva el calor del cuerpo.

—No tengo frío —Samantha temió por un momento que sus dientes

empezaran a castañetear y la traicionaran—. Sólo estaba... tomando un poco el fresco.

—Sí, señora —él asintió con la cabeza y miró tras ella, hacia el fulgor mortecino del sol, que se iba escondiendo tras las copas cónicas de los pinos—. Bonita tarde para salir a contemplar la puesta de sol.

Samantha advirtió su tono burlón, y sus ojos relucieron. Le avergonzaba que la hubiera sorprendido durmiendo. Él esbozó una sonrisa despreocupada que se extendió lentamente por su rostro. El movimiento de sus labios hizo que las cavidades se hicieran más profundas y que las sombras se movieran. Los labios de Samantha se curvaron involuntariamente.

—Está bien, confieso que me ha sorprendido dando una cabezada. Supongo que no me creerá si le digo que sólo estaba descansando un poco los ojos.

—No, señora —contestó él muy serio, con un levísimo tono de disculpa.

—Bueno —Samantha se puso en pie, y comprobó con desaliento que aun así tenía que levantar la vista para mirarlo a los ojos—. Si no dice usted nada, me encargaré de que le den un trozo de la tarta de manzana que he hecho para la cena.

—Es una oferta muy tentadora —él se quedó pensando mientras se acariciaba la barbilla con su mano de largos dedos—. Tengo debilidad por la tarta de manzana. Sólo hay una o dos cosas que me gusten más —sus ojos se deslizaron sobre ella en un escrutinio tan directo e intenso que el corazón de Samantha comenzó a latir con desacostumbrada rapidez.

Aquel hombre tenía algo distinto, pensó Samantha fugazmente; algo único. Una vitalidad que contrastaba con su acento indolente y su sonrisa despreocupada. Él se echó el sombrero hacia atrás, dejando al descubierto más rizos desordenados.

—Trato hecho —le tendió la mano para sellar el acuerdo, y Samantha posó su mano pequeña en la de él, mucho más grande.

—Gracias —dijo casi sin aliento, y notó que el cosquilleo que le subía por el brazo estorbaba su voz. Apartó la mano bruscamente y se preguntó qué tenía aquel hombre que perturbaba su equilibrio—. Lamento haber sido un poco brusca antes, con lo del caballo de Dan —dijo con precipitación, intentando ocultar una reacción que no lograba entender.

—No hace falta que se disculpe —le aseguró él, y el suave matiz de su voz enervó a Samantha y, al mismo tiempo, la conmovió—. Todos le tenemos afecto a la señora Lomax.

—Sí, bueno, yo... —tartamudeó ella, y de pronto sintió la necesidad de alejarse de aquel hombre de lento hablar—. Será mejor que entre. Dan debe de tener hambre —miró más allá de él y vio su caballo, que, todavía ensillado, esperaba pacientemente—. No ha guardado su caballo. ¿No ha acabado por hoy? —advirtió con perplejidad el tono ansioso de su propia voz. «¿Y a mí qué me importa?», se preguntó, enojada.

—Oh, sí, señora, he acabado —su voz sonaba risueña, pero Samantha, que estaba observando atentamente al caballo, no lo notó.

Era un animal espléndido, de lustroso pelaje castaño oscuro y de, al menos, dieciséis palmos de alzada, calculó Samantha; líneas clásicas, crin abundante y sedosa y cara orgullosa y redondeada. Un caballo árabe. Samantha sabía de caballos y era capaz de reconocer a un potro árabe de pura sangre cuando lo veía. ¿Qué demonios...?

—Eso es un caballo árabe —sus propias palabras interrumpieron sus cavilaciones.

—Sí, señora —dijo él con naturalidad; con excesiva naturalidad. Samantha achicó los ojos con recelo y se volvió hacia él.

—Ningún bracero de un rancho va por ahí montado en un caballo que vale la paga de seis meses —se quedó mirándolo y él le sostuvo la mirada con cara de póquer—. ¿Quién es usted?

—Jake Tanner, señora —su lenta sonrisa apareció otra vez, se hizo más amplia, más intensa, y luego se aquietó mientras él se levantaba el ala del sombrero—. Encantado de conocerla.

El terrateniente que tenía a las mujeres a sus pies, recordó Samantha de pronto, y el enojo oscureció su mirada.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—Acabo de decírselo —señalo él.

Ah —ella se echó hacia atrás la densa cabellera—. Sabe perfectamente lo que quiero decir. Pensaba que era uno de los hombres de Dan.

—Sí, señora —asintió él.

—Deje de llamarme señora —le ordenó ella—. ¡Qué truco tan mezquino! Sólo tenía que abrir la boca y decir quién era. Yo misma habría guardado el caballo de Dan.

—No tiene importancia —su expresión se volvió enojosamente simpática—. No ha sido molestia, y usted ha dado una cabezadita.

—Bueno, señor Tanner, ya se ha reído bastante de mí. Espero que se lo haya pasado bien —dijo ella con frialdad.

—Sí, señora —su sonrisa se hizo más amplia sin que pareciera moverse un ápice—. Me lo he pasado bien.

—Le he dicho que deje de... —se detuvo y se mordió el labio, exasperada—. Oh, olvídelo —meneó la cabeza, dio unos pasos hacia la casa y luego se volvió hacia él—. He notado que su acento ha cambiado un poco, señor Tanner.

Él no contestó; siguió allí parado tranquilamente, con las manos metidas en los bolsillos y la cara oscurecida por las sombras del anochecer. Samantha dio media vuelta y echó a andar hacia la casa con paso decidido.

—¡Eh! —gritó él, y ella se volvió sin pensárselo dos veces—. ¿Qué hay de esa tarta?

Samantha respondió a su pregunta mirándolo con enojo. La risa de Jake Tanner, sonora y profunda, la siguió hasta la casa.

## Capítulo 2

El estruendo de la puerta al cerrarse reverberó en toda la casa cuando Samantha entró en el cuarto de estar quitándose la chaqueta a trompicones. Al ver la cara de su hermana, Sabrina se hundió entre las almohadas, recogió la novela que tenía sobre el regazo y escondió la nariz entre sus páginas. Dan, sin embargo, no advirtió la tormenta que auguraban los ojos azules y las mejillas sofocadas de Samantha, y recibió a su cuñada con una sonrisa ingenua y cordial.

—¿Dónde está Jake? —miró más allá de ella—. No me digas que se ha ido sin tomarse siquiera una café.

—Por mí puede irse directamente al infierno sin su café.

—Supongo que quería irse a casa antes de que anocheciera —concluyó Dan, y asintió con la cabeza, muy serio, aunque sus ojos brillaban de regocijo.

—No te hagas el tonto conmigo, Dan Lomax —Samantha avanzó hacia él—. Eso ha sido una estupidez. ¡Hacerme creer que era uno de tus braceros y...! —una risita escapó desde detrás del libro—. Me alegra saber que te hace tanta gracia que le tomen el pelo a tu hermana.

—Oh, Sam, lo siento —Sabrina bajó el libro con precaución—. Es que cuesta creer que alguien pueda tomar a Jake Tanner por un bracero —rompió a reír, y Samantha no supo si alegrarse por ver reír a su hermana o enfadarse por ser la causa de su risa.

—¿Y qué le hace tan especial, si puede saberse? —preguntó—. Viste igual que todos los vaqueros que he visto por aquí, y el sombrero que lleva ha conocido mejores días, eso salta a la vista —Samantha recordaba, sin embargo, que aquel hombre tenía algo especial que ella había sido incapaz de definir. Desdeñó con firmeza aquella inquietante idea—. ¡Qué desfachatez! —volvió a encararse con Dan—. ¡Llamarte a ti jefe y a mí señora con ese acento exagerado!

—Me parece que sólo pretendía ser amable —sugirió Dan. Su sonrisa era amable y candorosa. Samantha le lanzó una mirada que aterrorizaba a sus alumnos.

—¡Hombres! —levantó los ojos hacia el techo con la esperanza de encontrar allí la respuesta—. Sois todos iguales. Siempre justificándoos los unos a los otros —se inclinó para recoger a Shylock, que estaba dormido, y entró en la



cocina con decisión.

El tiempo en el rancho pasaba volando. Aunque durante el día estaba muy atareada, Samantha añoraba el desgaste físico que desde hacía años formaba parte de su vida. A veces le resultaba agobiante estar encerrada en casa. Tras muchos años de entrenamiento y disciplina, el ejercicio físico se había vuelto para ella una necesidad perentoria.

De manera inconsciente dividía su vida en tres periodos: los años preolímpicos, los años olímpicos y los años postolímpicos.

Los años preolímpicos eran un confuso borrón formado por actividades extraescolares, profesores de piano e instructores de baile, y por las suaves pero inevitables reprimendas de su madre para que se comportara «como una señorita». Luego, la primera vez que agarró la barra inferior de las asimétricas, empezó un nuevo capítulo.

Cuando cumplió doce años tenía ya un gran futuro por delante. Así se lo dijo el monitor de gimnasia a su madre, para quien aquel cumplido fue más causa de preocupación que de júbilo. Pero, a pesar de que su madre se opuso a que se entrenara de forma más exhaustiva, Samantha acabó saliéndose con la suya.

Las horas de entrenamiento se convirtieron en meses, los torneos del condado en torneos estatales, y las competiciones nacionales en competiciones internacionales. Cuando la seleccionaron para el equipo olímpico, aquello fue sólo un paso más en el camino que estaba decidida a seguir. Aceptaba sin vacilar el cansancio y los músculos doloridos.

Luego todo acabó, y a los quince años descubrió que tenía que renunciar a lo que se había convertido en su modo de vida. Debía pensar en ir a la universidad, y en ganarse la vida. Los años del periodo postolímpico fueron pasando, y Samantha recordaba sus tiempos de competición como si fueran un sueño. Ahora su vida estaba cambiando de nuevo, aunque ella no estaba muy segura de en qué sentido. Las montañas y las llanuras la llamaban, invitándola a descubrirlas, pero Samantha enterraba sus deseos y se quedaba en casa para atender a su hermana. «Dan está muy ocupado», se decía mientras preparaba la comida, «y Bri necesita a alguien siempre a su lado hasta que pase el periodo crítico. Cuando esté mejor, ya tendré tiempo de ver el campo».

Arqueó la espalda y se frotó el cuello, donde notaba un leve nudo de

tensión. La puerta de la cocina se abrió y entró Dan acompañado por Jake Tanner. Samantha miró con calma sus risueños ojos verdes, a pesar de que se sentía de nuevo traicionada y en desventaja.

Esa mañana se había recogido descuidadamente el pelo sobre la coronilla, y los lacios mechones empezaban escapar de su confinamiento. Iba vestida con un jersey negro de trenzas que había lavado demasiadas veces y unos vaqueros viejos, manchados, descoloridos y demasiado apretados. Resistió las ganas de llevarse la mano al pelo desordenado, compuso una sonrisa y se volvió hacia su cuñado.

—Hola, Dan. ¿Qué haces en casa a estas horas? —ignoró deliberadamente la alta figura de Jake Tanner.

—No estaba lejos de aquí —explicó Dan. Se quitó la chaqueta y el sombrero y los lanzó al perchero—. Jake me estaba echando una mano y se me ocurrió invitarlo a comer.

—Espero no molestar, señora —la lenta sonrisa se extendió, recomponiendo una vez más los ángulos de su cara.

—No es molestia, señor Tanner. Pero tendrá que conformarse con las sobras de ayer.

—Mi plato preferido... —se detuvo un momento y le hizo un guiño desvergonzado—. Después de la tarta de manzana.

Samantha le lanzó una mirada mordaz y se alejó para calentar las sombras del estofado de la noche anterior.

—Voy a decirle a Sabrina que estoy aquí —anunció Dan, y se marchó.

Samantha procuró ignorar la turbadora presencia de Jake y se puso a remover el estofado con ahínco.

—Huele bien Jake se acercó y se recostó en la cocina.

Samantha fue al aparador a sacar los platos. Cuando se dio la vuelta para ponerlos en la mesa redonda, notó que él se había quitado la trenca. Los vaqueros ajustados, que se ceñían a sus estrechas caderas, acentuaban su delgadez. La camisa de franela se ceñía a sus anchas espaldas y a su recio pecho antes de abrazarse a su estrecha cintura. La atleta que había en Samantha admiró de inmediato aquel cuerpo firme y bien proporcionado. Jake Tanner no tenía ni un solo gramo de grasa.

—No habla mucho, ¿no? —su indolente acento, el exagerado deje de la noche anterior apareció de nuevo. Samantha giró la cabeza, dispuesta a helarlo con su mirada.

Él estaba recostado junto a la cocina; su cara quedaba a sólo unos centímetros de la de ella. El cerebro de Samantha dejó de funcionar un momento.

—No tengo nada que decirle, señor Tanner —luchó por mantener un tono de voz frío y distante, pero sentía cómo le afluía la sangre a la cara.

—Pues habrá que ver si eso se puede arreglar —dijo él con despreocupado aplomo mientras se erguía en toda su estatura—. Por aquí no nos andamos con formalidades. Llámame Jake —aunque pronunció aquellas palabras con su habitual indolencia, había en ellas cierto matiz imperioso. Samantha se puso alerta y alzó la barbilla.

—Tal vez prefiera que no haya confianzas entre nosotros, señor Tanner.

Los labios de Jake se curvaron en una sonrisa remolona, pero Samantha advirtió en sus ojos un algo especial que lo distinguía de un simple bracero. Poder. Se preguntaba cómo no se había dado cuenta la primera vez.

—No creo que eso sea posible —Jake hizo una pausa y se apartó un mechón de pelo antes de añadir con irritante énfasis—, señora. No, no creo que eso sea posible.

Dan entró en ese momento, salvando a Samantha de replicar como exigía la situación. Ella comenzó a servir el estofado en los platos de cerámica, y notó con desaliento que le temblaban un poco las manos. La arrogancia y el aplomo indolente de aquel hombre la sacaban de quicio. «Nunca he conocido a un hombre más irritante», pensó. «Se cree que basta con que saque a relucir su tosco encanto de vaquero para que las mujeres se derritan a sus pies. Puede que algunas lo hagan, pero conmigo que no cuente».

—¿De acuerdo, Sam? —la voz de Dan hizo añicos el silencio cargado de electricidad.

—¿Qué? Perdona, no te estaba escuchando.

—Le harás compañía a Jake, ¿verdad? Yo voy a comer con Sabrina en el cuarto de estar.

Ella maldijo para sus adentros.

—Claro —contestó con una sonrisa impersonal.

Unos minutos después, Samantha se encontró sentada frente al hombre al que más deseaba evitar.

—Tienes buena mano para el estofado, Sam.

Ella levantó involuntariamente las cejas al oír que Jake utilizaba con naturalidad el diminutivo de su nombre, pero logró hablar con calma.

—Gracias, señor Tanner. Es sólo uno de mis muchos talentos.

—Estoy seguro de que así es —contestó él inclinando la cabeza—. No has cambiado mucho desde la foto que tiene Sabrina en el salón —Samantha se quedó perpleja—. Ahí debías de tener unos quince años —continuó él—. Estabas un poco más flacucha que ahora, pero tenías el mismo pelo. Por cierto, no parece gustarle mucho quedarse recogido sobre tu cabeza —la expresión perpleja de Samantha se convirtió en una mueca de disgusto al oír la palabra «flacucha». Recordaba claramente aquella foto—. Acababas de ganar tu segunda medalla —tenía entonces, en efecto, quince años. Aquella fotografía, hecha en el momento de acabar su ejercicio de suelo, había captado su expresión de asombrado triunfo, pues en ese instante había comprendido que la medalla era suya—. Sabrina está tan orgullosa de ti como tú preocupada por ella.

Samantha no dijo nada. Se quedó mirando los rasgos finos y hermosos de Jake Tanner. Él levantó las cejas ligeramente, en un gesto que habría pasado inadvertido de no ser porque Samantha estaba observando atentamente su rostro. Por un instante, ella perdió el hilo de la conversación, absorta en una serie de pequeños e insignificantes detalles: los rizos rubios que caían sobre su frente, la pequeña cicatriz blanquecina de su mandíbula, la densidad de sus largas pestañas... Aturdida, fijó los ojos en el plato y procuró ordenar sus pensamientos.

—Había olvidado que Bri tenía esa foto —dijo—. De eso hace mucho tiempo.

—Así que ahora te dedicas a la enseñanza. Pero no te pareces a las profesoras de gimnasia que he conocido.

—¿Ah, no?

—No, señora —él meneó lentamente la cabeza y la observó mientras masticaba otra cucharada de estofado—. No pareces ni lo bastante fuerte ni lo bastante vieja.

—Te aseguro Jake, que soy lo bastante fuerte y lo bastante vieja como para

ejercer mi profesión.

—¿Por qué te hiciste profesora de gimnasia?

Samantha lo miró con fijeza, sorprendida por aquella repentina pregunta.

Bueno, yo... —mover los hombros, inquieta—. Cuando Bri y yo éramos pequeñas, nuestra madre era una fanática de las actividades extraescolares —sonrió a pesar de sí misma—. Dimos clases de todo. Mamá tenía la teoría de que debíamos tener una formación completa. Al final, Bri descubrió su talento para la música y yo desarrollé el gusto por el deporte. Durante algún tiempo me concentré en la gimnasia; y, cuando llegó el momento de ponerme a trabajar, me pareció lo más natural seguir por ese camino. Bri enseña a niños pequeños a tocar a los clásicos, y yo enseñé a chicas más mayores a dar saltos y hacer piruetas.

—¿Te gusta tu trabajo? ¿Estás contenta con él?

—Pues sí —contestó ella—. Me gusta el deporte; me gusta hacer un trabajo físico. A veces resulta frustrante, claro. Sospecho que algunas de mis alumnas preferirían estar tonteando con sus novios que practicando gimnasia.

—¿Y a ti te interesa más la gimnasia que los hombres? —Jake formuló la pregunta con una sonrisa amplia y viril.

—Eso es irrelevante —replicó ella, irritada consigo misma por haber bajado la guardia.

—¿Eso crees?

Samantha echó la silla hacia atrás, arrastrándola, y se acercó a la cocina.

—¿Café?

—Sí, señora. Solo.

A Samantha no le hizo falta volverse. Sentía la lenta sonrisa que plegaba la cara de Jake tan claramente como si la estuviera viendo con sus propios ojos. Dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco. Antes de que pudiera darse la vuelta para servir otra taza para ella, Jake le agarró la mano con fuerza. Aquella mano no tenía nada de suave. Era dura y masculina.

En el breve forcejeo que siguió, Samantha descubrió, llena de impotencia, que bajo aquella figura larguirucha y fibrosa se escondía una fuerza asombrosa. Decidiendo que sería una vergüenza pelearse en la cocina de su hermana, dejó que su mano reposara apaciblemente sobre la de Jake y sostuvo su mirada

risueña con expresión de reproche. El corazón empezó a latirle incómodamente contra las costillas.

—¿Qué quieres? —susurró con aspereza.

Jake apartó la mirada de sus ojos y contempló la curva generosa de su boca, demorándose sobre ella hasta que Samantha notó el ardor de su mirada en los labios, tan real como si la hubiera besado. Él volvió a levantar despacio la mirada hacia sus ojos.

—Eres muy irascible —observó lacónicamente, como si a él el deseo no lo hubiera rozado, a pesar de que Samantha empezaba a sentirse sofocada—. Y muy fuerte para ser tan poca cosa.

—No soy poca cosa —replicó ella—. Es que tú eres muy grande —intentó apartar la mano otra vez, sintiendo una casi desesperada urgencia de romper aquel contacto que empezaba a debilitar inexplicablemente sus rodillas.

—Tienes unos ojos preciosos cuando te enfadas, Sam —comenzó él con desenfado—. La rabia te sienta bien. Te pone más guapa —se echó a reír y la atrajo hacia sí.

—Eres insufrible —dijo ella, intentando todavía desasirse.

—¿Por decirte que eres preciosa? Sólo afirmo lo obvio. Estoy seguro de que te lo dicen cada dos por tres.

—Los hombres sois todos iguales —ella abandonó sus esfuerzos el tiempo justo para lanzarle una mirada colérica—. Siempre avasallando y manoseando.

—Yo no manoseo, Samantha —su acento era suave como una pluma. Por un instante, el vaquero jactancioso desapareció, y Samantha vislumbró con toda claridad al hombre que se escondía debajo. Jake Tanner no sólo esperaba hacer su voluntad en todo momento; también lo conseguía—. Y la próxima vez que te toque, no será sólo para darte la mano —Jake la soltó y se recostó en la silla—. Estas advertida.

Más tarde, mientras Sabrina dormía la siesta y la casa permanecía en silencio, Samantha se descubrió con la mirada perdida entre las páginas de una novela. Frunció el ceño, dejó el libro a un lado y se levantó del sofá para acercarse a la ventana. «¡Qué hombre tan exasperante! Está claro que se cree irresistible». Comenzó a deambular por la habitación, intentando bloquear el efecto que la llamativa virilidad de Jake surtía sobre ella.

Era una lástima, pensó mientras daba la cuarta vuelta, que toda aquella apostura, aquella fuerza y aquel atractivo pertenecieran a un hombre tan rudo y arrogante.

Decidiendo que dar un buen paseo era justo lo que necesitaba para quitarse a Jake Tanner de la cabeza, dejó de pasearse por la habitación y agarró una chaqueta gruesa. Un instante después estaba fuera, contemplando, maravillada, la belleza de la noche estrellada de Wyoming. Su aliento salía en leves jirones de neblina blanca cuando se movía. El aire impregnado de escarcha llevaba el aroma de los pinos, y Samantha lo aspiraba con avidez, deleitándose en los olores mezclados del heno, los caballos y la añosa madera. Oyó el solitario aullido de un coyote que clamaba a la luna llena y plateada. Y de pronto se dio cuenta de que se había enamorado de Wyoming. El hechizo de las montañas y de las llanuras había caído sobre ella e, inexplicablemente, se alegraba de estar allí.

—Cuánto has tardado —comentó su hermana cuando, un rato después, Samantha se dejó caer en un sillón, delante del fuego—. Debes de estar helada.

—No —Samantha estiró las piernas y suspiró—. Me encanta estar ahí fuera. Es fantástico. Nunca me había fijado en lo grande que es el cielo, y no creo que me canse nunca de tanta amplitud, de los espacios abiertos —fijó su atención en el hombre fornido que permanecía sentado en el sofá, junto a su hermana—. Dan, dudo que tú, que has vivido aquí toda la vida, sepas apreciarlo. Ni siquiera las cartas de Bri le hacían justicia a lo que hay ahí fuera —se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar un leve suspiro de placer—. Para alguien acostumbrado a las calles atestadas de tráfico y los edificios enormes, todo esto es... —mover las manos en un gesto vago.

—Casi no has tenido tiempo de ver nada desde que llegaste —observó Dan—. Llevas con nosotros un mes y no te has alejado ni medio kilómetro de la casa. Y eso sólo para recoger el correo por las mañanas.

—Ya tendré tiempo de verlo todo después. Voy a pasar aquí todo el verano.

—Da igual. No podemos tenerte todo el tiempo atada a la casa, Sam —dijo Dan, y se recostó en los cojines—. Hasta la hermana más devota tiene derecho a un día libre.

—No seas tonto, Da la impresión de que me tenéis esclavizada de la mañana a la noche. Y la mitad del tiempo no hago nada.

—Sabemos cuánto te estás esforzando, Sam —dijo Sabrina con suavidad, y levantó la mirada hacia Dan antes de volver a fijarla en su hermana gemela—. Y sé que soportas peor la falta de ejercicio que el trabajo. También sé que dejaste tu vida por venir aquí a ocuparte de mí.

—Vamos, Bri, por el amor de Dios —comenzó a decir Samantha, removiéndose, inquieta—. Si no hubiera venido, no habría descubierto cuánto me gusta Wyoming.

—No intentes quitarle importancia a lo que has hecho, Sam —Dan sonrió al ver que ella se encogía de hombros, azorada—. Te estamos muy agradecidos, y tendrás que acostumbrarte a que te lo digamos. Pero mañana no sólo vamos a decírtelo; vamos a demostrártelo. Te vamos a poner de patitas en la calle todo el día.

—¿Cómo? —Sam parpadeó, desconcertada, al ver la dulce sonrisa de Dan, y luego posó la mirada en el sereno semblante de su hermana.

—Lo que oyes —la sonrisa de Dan se hizo más amplia al ver que ella fruncía el entrecejo—. Mañana es domingo, así que voy a quedarme en casa con mi mujer. Y tú... —apuntó a su cuñada con un dedo amenazador—, tú vas a elegir un caballo y te vas a ir por ahí a dar un paseo;

Samantha, que estaba arrellanada en el sillón, se incorporó de un salto.

—¿Lo dices en serio? —su cara resplandecía de placer, y la sonrisa de Dan se llenó de cálido afecto.

—Sí, hermanita, lo digo en serio. Y es poco.

—El alazán —dijo precipitadamente, ignorando las últimas palabras de —Dan—. ¿Puedo llevarme ése?

—Parece que ya te conoces los caballos —Dan se echó a reír y sacudió la cabeza—. Spook es una buena montura. Un poco retozón y juguetón, pero por lo que me ha dicho Sabrina, creo que puedes hacerte con él.

—Oh, claro que puedo, y te prometo que lo cuidaré muy bien —se levantó de un salto, cruzó la habitación y le echó los brazos al cuello a Dan—. Gracias, Dan. Eres mi cuñado preferido, y el único.

—Creo que le gusta la idea, Sabrina —comentó Dan al encontrarse con los ojos de su esposa por encima de la cabeza de Samantha—. De hecho, creo que está loca de contento.



—Y yo que pensaba que disimulaba bien mis emociones... —Samantha le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Tienes que estar lista para salir a las nueve —Dan le dio unas palmaditas en el fino hombro—. Jake estará aquí a esa hora.

—Jake? —repitió Samantha, y su sonrisa se heló.

—Sí, va a ir contigo. En realidad —continuó Dan— fue él quien sugirió la idea esta tarde. Pensó que te sentaría bien salir de casa un rato —suspiró y se rascó la cabeza morena; logrando parecer tímido, a pesar de su tamaño—. Me avergüenza no haberlo pensado antes. Supongo que estaba un poco preocupado y no me he dado cuenta de que parecías un poco cansada y de que te sentías encerrada.

—No estoy cansada —contestó Samantha automáticamente.

—¿Y tampoco te sientes encerrada? —preguntó Sabrina con una sonrisa sagaz.

—Un poco, tal vez, pero tampoco es que me esté subiendo por las paredes. El señor Tanner es muy amable por preocuparse de mi bienestar —logró decir su nombre con voz normal—. Pero no hace falta que me acompañe. Sé que tiene cientos de cosas más importantes que hacer un domingo.

—El no parecía pensar lo mismo —dijo Dan—. Fue idea suya, y parecía apetecerle mucho.

—Pues no sé por qué —masculló Samantha—. Además, no quiero ser una carga para él. Somos prácticamente extraños. Puedo ir yo sola.

—Tonterías —dijo Dan con buen humor, pero con firmeza—. Todavía no puedes salir a caballo tú sola, por muy bien que sepas montar. No conoces el terreno, y es muy fácil perderse. Siempre cabe la posibilidad de que ocurra un accidente. Además —añadió, y su sonrisa se extendió—, eres de la familia, y yo me crié con Jake, así que no sois extraños. Si alguien conoce esta parte de Wyoming, ése es Jake —se encogió de hombros y descansó la espalda sobre los cojines—. Medio estado es suyo.

Samantha miró a su hermana suplicando ayuda. Pero Sabrina parecía enfrascada en su bordado.

Samantha frunció el ceño al ver que no podía esperar apoyo de ninguno de los dos, y se puso a pensar en el apuro en que se hallaba metida. Si rehusaba la compañía de Jake, no sólo perdería la oportunidad de cabalgar por los campos de

Wyoming, sino que estropearía los planes de Sabrina y Dan. Finalmente se encogió de hombros, resignada, y compuso una sonrisa.

—Estaré lista a las nueve —y para sus adentros añadió: «Si Jake Tanner puede pasar un día en mi compañía, supongo que yo también podré pasar un día en la suya».

# Capítulo 3

El domingo, el cielo amaneció frío y claro como un zafiro. El sol ofrecía una luz fina y escaso calor. Samantha se quedó dormida, para su disgusto. Se duchó apresuradamente y se puso unos pantalones de pana verde oscura y un grueso jersey beige.

Sus botas de montar resonaron sobre el suelo de parqué cuando salió corriendo de su cuarto y bajó por el pasillo en dirección a la cocina. Al llegar a la puerta frunció el ceño. Jake estaba sentado a la mesa, tomándose una taza de café con el aire de quien estaba en su casa.

Era, notó Samantha con ilógica exasperación, tan atractivo como recordaba.

—Conque ya estás aquí —su saludo sonó poco caluroso, pero él respondió con su pausada sonrisa.

—Buenos días, señora.

—No empieces con eso otra vez —dijo ella. Jake guardó silencio mientras ella revolvía las tazas del armario y llenaba una con el líquido humeante de la cafetera que había sobre la cocina—. Lo siento —metió una rebanada de pan en el tostador y se volvió para ofrecerle una sonrisa apaciguadora—. Me he quedado dormida. Espero que no lles mucho tiempo esperando.

—Tengo todo el día —contestó él, y se recostó en su silla como si quisiera recalcar sus palabras.

Samantha sacó beicon y un cartón de huevos de la nevera.

—¿Has desayunado? preguntó amablemente.

—Sí, gracias Jake se levantó, se sirvió otra taza de café y volvió a sentarse a la mesa—. Dan ya ha preparado el desayuno para Sabrina y para él. Lo están tomando en su habitación.

—Ah —Samantha guardó las cosas y sacó la mantequilla.

—¿Tú no vas a tomar nada?

—Sólo el café y una tostada. No suelo desayunar mucho.

—Si siempre has comido así —observó él por encima del borde de la taza

—, no me extraña que no hayas crecido más.

—Por todos los santos —ella se giró, blandiendo el cuchillo de la mantequilla—, no soy precisamente enana. Mido un metro sesenta y dos, así que no soy tan bajita.

El levantó las manos con expresión de burlona rendición.

—Yo nunca discuto con una mujer armada —Samantha acabó de comerse la tostada y de tomarse otra taza de café, y Jake se, levantó—. ¿Lista?

Ella farfulló que sí, y Jake descolgó su chaqueta de la percha y la sostuvo de tal modo que no le quedara más remedio que permitir que la ayudara a ponérsela. Samantha se envaró al sentir que sus manos le rozaban los hombros, y se volvió para mirarlo. De repente se le aceleró el pulso. Como si fuera consciente de su reacción, Jake comenzó a abrocharle lentamente los botones de cuero de la chaqueta. Ella dio un respingo y se echó hacia atrás, pero Jake la tenía agarrada de la pechera de la chaqueta, y no pudo escapar.

—Eres muy bonita y muy poquita cosa —dijo él arrastrando las palabras, y acabó de abrocharle la chaqueta mientras la miraba fijamente a los ojos—. No podemos permitir que agarres un resfriado —extendió el brazo, descolgó de la percha el sombrero negro de ala ancha de Sabrina y se lo colocó delicadamente sobre la cabeza—. Esto mantendrá tu cabeza caliente.

—Gracias —ella se caló con firmeza el sombrero.

—No hay de qué, Sam —Jake se puso con expresión impasible la trenca de piel de oveja sobre la camisa de franela y los vaqueros.

De camino a los establos, Samantha apretó el paso para seguir el ritmo de las largas e indolentes zancadas de Jake. A pesar de sí misma, admiraba la elegancia de sus movimientos seguros y ágiles. Advirtió que no se apresuraba, y llegó a la conclusión de que no hacía nada con prisas y que, sin embargo, casi con toda probabilidad acababa antes que todos los demás.

Un sonriente bracero del rancho sacó del establo al caballo alazán, ya ensillado.

—¿Qué tal, señora? Dan me dijo que le tuviera preparado a Spook.

—Gracias —Samantha le devolvió una sonrisa cordial y le dio unas palmaditas en el cuello al caballo—. Pero podría haberlo hecho yo misma. No me gusta darles trabajo.

—No es molestia, señora. Dan me dijo que hoy iba a tomarse el día libre. Váyase y pásesele bien, que yo cepillaré al bueno de Spook cuando vuelva.

Samantha subió ágilmente a lomos del caballo y se alegró al sentir de nuevo una montura bajo ella. Cabalgar era un viejo placer del que sólo disfrutaba cuando su economía se lo permitía.

—Cuida bien de la señorita Evans, Jake —advirtió el vaquero a Jake con un guiño malévolamente que Samantha no vio—. Dan le tiene mucho aprecio a esta mujercita.

Otra vez volvían a meterse con su tamaño, pensó Samantha.

—No te preocupes por la señorita Evans, Lon —Jake montó en su potro con ligereza. Samantha advirtió de nuevo que no perdía el tiempo en movimientos superfluos—. Pienso vigilarla de cerca.

Samantha respondió a su afirmación arrugando la nariz y luego, siguiendo la dirección que le indicaba Jake, emprendió la marcha a medio galope.

A medida que dejaban atrás el pulcro racimo de edificaciones del rancho, su irritación se fue desvaneciendo. El aire, que soplaba con fuerza, henchía sus pulmones y laceraba sus mejillas, tiñéndolas de rosa. Casi había olvidado la sensación de libertad que experimentaba al cabalgar. Era la misma sensación que había experimentado muchas veces cuando volaba de la barra de arriba a la de abajo, o cuando se lanzaba al aire en un doble salto mortal.

Cabalaron en silencio un cuarto de hora. Jake dejó que Samantha disfrutara de la exaltación del movimiento y de la belleza del campo. Los agrestes picos de las montañas se proyectaban con arrogancia hacia el cielo. Más abajo, el invierno había teñido de un verde amarillento las ondulantes planicies. Pasaban junto a hermosas vacas Hereford de cara blanca, que a su paso giraban con indolencia la cabeza un momento antes de ponerse de nuevo a pastar.

De pronto, una silueta cruzó rauda una explanada abierta, y Samantha frenó a su caballo y la señaló con el dedo.

—¿Qué es eso?

—Un antílope —contestó Jake, entornando los ojos para evitar el sol.

—Ah —Samantha detuvo su montura y contempló los gráciles saltos del animal hasta que éste remontó una loma y se perdió de vista—. Debe de ser maravilloso correr así, con tanta elegancia, tan libremente... —volvió la cara sin darse cuenta hacia el hombre que permanecía a su lado y descubrió que la estaba

mirando con intensidad. Los ojos de Jake tenían una expresión que no entendió. Un extraño cosquilleo recorrió su columna, como si unos cálidos dedos se deslizaran sobre su piel fría. El cosquilleo se hizo más intenso, y aquella sensación se difundió por su cuerpo hasta aposentarse en alguna parte de su vientre. De pronto cambió la expresión de Jake. Las sombras de su rostro se movieron, y sus labios formaron una sonrisa.

—Algún día te atraparán, pequeño antílope.

Ella parpadeó, desconcertada, y procuró recordar de qué estaban hablando. La sonrisa de Jake se hizo más amplia. Señaló un árbol grande y desnudo que había a medio kilómetro de distancia.

—Te echo una carrera —dijo con indolencia, a pesar de que bajo sus palabras se escondía un claro desafío.

Los ojos de Samantha brillaron.

—No sé cómo voy a ganar a un caballo como ése. ¿Qué ventaja me das?

Jake se echó el sombrero hacia atrás como si quisiera verla mejor.

—Por la pinta que tienes, yo diría que tienes tus buenos veinte kilos de ventaja. Eso iguala un poco las cosas.

—¿No me das una cabeza de ventaja?

—No, señora.

Ella hizo un mohín y luego sonrió.

—Está bien, Jake Tanner. Vamos a echar una carrera, si quieres.

—Cuando tú digas, Sam —él se caló el ala del sombrero sobre la frente.

—¡Ya!

Samantha clavó los talones en los flancos del caballo y partió al galope. El estruendo de los cascos hizo vibrar el aire apacible de la mañana. Samantha, cuyo pelo flotaba tras ella, se entregó al frenesí de la carrera. Llegó a la meta una cabeza por delante de Jake y, al tirar de las riendas, llenó la mañana de una risa jadeante y amortiguada.

—¡Ah, ha sido maravilloso, absolutamente maravilloso!

—Cuando quieras dejar la enseñanza, Sam, puedes trabajar para mí. Me vendría bien un vaquero que cabalgue como tú.

—Lo tendré en cuenta, aunque sé que me has dejado ganar.

—¿Qué te hace pensar eso? Jake apoyó el brazo sobre el pomo de la silla y la miró pensativamente.

—No soy tonta —su sonrisa era bondadosa y cordial—. No podría ganar a ese árabe ni en un millón de años. A ti, tal vez —añadió con un toque de arrogancia—, pero no a ese caballo.

—Eres muy aguda, ¿no? —replicó él, devolviéndole la sonrisa.

—Como un clavo —dijo ella—. Y —prosiguió, apartándose el pelo de los hombros—, no soy una débil mujercita que necesita que la halaguen. Tengo experiencia, sé competir, sé perder y... —sonrió y movió las cejas— también sé ganar.

—Entendido —él ladeó la cabeza como si quisiera verla desde distinto ángulo—. A partir de ahora, Sam, jugaremos de igual a igual —sonrió, y Samantha dudó de pronto de que estuvieran hablando de lo mismo—. Yo también sé ganar —añadió él despacio.

Siguieron cabalgando pausadamente durante un rato y, al llegar a un estrecho brazo del río Medicine Bow, se detuvieron para que los caballos aplacaran su sed en el agua helada que se abría paso susurrando sobre relucientes peñascos. A petición de Samantha, Jake comenzó a decirle el nombre de las montañas que los rodeaban. Señaló los picos que se alzaban al sur como largos dedos y le dijo que eran los montes Laramie, cuyas alturas se extendían desde el este de Colorado. La parte central la formaba la sierra de Medicine Bow, mientras que Sierra Madre se cernía al oeste. Las vastas cadenas montañosas estaban separadas por extensas lenguas de la cuenca del Wyoming. Azules y plateadas, refulgían al sol, y en sus cumbres temblaban puntillas de nieve.

Samantha había tirado de las riendas sin darse cuenta.

—No me canso de mirarlas. Supongo que tú estás acostumbrado a ellas.

—No —no había burla, ni regocijo en su timbre de voz—. Uno nunca se acostumbra.

Samantha sonrió, un tanto indecisa; no sabía muy bien cómo encarar aquel inesperado lado de Jake.

—¿Hay osos allá arriba? —preguntó.

El levantó la mirada hacia las montañas, sonrió y luego volvió a mirarla.

—Osos negros y grises —dijo—. Alces, coyotes, pumas...

—¿Pumas? —repitió ella con cierto nerviosismo.

—No es probable que te encuentres uno por aquí —contestó Jake con una sonrisa indulgente.

Ella ignoró su tono burlón y miró a su alrededor, maravillada de nuevo por los kilómetros y kilómetros de espacios abiertos que se extendían ante ella.

—Me pregunto si esto era igual hace un siglo.

—En parte sí. Ésas no cambian mucho —señaló las Rocosas con una inclinación de cabeza—. Pero los indios ya no están —continuó como si pensara en voz alta—. Eran arapahoes, siux, cheyennes, cuervos, shoshones... Todos vagaban libremente por estas tierras antes de que el hombre blanco pusiera un pie aquí. Luego llegaron los tramperos, empezaron a comerciar con los indios, se vestían como ellos, vivían como ellos, y el castor estuvo a punto de extinguirse —se volvió hacia ella, como si de pronto recordara que estaba allí—. Pero la profesora eres tú —su sonrisa volvió a aparecer—. Deberías contármelo tú a mí.

Samantha movió la cabeza de un lado a otro, con burlón desaliento.

—Mi conocimiento de la historia de Wyoming se limita a las películas de vaqueros —cabalgaban lentamente, uno al lado del otro. Samantha había olvidado por completo la aversión que sentía por el hombre que iba a su lado—. Cuesta creer que haya habido aquí tanta muerte y tanta crueldad. Es todo tan sereno, y tan vasto... Da la impresión, de que hay sitio para todo el mundo.

Esta vez fue Jake quien sacudió la cabeza.

—En 1841 más de ciento cincuenta mil personas cruzaron el Paso del Sur rumbo al oeste, y unos años después, cincuenta mil personas más pasaron por aquí de camino a California, en busca de oro. Esto era territorio indio; lo era desde hacía siglos. La caza desapareció, y cuando la gente tiene hambre, se vuelve violenta. Se firmaron tratados de paz, se hicieron promesas por ambas partes, y ambas partes las rompieron —se encogió de hombros—. En la década de 1860, se intentó abrir el paso de Bozeman entre Fort Laramie y Montana, y estalló otra vez la guerra. La carretera atravesaba el territorio de caza de los siux. Se luchó sin cuartel; hubo auténticas masacres, matanzas indiscriminadas de mujeres y niños, carnicerías tanto por parte de los blancos como de los indios. Se firmaron más tratados y hubo más malentendidos y más matanzas, hasta que los blancos sobrepasaron en número a los indios y los ahuyentaron o los metieron en reservas.



—No parece justo —musitó Samantha, y sintió que la embargaba una oleada de tristeza.

—No lo es —Jake advirtió el matiz melancólico de su voz y se volvió para mirarla—. Pero la vida no siempre es justa, ¿no, Samantha?

—Supongo que no —suspiró ella—. Pareces saber mucho de lo que pasó aquí. Debiste de tener una buena profesora de historia.

—La tuve —él sostuvo su mirada curiosa con una media sonrisa burlona—. Mi bisabuela vivió noventa y ocho años. Era siux.

Samantha levantó las cejas, sorprendida.

—Me habría encantado conocerla. Las cosas que debió ver, los cambios que debió presenciar en casi un siglo de vida...

—Era todo un carácter —la sonrisa de Jake se desvaneció un momento—. Me enseñó mucho. Entre otras cosas, me contó que la tierra sigue adelante, la pise quien la pise, y que la vida continúa, aunque se vaya contra su corriente o se fluya con ella; y que, cuando se quiere algo, hay que perseverar hasta conseguirlo.

De pronto, Samantha tuvo la impresión de que Jake la estaba metiendo en un atolladero, como si buscara algo en ella que no estaba segura de poseer. Apartó los ojos de su mirada fija y contempló el paisaje.

—Me hubiera gustado ver todo esto antes de que hubiera cercados; antes de que hubiera guerras.

Jake señaló el cielo. Samantha levantó la vista y observó el grácil vuelo de un águila. Por un instante que se hizo eterno, el águila planeó sobre sus cabezas, enseñoreándose de los cielos. Empezaron de nuevo la marcha en amigable silencio.

—Espero que estés sacando algún provecho de este viaje, alguna compensación por ocuparte de tu hermana —dijo Jake al fin.

—No necesito ninguna compensación por ocuparme de Bri. Es mi hermana, mi...

—¿Responsabilidad?

—Bueno... sí. Siempre he cuidado de Bri. Es más delicada, más... dependiente que yo —se encogió de hombros y de pronto se sintió incómoda sin saber por qué—. Mi padre siempre dice en broma que yo me quedé con mi

ración de fuerza y con la mitad de la de Bri cuando estábamos en la tripa de mi madre. Ella me necesita —añadió, sintiéndose impelida a defender lo que siempre había dado por sentado.

—Tiene a Dan le recordó Jake—. Y ya es mayorcita..., igual que tú. ¿Se te ha ocurrido pensar que tienes que seguir tu camino ahora que Sabrina tiene un marido que cuida de ella?

—Yo no intento ocupar el lugar de Dan —se apresuró a decir ella—. Tal vez tú sepas cómo podría Dan cuidar de Bri y atender la casa y el rancho al mismo tiempo, pero yo no lo sé —lo miró con fijeza, medio enfadada, medio exasperada—. ¿Qué quieres que haga? ¿Quedarme en Filadelfia enseñando a crías a dar saltos mientras mi hermana necesita ayuda?

—No, Samantha —Jake la miró a los ojos con una serena paciencia que resultaba más perturbadora que los improperios y los gritos—. Lo que estás haciendo es muy amable y generoso...

—No tiene nada de amable ni de generoso —lo interrumpió ella, encogiéndose de hombros con fastidio—. Somos hermanas. Más que eso: somos gemelas. Hemos compartido la vida desde el principio. Tú no puedes entender la clase de vínculo que eso crea. Dejaría cien trabajos por ayudar a Bri si me necesitara.

—Nadie te reprocha tu lealtad, Samantha. Es una virtud admirable —Jake le lanzó una mirada fija y prolongada—. Pero permíteme un consejo. No te entregues hasta el punto de olvidar quién es Samantha Evans. Puede que ella también tenga derecho a su propia vida.

Samantha se irguió sobre la silla.

—No necesito tus consejos sobre cómo llevar mi vida. Me las apaño muy bien sola desde hace tiempo.

La cara de Jake se plegó en una indolente sonrisa.

—Sí, señora, no me cabe ninguna duda.

# Capítulo 4

Samantha llevaba casi media hora cabalgando en obstinado silencio cuando se fijó en que había más ganado a su alrededor. Su guía, al que parecía traerle al fresco su silencio, redujo el trote de su caballo árabe para ponerse al paso sinuoso del alazán. Samantha no estaba dispuesta a reconocer delante de él que sus palabras la habían turbado.

¿Qué le importaba a él cómo eligiera llevar su vida? ¿Qué le daba derecho a cuestionar su relación con Sabrina? Nadie le había pedido consejo. ¿Y por qué, en el nombre del cielo, tenía que importarle a ella lo que dijera?

Se estaban acercando a una gran casa de rancho. Un porche de madera de secoya bordeaba la parte delantera del edificio, adornada con arbustos de siemprevivas. Un mechón de humo gris se alzaba caracoleando, acogedor, desde la chimenea. Las dependencias del rancho se elevaban, pulcras y discretas, al fondo.

—Bienvenida al Doble T, señora.

La desacostumbrada solemnidad del tono de Jake atrajo la mirada de Samantha. Al girarse, vio que él sonreía y se tocaba el ala del viejo Stetson.

—Gracias, señor Tanner. He de admitir que tiene usted un rancho impresionante. Pero ¿me permite preguntarle qué estamos haciendo aquí?

—Bueno, verás... —Jake cambió de postura sobre la silla para mirarla directamente—. No sé a ti, pero a mí casi tres horas a caballo me dan un hambre de lobo. He pensado que aquí podríamos tomar algo mejor que cecina de ternera.

—¿Tres horas? —repitió Samantha, y se echó hacia atrás el sombrero de Sabrina de modo que quedó colgando sobre su espalda—. ¿Tanto tiempo ha pasado?

Los ángulos de la cara de Jake se tensaron lentamente en su sonrisa, y Samantha se descubrió una vez más fascinada por aquel proceso.

—Quiero pensar que eso significa que estabas tan a gusto en mi compañía que has perdido la noción del tiempo.

Ella contestó meneando la cabeza.

—Lamento pisotear tu ego, Jake, pero todo el mérito es de Wyoming.

—De momento, me conformo con eso —alargó el brazo, volvió a ponerle el sombrero y partió á medio galope.

Samantha se quedó mirándolo con exasperación, y advirtió la destreza con que manejaba su montura. No se movían como hombre y caballo, sino como una sola forma. Samantha frunció el ceño, apretó los flancos del caballo con los talones y salió tras él al galope.

Cuando llegó a su lado, Jake bordeó la casa y se dirigió a los edificios de la parte de atrás, siguiendo la bifurcación de la izquierda de un largo camino de tierra compactada. Un enorme san bernardo de ojos soñolientos se levantó de su siesta y trotó hacia ellos para darles la bienvenida mientras profería graves y roncós ladridos. Jake se detuvo delante de los establos. Se bajó del caballo y al pisar el suelo pasó la mano por el denso pelaje del perro.

—Wolfgang es inofensivo —respondió a los húmedos lametones del perro con otra breve caricia y se acercó al caballo de Samantha—. Es sólo un cachorro.

—Un cachorro —repitió ella—. No se ven muchos cachorros de sesenta kilos —ella ladeó la cabeza y observó detenidamente al enorme cachorro antes de pasar la pierna por encima de la silla para desmontar.

Mientras descendía, Jake la agarró por la cintura y la sostuvo en vilo un momento como si no pesara nada. Cuando sus botas tocaron el suelo, Jake la hizo girarse y la atrajo contra su recio pecho. Ella levantó la cabeza para informarle de que no necesitaba su ayuda, pero vio sólo un fugaz borrón de su cara antes de que la besara.

El olor y el contacto de Jake convirtieron su mente en un torbellino. Se sentía como si estuviera cayendo en un pozo profundo, y el corazón comenzó a latirle violentamente contra las costillas. Se agarró a la chaqueta de Jake sin darse cuenta de lo que hacía. Tal vez el beso fuera breve. No pudo durar más allá de unos segundos, pero le pareció que se prolongaba eternamente. Sentía la boca de Jake cálida y firme sobre la suya mientras las décadas iban convirtiéndose en siglos.

Aquella extraña sensación de eternidad y desorden la asustó. Se envaró e intentó desasirse. Él la soltó de inmediato y miró sus ojos azules y turbios con una sonrisa satisfecha. Aquella sonrisa transformó en furia la turbación de Samantha.

—¿Cómo te atreves?

—Sólo estaba probando, señora —respondió él con complacencia, como si

el beso no hubiera sido más que eso: un roce de labios común y corriente.

—¿Probando? —repitió ella, y se pasó nerviosamente una mano por el pelo—. ¿Probando qué?

—Siempre he querido besar a una profesora —Jake sonrió y le dio una palmadita amistosa en la mejilla—. Creo que tu educación tiene algunas lagunas.

—Yo te daré lagunas, maldito... —buscó un término convenientemente despectivo y acabó conformándose con una generalidad—... fanfarrón. Si no considerara insignificante ese beso, ahora mismo estarías en el suelo, mirando el cielo.

Él la miró de arriba abajo mientras Samantha temblaba con una mezcla de rabia y orgullo herido.

—¿Sabes, Sam?, casi te creo capaz de hacerlo.

—Dalo por descontado —replicó ella meneando con arrogancia la cabeza—. Y la próxima vez que... —notó que le tiraban del brazo, miró hacia abajo y vio que el san bernardo tenía en sus enormes fauces la manga de su chaqueta—. ¿Qué pasa? ¿Es que le tienes enseñado a comerse a las mujeres que se te resisten?

—Sólo quiere saludarte —Jake se echó a reír y condujo los caballos al establo para dejarlos al cuidado de uno de sus hombres.

Samantha no era cobarde por lo general, y su orgullo le impedía llamar a Jake para que la librara de los dientes del cachorro. Tragó saliva y se puso a hablarle a su captor canino.

—Hola... Wolfgang, ¿no? masculló—. Yo soy Sam. Eh... ¿te importaría soltarme la chaqueta, por favor? —el perro siguió mirándola con sus ojos dormilones e inocentes—. Bueno, está bien —dijo magnánimamente—. De todos modos es vieja. A mí me gustan mucho los perros, ¿sabes? —levantó con recelo una mano para acariciar el pelo de la cabezota del perro—. Bueno, la verdad es que tengo un gato —reconoció, compungida—, pero carezco de prejuicios.

Aunque la expresión del perro no se alteró, Samantha consideró prudente darle algún tiempo para que se lo pensara. Su paciencia se vio recompensada cuando Wolfgang le soltó la manga y le bañó la mano con su enorme lengua.

—Bueno, ya veo que os habéis hecho amigos —dijo Jake arrastrando las palabras al acercarse a ella.

—No será gracias a ti —dijo ella—. Podría haberme comido viva.

—A ti no, Sam —dijo Jake y, tomándola de la mano, echó a andar hacia la casa—. Eres demasiado dura para su gusto.

Jake la condujo a la puerta trasera de la casa y a través de un vestíbulo, con las paredes forradas de paneles de madera y el suelo de baldosas, hasta que llegaron a la cocina. Era ésta una habitación espaciosa y cuadrada, luminosa y alegre, con grandes ventanales flanqueados por cortinas anaranjadas. La mujer de aspecto agradable que permanecía junto al fregadero sonrió a Samantha.

—Jake, granuja, ¿has tenido a esta pobre muchacha ahí fuera, con el frío que hace, toda la mañana?

Samantha miró sus cálidos ojos castaños con una sonrisa.

Jake sonrió sin inmutarse.

—Samantha Evans, quiero presentarte a Annie Holloway, mi cocinera, ama de llaves y amiga del alma.

—No intentes dorarme la píldora, diablillo —Annie desdeñó afectuosamente las palabras de Jake, pero sus mejillas gordezuelas se sonrojaron de placer—. Se cree que puede engatusarme con halagos. Encantada de conocerla, señorita Evans.

Samantha descubrió su mano envuelta en el firme apretón de Annie Holloway.

—Hola, señorita Holloway, espero no causarle molestias.

—¿Molestias? —Annie soltó una risa profunda y sonora que pareció retumbar en su amplio pecho—. ¿No es un encanto? No seas tonta, y llámame Annie, como todo el mundo.

—Gracias, Annie —la sonrisa de Samantha se dulcificó—. A mí todo el mundo me llama Sam.

—Qué cosa tan bonita —comentó Annie, mirando candorosamente el rostro de Samantha—. Sí, señor, muy bonita. ¡Hala!, idos los dos —les ordenó, intentando ponerse seria—. Fuera —de mi cocina. La comida estará lista enseguida. Ahora mismo os llevo un poco de té para que entréis en calor. Para ti no —dijo frunciendo el ceño al ver que Jake hacía una mueca—. Para la señorita. A ti no te hace falta entrar en calor:

—Annie se encarga de todo —explicó Jake mientras conducía a Samantha

por el amplio pasillo que llevaba al cuarto de estar:

—Ya lo veo, aunque salta a la vista que la manejas con el dedo meñique.

Por un momento, la sonrisa de Jake pareció tan pícara e infantil que Samantha estuvo a punto de ceder a la tentación de revolverle los rizos de la frente.

Los paneles de madera del cuarto de estar eran de color claro. Sólo una enorme chimenea de piedra y los grandes ventanales bordeados por visillos de color canela rompían la lisura de la madera. Los sillones y las sillas, oscuros y pulimentados, estaban tapizados en oro, ocre y marrones intensos. Había un agradable batiburrillo de Heppelwhites, Chippendales y Pembrokes, junto con inestables mesas con la superficie de miga de pan, sillas de respaldo recto y candelabros. En el centro del suelo de tarima había una amplia alfombra de diseño indio que parecía tan antigua y artesanal que Samantha se preguntó si habrían sido las manos de la bisabuela de Jake las que la habían tejido hacía quizá casi un siglo. La habitación reflejaba una riqueza apacible y discreta, una riqueza que, de alguna forma, Samantha no asociaba con la tosca apariencia de vaquero larguirucho de Jake.

Una pintura de Charles Russell llamó su atención. Se giró para observarla mientras intentaba ordenar sus nuevas impresiones, acerca de aquel hombre tan complejo. Al darse la vuelta, se lo encontró observándola con apenas disimulado placer.

—Tengo la sensación de que esperabas pieles de oso y linóleo.

Samantha concentró su atención en el fuego acogedor.

—Nunca sé qué esperar de ti —masculló.

—¿No? —él dejó caer su larguirucha figura en un sillón de orejas y sacó un cigarro largo y fino—. Creía que eras muy lista.

Samantha se sentó en un sillón, frente a él, manteniendo entre ellos el calor y el siseo del fuego.

—Esta habitación es muy bonita, muy agradable y muy cálida.

—Me alegro de que te guste —él no pareció notar su brusco cambio de tema. Encendió su cigarro, estiró las piernas y pareció totalmente relajado y satisfecho.

—Tengo debilidad por las antigüedades —continuó ella tras decidir que

aquel tema de conversación era seguro e impersonal.

El sonrió, y el humo se enroscó lánguidamente sobre su cabeza.

—Hay una pieza en uno de los dormitorios que tal vez quieras ver. Es un arcón para mantas de madera de castaño que fue traído desde el este en la década de 1860.

—Me gustaría mucho verlo —ella le devolvió la sonrisa y se echó hacia atrás cuando Annie entró en la habitación llevando un carrito con el té.

—Te he traído café —le dijo a Jake, y le dio una taza—. Sé que no tomas té a no ser que le pongas un chorrito de bourbon. Es una pena hacer eso con una buena taza de té.

—El té es una bebida de viejas —afirmó él, y no hizo caso cuando Annie chasqueó la lengua.

—¿Cómo encuentras a Sabrina? —le preguntó Samantha cuando Annie regresó a la cocina.

—Creo que te preocupas demasiado por ella.

Samantha se puso a la defensiva instintivamente antes de contestar.

—Puede que tengas razón —reconoció, sorprendiéndose a sí misma—. Nuestra madre siempre decía que Bri y yo éramos como imágenes en un espejo. O sea, opuestas, aunque yo de eso me di cuenta después.

—Hasta el punto de que Sabrina es diestra y tú zurda.

—Pues sí —ella lo miró con leve sorpresa—. Te fijas en todo, ¿eh? Jake se limitó a sacudir la cabeza y le lanzó una enigmática sonrisa—. En fin —continuó ella apresuradamente, a pesar de que no sabía si le gustaba la expresión de Jake, parecida a la de un gato que ya tiene al ratón entre sus zarpas—, supongo que el colmo de nuestras diferencias era que yo nunca podía mantener limpio el bajo de mi vestido de fiesta de organdí blanco. Tendrías que conocer a mi madre para entenderlo. Nos ponía de punta en blanco a las dos con esos vestidos de organdí llenos de volantes, y nos mandaba a una fiesta. Bri volvía impecable, pura y angelical. Y yo volvía con todos los volantes sucios, las rodillas ensangrentadas y el dobladillo colgando.

Mientras ella hablaba, la sonrisa de Jake se había hecho más amplia. La miraba con fijeza, y el café de su taza se enfrió sin que lo tocara.

—Hay gente de acción y gente contemplativa, Samantha. Supongo que tú



te lo pasabas en grande arañándote las rodillas.

Aunque pareciera ridículo, ella tuvo la sensación de que acababa de hacerle un cumplido, y se sintió al mismo tiempo complacida y levemente avergonzada.

—Supongo que tú también eres un hombre de acción —bajó los ojos—. No podrías dirigir un rancho como éste si no lo fueras. Dirigir un rancho ganadero parece muy romántico, pero imagino que supone muchas horas de trabajo, mucho calor en verano y mucho frío en invierno. No creo que sea muy distinto a como era hace cien años.

—Bueno, los pastos ya no son abiertos —puntualizó él—. Ya no hay vaqueros que lleven el ganado a Texas con un caballo de diez dólares y una silla de cuarenta —se encogió de hombros y dejó su taza vacía sobre la mesa, a su lado—. Pero algunas cosas cambian despacio, y a mí no me gusta apresurarme.

Samantha estaba frunciendo el ceño mientras él sonreía cuando Annie anunció que la comida estaba lista. Cuando se hallaron sentados en el comedor, Samantha le pidió qué le contara con más detalle cómo funcionaba el rancho.

Jake le habló de la recogida del ganado, que en otro tiempo se hacía en los grandes pastizales abiertos utilizando sólo hombres y caballos, y que ahora se hacía con la ayuda de la tecnología y de los cercados. Sin embargo, seguían siendo hombres y caballos quienes conducían las reses a los corrales. En un par de estados quedaban aún baluartes de jinetes y echadores de lazo, hombres que cultivaban las viejas artes y las combinaban con las nuevas técnicas. En el Doble T, Jake empleaba lo mejor de ambas tradiciones.

—Aunque la recogida del ganado ya no es lo que era, sigue sirviendo para lo mismo. Para agrupar al ganado y marcarlo.

—¿Marcarlo? —preguntó Samantha, y se estremeció.

—Se nota que eres de Filadelfia, Sam —sonrió él—. Créeme, marcar es mucho más desagradable para los que marcan que para las reses.

Samantha decidió hacer caso omiso de sus comentarios y cambió de tema bruscamente.

—Bri me dijo que tu rancho linda con el de Dan. Este sitio tiene que ser enorme si hemos tardado tres horas en llegar aquí.

La risa profunda y sonora de Jake retumbó en la habitación, y, a pesar de sí misma, Samantha llegó a la conclusión de que le gustaba mucho aquel sonido.

—Sí, el rancho es muy grande, Sam, pero si se toma el camino recto que va por el norte, se puede llegar al Lazy L a caballo en veinte minutos. Hoy te he traído dando un gran rodeo —explicó—. Para que vieras esta parte de la cuenca del Laramie —se demoraron tomando el café, relajados en su mutua compañía—. Será mejor que volvamos —dijo Jake al cabo de un rato. Se levantó y le tendió la mano. Samantha le dio la suya sin vacilar y Jake tiró de ella para que se pusiera en pie. Cuando levantó la mirada hacia él, la sonrisa de Samantha era espontánea y cálida—. Annie tenía razón, eres muy bonita —Jake levantó la mano y trazó con los dedos la curva de su boca. Ella se sobresaltó—. No te asustes, Sam, no voy a usar el látigo y las espuelas.

Su boca descendió sobre la de Samantha, suave y persuasiva. Con una mano agarró una de las de Samantha y con la otra le rodeó el cuello y le acarició la nuca suavemente. Samantha sólo tenía que inclinarse un poco hacia delante para sentir su cuerpo; sólo tenía que levantar la mano para acercar su cabeza y que su boca la besara con más firmeza, más cálidamente. Pero antes de que pudiera decidirse, Jake la apartó de sí y la decisión escapó de sus manos.

—Sam... —meneó la cabeza, exasperado y un tanto divertido—. Pondrías a prueba la paciencia de cualquier hombre.

Con éstas, la llevó a la cocina.

—Bueno, entonces os vais otra vez —Annie se secó una enano en el delantal y sacudió la otra mirando a Jake—. No la tengas por ahí mucho tiempo con este frío.

—No, señora —replicó Jake con sospechosa seriedad.

—Gracias, Annie —dijo Samantha—. La comida estaba deliciosa.

—Me alegro mucho —le dio a Samantha una palmadita cariñosa en la mejilla—. Vuelve pronto, y saluda de mi parte a Sabrina y a ese granuja de Dan. En cuanto se encuentre mejor, iré a verla. Ah, Jake, se me olvidaba —Annie se volvió hacia él y suspiró— por su mala memoria—. Esta mañana llamó Lesley Marshall por no sé qué de la cena de esta noche. Le dije que la llamarías, y luego se me fue de la cabeza.

—No importa —dijo Jake con naturalidad—. Luego la llamaré. ¿Lista, Sam?

—Sí, lista —Samantha mantuvo la sonrisa en su lugar, aunque de pronto

un nubarrón negro parecía haber empañado el sol.

Lesley Marshall pensó mientras se ponía automáticamente la chaqueta y el sombrero. Ésa era la mujer con la que, según decía Bri, se casaría Jake cuando decidiera sentar la cabeza. ¿Y a mí qué me importa?». Se enderezó y acompañó a Jake hasta donde los esperaban los caballos. «A mí no me interesan lo más mínimo los asuntos de Jake Tanner. Seguramente habrá tenido montones de novias. Pero a mí ¿qué más me da?».

Samantha montó en el caballo y siguió a Jake cuando éste comenzó a bajar por el camino de tierra compacta. Hablaron poco durante el trayecto de regreso. Samantha fingía un embelesamiento con el paisaje que estaba lejos de sentir. Por desgracia, era consciente de que la belleza de Wyoming no bastaba para levantarle el ánimo. Los picos nevados refulgían igual de brillantes al sol del atardecer, y el campo seguía extendiéndose ante ella y llamándola, pero ahora, cuando contemplaba todo aquello, se sentía extrañamente deprimida.

Aquél había sido un día extraño, concluyó. Jake la había exasperado, la había embelesado, la había enfurecido y colmado de placer en el transcurso de unas pocas horas. Sus besos habían agitado una intensa turbación y un sentimiento más profundo que ella no alcanzaba a explicarse.

La idea de que esa noche iba a cenar con otra mujer la desalentaba hasta un punto difícil de creer. Lanzó una mirada furtiva al semblante bronceado y flaco de Jake.

No había duda de que era atractivo, pensó, apartando los ojos de él antes de que se diera cuenta de que lo estaba observando. Tenía a su alrededor un poderoso nimbo de virilidad que unas veces la fascinaba y otras la repelía. Tal vez lo más sensato fuera evitar su presencia. Jake la desconcertaba, y a ella le gustaba saber exactamente a qué atenerse con un hombre. Quería llevar la voz cantante, y era consciente de que aquel hombre nunca permitía que nadie la llevara, salvo él.

A partir de ese momento, guardaría las distancias. Que Jake prodigara sus encantos con Lesley Marshall, o con cualquiera de las muchas mujeres que sin duda ansiaban sus atenciones. Samantha Evans podía pasar perfectamente sin él.

Mientras se acercaban al Lazy L, tomó la determinación de mostrarse cortés y amistosa, pero distante. A fin de cuentas, reflexionó, no había razón para mostrarse grosera con él. Jake podía cenar con quien se le antojara; su vida era, naturalmente, asunto suyo. Además, añadió para sus adentros, si ella se salía con la suya, de allí en adelante se verían muy poco.

Cuando llegaron al rancho, Samantha desmontó y le dio las riendas de Spook al vaquero que esperaba.

—He pasado un día maravilloso, Jake —dijo con una sonrisa impecablemente cortés mientras él caminaba a su lado hacia la casa, llevando a su caballo tras él—. Te agradezco mucho tu tiempo y tu hospitalidad.

La boca de Jake se curvó de un lado.

—Ha sido un placer, señora.

Si había burla en su tono, Samantha prefirió ignorarlo, y al llegar a la puerta trasera se volvió hacia él con una sonrisa. Jake permanecía parado, alto y fibroso, junto al lustroso alazán.

—¿Te apetece un café antes de irte? —preguntó, decidida a mostrarse amable.

—No, gracias, Sam —él siguió mirándola con los ojos ensombrecidos por el ala del sombrero—. Será mejor que me vaya.

—Bueno... —ella dejó escapar un leve suspiro de alivio cuando, al tocar el pomo de la puerta, sintió que por fin estaba a salvo—. Gracias otra vez.

—Claro —él asintió con la cabeza brevemente y se volvió hacia su caballo; luego se detuvo y volvió a mirarla con una intensidad penetrante que convirtió en agua las piernas de Samantha. Cuando habló, su voz sonó suave y expeditiva—. Pienso hacerte mía, ¿sabes?

Transcurrieron varios segundos antes de que Samantha lograra articular una respuesta.

—¿Ah, sí? —su voz era un murmullo tembloroso, y no el tono frío y petulante que hubiera deseado.

—Sí, señora —Jake subió a lomos del alazán y se echó el Stetson hacia atrás para que ella viera sus ojos con turbadora claridad—. Así es —constató, y, dando media vuelta, partió al galope.

## Capítulo 5

Durante los días que siguieron, Samantha se dijo a menudo que su respuesta a los besos de Jake había sido sólo una atracción física pasajera. A fin de cuentas, era una mujer normal. Así que ¿por qué tenía que sentirse culpable?

Jake Tanner era un hombre muy atractivo. «Demasiado atractivo», añadió para sus adentros. Y, además, sabía cómo seducir a una mujer. El hecho de que fuera despótico, engreído y exasperante no tenía nada que ver con cómo había actuado ella. Aquello sólo había sido un capricho pasajero. Y, ciertamente, no volvería a ocurrir.

Sabrina pudo al fin abandonar su reposo, y Samantha decidió que podía dejar unas horas sola a su hermana. Sintióse animada, ensilló a Spook y salió del rancho al galope. Durante un rato disfrutó sintiendo cómo golpeaban los cascos de Spook el duro camino. El cielo bajo pendía bajo sobre ella, y pesadas y densas nubes grises envolvían las montañas distantes en una misteriosa oscuridad. Había en el aire una quietud, un compás de espera, que Samantha, en su afán por escapar a los agobiantes confines de la casa, prefirió ignorar.

Cabalgó velozmente hasta dejar atrás el ganado de cara blanca y expresión hastiada y las vallas de alambre de espino, ansiosa por explorar territorios nuevos y por saborear el deleite del movimiento y la libertad. Las montañas se cernían sobre ella como adustos centinelas, y se elevaban, grises, bajo un cielo sin interrupción. Recordando las instrucciones de Dan, Samantha tomó la precaución de marcar su ruta eligiendo como jalones para su viaje de regreso un grupo de peñascos, un álamo con una rama rota o un tocón retorcido.

Condujo a su montura hasta la cresta de una loma y vio cómo una liebre, asustada por su repentina aparición, cruzaba el camino como una flecha y se perdía de vista.

Transcurrió casi una hora antes de que los primeros copos de nieve comenzaran a caer perezosamente. Samantha se detuvo y observó absorta su progreso. La nieve caía despacio. Levantó la cara, cerró los ojos y dejó que le acariciara las mejillas. El aire húmedo cobraba vida a su alrededor, y le pareció que salía de un sueño.

—Bueno, Spook, ésta es mi primera nevada en Wyoming. Me gustaría quedarme aquí todo el día, viendo caer la nieve, pero el deber me llama. Será mejor que volvamos —le dio una palmada en el cuello y volvió grupas hacia el rancho.

Cabalaron lentamente. Samantha se hallaba absorta en el paisaje de ensueño que empezaba a tomar forma a su alrededor. Los álamos y los chopos iban cubriéndose de blanco, y sus ramas contrastaban vivamente con los exquisitos aguafuertes que formaba la nieve. La tierra se cubrió rápidamente de blanco. Y aunque la belleza del paisaje era sobrecogedora, Samantha empezó a sentir la inquietud de hallarse sola.

Puso a Spook a medio galope. El sonido de sus cascos era suave y amortiguado. La quietud que los rodeaba parecía casi sobrenatural, como si el mundo hubiera dejado de respirar. Samantha sintió de repente frío en los cálidos confines de su chaqueta y se estremeció. Pronto comprobó para su desesperación que, enfrascada en el paisaje, había tomado un desvío equivocado, y empezó a retroceder sobre sus pasos, reprendiéndose por su descuido.

La nieve arreciaba y caía pesadamente de un cielo que Samantha ya no veía. Se maldijo por haberse alejado tanto, y procuró sofocar un repentino arrebato de pánico.

—No seas tonta, Sam —dijo en voz alta, deseando que su propia voz la reconfortara—. Un poco de nieve no te hará daño.

El frío, cada vez más intenso, penetraba hasta su piel. Intentó concentrarse en un café caliente y un fuego vivo mientras miraba a su alrededor, buscando algún jalón del paisaje que pudiera reconocer. Nada le parecía igual. Apretó los dientes con fuerza, intentando refrenar su castañeteo, y se dijo que era imposible que se hubiera perdido. Pero no era cierto. Los árboles y los cerros que la rodeaban eran extraños envueltos en un manto blanco.

La nieve caía densa, como una pared blanca y cegadora que bloqueaba su visión. De pronto se levantó el viento y comenzó a aullar, rompiendo el silencio, y arrojando con fuerza nieve sobre su cara. Samantha frenó al caballo, temiendo que se enredara las patas en los afilados dientes del alambre de espino que no veía, y se mordió salvajemente los labios en un esfuerzo por dominar su miedo.

«Hace tanto frío», pensó mientras empezaba a temblar violentamente, «tantísimo frío...»

La nieve había empapado sus pantalones y se deslizaba sin piedad por el

cuello de su chaqueta. Encogió los hombros intentando protegerse del fuerte viento. La nieve estaba por todas partes; le cerraba el paso y se metía entre su ropa.

Dejó flojas las riendas y rezó por que el instinto del caballo los guiara de vuelta al cálido refugio del establo. Siguieron avanzando a trompicones. El blanco torbellino que se había iniciado tan inofensivamente giraba con furia a su alrededor. Samantha había perdido la noción del tiempo y de la orientación, y aunque intentaba gritar, el feroz vendaval enmudecía su voz.

Tenía mucho frío. Su cuerpo se había ido entumeciendo hasta quedar inerte. Su mente siguió el mismo camino. La ventisca era hipnótica, y Samantha se fue sumiendo en un letargo cada vez más profundo. En un rincón de su mente se agitaba la idea de que su supervivencia dependía de que se mantuviera despierta.

Jinete y caballo avanzaban penosamente. No había tiempo, ni mundo más allá del lienzo impenetrable de la nieve. Samantha sentía que le pensaban los párpados, pero procuraba con todas sus fuerzas mantenerlos abiertos. La nieve se fue amontonando sobre su espalda y abrumándola hasta que se desplomó sobre la crin del caballo y se aferró a él. Fijó la mirada en los cascos delanteros de Spook y empezó a contar cada penoso paso del caballo en su lento progreso a través de la cegadora tormenta.

Pronto perdió la cuenta.

«Si cierro los ojos», pensó vagamente, «no veré todo ese blanco y podré dormir. Qué ganas tengo de dormir...»

La nieve le hablaba, pensó, delirando. ¿Y por qué no? «Está viva. Pero ¿por qué tiene la voz de Jake?». Empezó a reírse, aletargada. ¿Y por qué no iba a tener la voz de Jake? «Los dos juegan a ganar».

—¡Samantha! —le gritaba la nieve—. ¡Abre los ojos! ¡Deja de reírte como una idiota y abre los ojos!

Ella se obligó a obedecer aquella orden, aturdida, y vio borrosamente del rostro de Jake a través de las ráfagas de nieve.

—Serás lo último que vea antes de morir —con un gemido, cerró los ojos de nuevo y deseó sumirse en el silencio.

—Dile a Dan que la hemos encontrado —gritó Jake haciéndose oír por encima del aullido del viento—. Voy a llevarla al Doble T

La oscuridad era reconfortante. Samantha se entregó a ella y sintió que caía lentamente en un agujero sin fondo. Se acurrucó un poco más en su interior. Su conciencia afloró a la superficie.

Miró, divertida, la habitación en penumbra. La nieve que se amontonaba a su alrededor no era nieve, sino el cálido y grueso edredón de una cama. Dejó que sus párpados pesados se cerraran de nuevo.

—No, no, no, de eso nada —abrió un poco los párpados y vio a Jake parado en la puerta abierta.

—Hola.

Los labios de Jake se afinaron mientras se acercaba a la cama. Samantha comprendió, a través de la neblina que envolvía su cerebro, que estaba enfadado. Se quedó mirándolo con soñoliento embeleso.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo ahí fuera con la que está cayendo? He visto muchas tonterías, pero salir a dar un paseo a caballo en medio de una ventisca las supera a todas.

Ella deseó pedirle que dejara de gritar, pero le faltaban las fuerzas.

—¿Dónde estoy? —logró decir al fin.

Jake se sentó al borde de la cama, le levantó la cabeza de la almohada y le acercó una taza a los labios.

—Toma, bébete esto primero. Luego hablamos.

El coñac era cálido y fuerte, y Samantha se atragantó y gimió cuando se lo hizo tragar. El calor de la bebida se difundió por su cuerpo, haciendo retroceder la bruma de la inconsciencia.

—Ahora, para contestar a tu pregunta, estás en el Doble T —Jake dejó a un lado la taza vacía y volvió a colocar su cabeza sobre las almohadas.

—Ah.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? —Jake se puso a gritar otra vez. La agarró por los hombros y la zarandeó—. ¿Sólo «ah»? ¿Qué demonios estabas haciendo ahí fuera?

—Parece que hace tanto tiempo... —ella frunció el ceño, intentando concentrarse, y el esfuerzo le hizo cerrar los ojos—. No estaba nevando cuando



salí —dijo débilmente.

—¿Que no estaba nevando? —repitió Jake, atónito—. Samantha, ¿es que no viste el cielo? ¿Dónde tenías la cabeza?

—No hace falta que me ofendas —replicó ella con un leve arrebató de energía.

—¿Que no hace falta? ¿Es que estás loca de remate? ¿Te das cuentas de lo que ha podido pasarte? —se metió las manos en los bolsillos como si apenas pudiera reprimir las ganas de estrangularla—. ¡Ahí fuera, en plena ventisca, medio helada y perdida sin remedio! Ha sido un milagro que te encontráramos. Un poco más, y ahora estarías tendida en alguna parte, enterrada por la nieve, y nadie te habría encontrado hasta la primavera. Dan estaba medio loco cuando por fin consiguió encontrarme y me dijo que habías salido con esta tormenta.

—¿Y Bri?

—Bri no sabía nada —se giró para mirarla otra vez—. Estaba echando una siesta. Ni siquiera se le ocurrió que hubieras salido con la tormenta que se estaba formando —se echó a reír con aspereza.

Samantha empezó a temblar al recordar la nevada y el terror que había sentido.

—Lo siento —logró decir, sobreponiéndose a las lágrimas que amenazaban con saltársele en cualquier momento.

Jake masculló un juramento y se pasó una mano por el pelo. Se acercó a ella y la estrechó en sus brazos.

—Samantha —murmuró contra su pelo—, qué infierno nos has hecho pasar.

—Lo siento —repitió ella, y empezó a sollozar con fuerza—. Estaba tan asustada, tenía tanto frío...

Jake la acunó mientras murmuraba palabras que ella no entendía, y le besó el pelo y las mejillas húmedas hasta alcanzar sus labios. Su beso se mezcló con la sal de las lágrimas de Samantha.

—Te he mojado la camisa —murmuró ella al cabo de un rato.

Él dejó escapar un profundo suspiro. Samantha vio que una sonrisa empezaba a extenderse por su rostro antes de que apoyara la frente sobre la de ella.

—Eso es sin duda la peor calamidad del día.

—Está oscuro—dijo ella de pronto—. ¿Cuánto tiempo ha...?

—Mucho. Lo que ahora necesitas es descansar.

—¿Y Spook? —preguntó ella mientras la tumbaba sobre las almohadas.

—Está descansando de su aventura en el establo. Y debo añadir que tiene mucho mejor aspecto que tú.

—Quiero darte las gracias por todo —Samantha buscó su mano. De repente, descubrió que no llevaba nada encima, salvo las sábanas y las mantas—. Mi... mi ropa balbuceó, tirando de la manta en un gesto puramente femenino que hizo sonreír a Jake.

—Estaba empapada, Sam —Jake se levantó y osciló suavemente sobre sus talones—. Había que secarte y hacerte entrar en calor.

—¿Fue Annie? logró esbozar una sonrisa al pensar en la acogedora presencia del ama de llaves de Jake—. Parece que os he causado a todos muchas molestias. ¿Te importaría darle las gracias de mi parte?

—Bueno, Sam, me encantaría complacerte, pero Annie se fue ayer a Colorado a pasar una semana con su sobrino —la sonrisa de Jake se hizo más amplia.

—Entonces ¿quién...? —la pregunta se atascó en su garganta, y sus ojos se redondearon y se oscurecieron—. Oh, no —musitó, cerrando los ojos, avergonzada.

—No tienes de qué avergonzarte, Sam. Tienes un cuerpo precioso.

—Oh, no —ella cerró los ojos con más fuerza y dejó escapar un gemido.

—Vamos, no te disgustes —su tono de voz adquirió la leve insolencia del vaquero que ella había conocido días atrás, en un frío atardecer de marzo—. Cuando te quité la ropa y te froté de arriba abajo, fue únicamente por motivos de salud. Haría lo mismo con cualquier animal extraviado —le dio una palmadita en la mano, y ella abrió los ojos con recelo al sentir su contacto.

—Sí, claro —se humedeció los labios e intentó ver el lado práctico de aquel asunto—. Bueno, yo... gracias.

—No tiene importancia, no le des más vueltas —Jake se acercó a la puerta, se detuvo y se volvió hacia ella—. Ahora bien, la próxima vez que te quite la ropa, mis propósitos serán completamente distintos.

Salió tranquilamente de la habitación, dejando a Samantha sin habla.

## Capítulo 6

Samantha miró a su alrededor. De pronto recordó, sobresaltada, que estaba en casa de Jake. Y, lo que era peor aún, desnuda en su cama. Se estaba preguntando si debía involucrarse en la colcha y buscar un atuendo más adecuado cuando oyó pasos en el pasillo, fuera de la habitación. Se tapó con las mantas hasta la barbilla al tiempo que Jake entraba por la puerta abierta.

—Así que estás despierta. ¿Cómo te sientes?

—Bien —su aparato respiratorio se comportaba azarosamente. Jake se acercó a ella y se sentó en la cama—. Estoy bien —repitió ella, y luego añadió innecesariamente—. Todavía está nevando.

—Sí —dijo él sin apartar los ojos de su cara—. Pero ya nieva menos.

—¿Ah, sí? —ella se obligó a mirar por la ventana.

—A mediodía ya habrá pasado lo peor —la agarró de una mano y la obligó a soltar la manta, que ella agarraba con fuerza—. Tranquila, Sam, no voy a violarte, sólo voy a tomarte el pulso.

—Estoy bien —repitió ella otra vez.

—No, no estás bien, Samantha —puntualizó él, y le rozó la mejilla con los dedos como si quisiera comprobar su consistencia—. Lo primero es darte algo de comer —se levantó y le alargó una bata de franela que había dejado a los pies de la cama—. Seguramente te sentirás mejor si te pones algo encima —su sonrisa era levemente burlona—: ¿Podrás ponértela tú sola?

—Desde luego que sí —Samantha le quitó la bata y siguió aferrándose a las mantas—. No soy una inválida.

—Pues será mejor que te hagas a la idea de que lo eres. Ponte eso y luego vuelve a la cama. Voy a traerte el desayuno.

—Yo no...

—No discutas —dijo él expeditivamente, y se marchó antes de que Samantha pudiera decir nada más.

Cerró la puerta, sin embargo, y, agradecida por aquella concesión, Samantha apartó las mantas y deslizó un brazo en la bata. Al incorporarse, la

habitación osciló y empezó a girar a su alrededor. Volvió a dejarse caer en la cama, deslizó el otro brazo en la manga y se ciñó la bata antes de intentar levantarse otra vez. Notaba los miembros entumecidos y flojos, y advirtió con perplejidad que le dolía ligeramente el tobillo. Se agarró a un poste de la cama hasta que la habitación dejó de darle vueltas, se arremangó la bata hasta que sus manos quedaron al descubierto y luego entró en el cuarto de baño para mirarse al espejo.

La visión de su propia cara la dejó sin aliento. Su piel parecía casi transparente, y, en contraste con ella, sus ojos parecían más grandes y más oscuros. El leve rubor que cubrió sus mejillas cuando se las pellizcó se esfumó enseguida. Se pasó la mano por el pelo, que le caía sobre los hombros de la bata verde oscura.

La bata debía de ser de Jake, pensó al mirarse las mangas, que se tragaban sus brazos, y el bajo, que le llegaba casi a los tobillos. Una extraña sensación se apoderó de ella al sentir la tela sobre su piel. Se dio la vuelta y se quedó mirando la cama.

—No pienso meterme ahí otra vez —masculló, y con un leve gesto de desafío, se ciñó la bata un poco más—. Puedo comer en la mesa, como una persona normal.

Llevaba un momento andando por el pasillo cuando le pareció que se arrastraba en lugar de andar. Sentía las piernas pesadas y flojas, y ello le enfurecía. La sacaba de quicio el silencio de la casa, que parecía vibrar a su alrededor, y la necesidad de oír los movimientos cotidianos de otro ser humano se le hacía cada vez más imperiosa. Maldijo el mareo que se apoderaba de ella por oleadas y que una y otra vez la obligaba a detenerse y a apoyar la cabeza contra la pared.

—Esto es ridículo.

—Tienes razón —aquella áspera constatación procedía de detrás de ella. Jake la agarró por los hombros—. ¿Qué haces levantada?

—Estoy bien —Samantha se tambaleó contra su pecho y se agarró a sus brazos mientras él la agarraba por la cintura—. Estoy un poco mareada, y me duele el tobillo.

Jake miró sus pies descalzos.

—Seguramente te lo torciste cuando te caíste del caballo.

—¿Me caí del caballo? —preguntó ella con incredulidad.

—Estabas inconsciente. Anda, vuelve a la cama y quédate allí —Jake la levantó en brazos sin esfuerzo, y Samantha apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Jake, no me hagas volver a la cama. Hay tanto silencio ahí dentro ...Y no quiero estar sola.

Él se inclinó y la besó suavemente en los labios, que ella separó, aturdida.

—Si crees que puedes sentarte en una silla sin caerte de bruces, puedes venir a la cocina.

Ella asintió con la cabeza, suspiró y cerró los ojos.

—Odio causarte tantas molestias —notó que Jake la acomodaba mejor entre sus brazos antes de echar a andar por el pasillo.

—Supe que ibas a causarme muchas molestias en cuanto te vi.

—No te burles, Jake. Intento darte las gracias.

—¿Por qué?

Samantha posó una mano sobre su mejilla y le hizo volver la cara para que la mirara.

—Por salvarme la vida.

—Entonces, ten más cuidado a partir de ahora —sugirió él.

—Jake, por favor, hablo en serio. Te debo...

—Nada, no me debes nada —el enojo endureció su voz—. No quiero tu gratitud —al llegar a la cocina, la depositó en una silla, junto a la mesa—. ¿Qué tobillo te duele? —se agachó junto a sus pies.

—El izquierdo. Jake, yo... ¡Ay!

—Perdona —él sonrió y apoyó la mano con delicadeza sobre su rodilla—. No lo tienes hinchado.

—Pues me duele —dijo ella con obstinación.

—Entonces, no te apoyes en él —le aconsejó Jake con sencilla lógica, y se dio la vuelta para acabar de preparar el desayuno.

—Es usted, todo delicadeza, doctor Tanner—observó ella secamente.

—Sí, señora, eso me han dicho —se volvió para mirarla con una sonrisa

malévola—. Dime, Sam, ¿Sabrina también tiene un lunar en la cadera izquierda?

Ella se puso colorada.

—Tú... tú... —balbuceó, y se cerró la bata alrededor del cuello.

—Por aquí, a eso lo llamamos cerrar el establo cuando la vaca ya se ha escapado. Bebe un poco de café, anda —sugirió con repentina delicadeza, y le puso una taza sobre la mesa—. Y cómete este beicon —ordenó, deslizándolo un plato delante de ella—. No te ha durado mucho el rubor. Estás otra vez más pálida que un fantasma. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Yo... desayuné ayer, creo.

—Tostada y café, supongo —dijo él con fastidio—. Es un milagro que consigas mantenerte en pie. Come, anda —pinchó un trozo de beicon del plato y lo sostuvo delante de ella—. Enseguida te preparo unos huevos.

Ella aceptó obedientemente el beicon y dio un mordisco.

—¿Tú no vas a tomar nada?

—Sí, dentro de un momento —contestó él distraídamente mientras cascaba y batía los huevos en un cuenco. Con el primer bocado de beicon, Samantha descubrió que estaba hambrienta. Mientras devoraba la comida, observó que Jake cocinaba con una soltura que la sorprendió gratamente.

Al cabo de un momento, se sentó frente a ella con el plato lleno. Samantha se preguntó cómo podía comer tanto y estar tan flaco. Lo miró a hurtadillas, con los párpados bajos, y de pronto pensó que nunca había compartido la mesa del desayuno con un hombre. La sensación de intimidad de aquel instante se apoderó de ella: el olor a beicon y a café que llevaba el aire, la casa silenciosa y desierta a su alrededor, la suave franela de la bata sobre su piel y el leve olor masculino de Jake que impregnaba la tela... Era como si fueran amantes, pensó de repente; como si hubieran pasado la noche juntos y estuvieran compartiendo la mañana. Sintió que le ardía la cara.

—No sé qué te ha devuelto el color, Sam, pero sigue así.

Ella levantó los ojos y tuvo la inquietante sensación de que Jake sabía perfectamente qué camino habían seguido sus pensamientos. Fijó los ojos en el plato.

—Debería llamar a Bri para decirle que estoy bien.

—No funcionan los teléfonos —dijo él con sencillez, y Samantha volvió a

mirarlo.

—¿Que no funcionan? —repitió.

«No hay teléfono», repitió su cerebro. Sin teléfono, era como si estuvieran en una isla, a miles de kilómetros del resto del mundo. Su aislamiento era completo, y la nieve seguía cayendo como si no tuviera intención de parar.

—Con una tormenta como ésta, no es raro que estén cortadas las líneas. Tampoco hay electricidad, pero el generador está en marcha. No te preocupes por Sabrina, ya sabe que estás aquí —sus palabras no consiguieron disipar la tensión de Samantha.

—¿Cuándo... cuándo crees que podré volver?

—Dentro de un par de días —contestó él encogiéndose de hombros con despreocupación, y bebió un sorbo de café—. Tendrán que despejar las carreteras cuando escampe la tormenta, y todavía no estás en condiciones de viajar. Dentro de un par de días te encontrarás mejor.

—¿Un par de días?

Jake se recostó cómodamente en la silla y su voz sonó suave como un río tranquilo.

—Naturalmente, para entonces ya estarás comprometida sin remedio; no quedará ni una pizca de tu intachable reputación. Sola conmigo dos o tres días, y sin Annie para que añada un poquito de decencia a la situación —sus ojos vagaron por la esbelta figura de Samantha—. Y con mi bata puesta, además —sacudió la cabeza—. No hace muchos años, habría tenido que casarme contigo.

—Menos mal que los tiempos cambian —replicó ella con mordacidad.

—Uf, no sé, Sam —su suspiro sonó convincente—. Yo soy un hombre chapado a la antigua.

—En primer lugar, estamos aquí por azar —ella cruzó los brazos con gran dignidad—. Y, además, no he hecho nada que me comprometa, como tú dices de esa forma tan curiosa.

—¿No? —la miró lánguidamente, con los ojos entornados—. Para empezar, te he desvestido, te he metido en la cama y te he preparado el desayuno. ¿Quién sabe en qué acabará todo esto? —su sonrisa era indolente, pero estaba cargada de intención. Samantha sintió de pronto que le costaba tragar—. Relájate, Sam —Jake se echó a reír con arrogancia—. Ya te dije que pensaba



hacerte mía, pero no tengo intención de aprovecharme de una pálida chiquilla que apenas se tiene en pie —hizo una pausa, encendió uno de sus largos y finos cigarros y expelió el humo hacia el techo—. Cuando te haga el amor, quiero que estés fuerte. No quiero que te desmayes en mis brazos.

¡La arrogancia de aquel hombre era asombrosa!

—Eres un bestia y un engreído —comenzó a decir ella—. ¿Cómo te atreves a decirme que vas a hacerme el amor? Te crees que eres irresistible. Pues ve preparándote por qué...

—Algún día te lo recordaré, Sam —dijo Jake suavemente mientras apagaba el cigarro—. Ahora, creo que será mejor que te acuestes otra vez. Todavía no tienes fuerzas para pelearte conmigo.

—No tengo por qué acostarme. Y tampoco necesito que me lleves en brazos. Puedo arreglármelas yo sola —se levantó, y tuvo que agarrarse a la mesa al sentir que la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor.

—No parece lista para hacer saltos mortales, profesora —observó Jake mientras la tomaba del brazo.

—Estoy bien —Samantha apoyó débilmente la mano, que había alzado para apartarlo, sobre su pecho. Él le ladeó la barbilla; ya no sonreía.

—Samantha, a veces hay que ser fuerte para dejar que los demás se ocupen de ti. Vas a tener que cederme las riendas un par de días. Si te resistes, sólo conseguirás empeorar las cosas.

Ella dejó escapar un suspiro, recostó la cabeza sobre su pecho y no protestó cuando Jake la rodeó con sus brazos.

—¿Tiene que gustarme?

—No necesariamente —él dejó escapar una breve risa, la levantó fácilmente en vilo y la llevó a la cama.

El fugaz arrebató de energía que se había apoderado de Samantha la abandonó de inmediato. Se acomodó bajo las mantas, presa de una extraña placidez, y se quedó dormida antes incluso de que los labios de Jake tocaran suavemente su frente en un beso de despedida.

—Empezaba a creer que ibas a dormir toda la noche. Ella giró la cabeza bruscamente. Jake estaba sentado al otro lado de la habitación; el humo de su

cigarro se elevaba caracoleando hacia el techo, y la luz vacilante del fuego hacía brillar sus ojos. Samantha se apartó el pelo enmarañado de la cara y se sentó con esfuerzo.

—Está oscuro —dijo—. ¿Qué hora es?

Jake miró el reloj de oro que llevaba en la muñeca y dio una lenta chupada a su cigarro.

—Poco más de las seis.

—¿Las seis? Llevo horas durmiendo. Pero tengo la sensación de haber dormido semanas enteras.

—Lo necesitabas Jake arrojó al fuego la colilla, se levantó y se acercó a ella. Miró con preocupación las mejillas sofocadas y los párpados pesados de Samantha y su expresión se fue suavizando paulatinamente, hasta que los ángulos de su cara formaron una sonrisa satisfecha—: Tienes mejor color la agarró de la muñeca y ella bajó los ojos y observó las llamas danzarinas del fuego—. Tienes el pulso un poco acelerado —su voz reflejó su sonrisa—, pero fuerte. ¿Tienes hambre?

—No debería tenerla —Samantha se obligó a mirarlo a los ojos—. Llevo todo el día tumbada, pero estoy muerta de hambre.

Jake sonrió de nuevo y la levantó en brazos sin decir nada. Ella se sintió pequeña y vulnerable, y aquella sensación le resultó al mismo tiempo agradable y perturbadora. Le costó resistirse al impulso de apoyar la cabeza sobre la fuerte curva del hombro de Jake, pero al final logró concentrarse en las líneas diáfnas y afiladas de su perfil.

—Estoy segura de que puedo andar. Me encuentro bastante bien.

—Lo dudo —ella sintió su cálido aliento en la cara—. Además, encajas de maravilla en mis brazos.

Samantha no encontró una rápida réplica a aquel comentario, y dejó que la llevara a la cocina sin decir nada.

Samantha se recostó en su silla, ahíta y contenta, bebió un sorbo de vino blanco y fresco y miró a Jake inclinando la cabeza con aprobación.

—Vas a ser un marido magnífico. Eres un cocinero excelente.

—Eso creo yo —él asintió con la cabeza, satisfecho de sí mismo—. Mi

mujer no tendría porqué ser una buena cocinera —añadió con despreocupación—. Creo que preferiría exigirle otras cualidades.

—Adoración —sugirió ella—. Obediencia, lealtad inquebrantable, dedicación absoluta...

—No está mal para empezar.

—Pobre mujer.

—Naturalmente, no quiero que sea una boba. Digamos que me gustan las mujeres que tienen algo en la cabeza, y que no fingen ser lo que no son. Y, naturalmente —añadió tras apurar su vino—, sé apreciar la belleza.

—Bueno, de momento no parece que pidas gran cosa —Samantha soltó una risita—. Sólo la perfección.

—La mujer en la que estoy pensando cumple todos esos requisitos —Jake sonrió y se levantó para servir el café. Samantha se quedó mirando su espalda y de pronto le pareció que su corazón caía en un profundo agujero. Lesley Marshall. Su cerebro le devolvió aquel nombre como el destello de un rótulo de neón en letras rojas.

Jake se negó a que fregara los platos y la llevó en brazos al sofá del cuarto de estar.

—Me siento inútil —masculló ella, envuelta entre mantas y almohadas—. No estoy hecha para estar tumbada. Nunca me pongo enferma —miró a Jake con enojo como si todo aquello fuera culpa suya—. No sé cómo lo ha aguantado Bri un mes entero.

—Puede que tú te quedaras con su ración de fuerza, y ella con tu ración de paciencia —comentó Jake, y luego se encogió de hombros—. Aunque, naturalmente, podría estar equivocado.

Samantha oyó su risa y el breve chasquido del mechero cuando encendió un cigarro.

«Bueno, Samantha», se reprendió, «esta vez sí que la has hecho buena. No sólo estás aislada con un hombre que te confunde constantemente, sino que ni siquiera te tienes en pie. Dicen que las personas que viven juntas aprenden a conocerse rápidamente, pero creo que va a hacer falta mucho más que un día para aprender de qué va este hombre». Vivir juntos, repitió, más divertida que avergonzada. «Si mamá pudiera verme ahora, necesitaríamos un galón de sales para reanimarla».



# Capítulo 7

Estaba rompiendo el alba. Rayos de oro y rosa hendían el azul neblinoso del cielo y derramaban su luz sobre los párpados cerrados de Samantha.

¿Era por la mañana? Samantha se incorporó sobresaltada y sacudió la cabeza para disipar los últimos jirones del sueño. Se puso la bata de Jake, posó los pies en el suelo, respiró hondo tres veces y se levantó. Al comprobar que no le daba vueltas la cabeza, dejó escapar un largo suspiro de alivio. Notaba flojas las piernas, pero ya no le parecía que iban a derretirse bajo ella, y el dolor del tobillo había desaparecido.

«Movilidad», pensó con regocijo. «Hasta ahora no la había apreciado de verdad». Café. Un pensamiento siguió al siguiente con rapidez vertiginosa, y Samantha salió de la habitación con intención de convertir su deseo en realidad. Al pasar por el pasillo, sintió que una puerta se abría a su lado y, dando un grito, se pegó a la pared. Jake estaba en la puerta, frotándose enérgicamente el pelo mojado con una toalla. Llevaba puesto un albornoz atado flojamente alrededor de la cintura.

—Buenos días, señora.

—Me has asustado —ella tragó saliva, impresionada por la virilidad que exudaba su piel bronceada y que el albornoz no lograba ocultar. Jake dio un paso hacia ella, y Samantha contuvo el aliento instintivamente—. Yo... estoy mucho mejor —balbuceó, encogiéndose contra el suave panel de madera de la pared sin darse cuenta—. Hasta puedo andar en línea recta —su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro mientras Jake permanecía parado frente a ella. Sus ojos le llegaban a la garganta morena, que el cuello abierto del albornoz dejaba al descubierto. El le levantó la barbilla, y ella se puso a temblar.

—Relájate, Sam —dijo con una risa gutural—. Sólo quiero echarte un vistazo. Debes de tener la constitución de un elefante —comentó con poco halagüeña naturalidad—. Parece que has estado de vacaciones, y no luchando contra una ventisca. La mayoría de las mujeres habría estado una semana en la cama.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres —Samantha le apartó la mano de su cara—: No soy frágil, ni delicada, y no voy a volver a la cama. Voy a preparar el desayuno —lo empujó para que se apartara y echó a andar por el

pasillo.

—El café ya está puesto —dijo Jake tras ella.

Samantha casi había acabado de preparar el desayuno cuando Jake se reunió con ella. Ataviado con el atuendo menos perturbador de unos pantalones de pana y una camisa de franela, la observó preparar la comida mientras tomaba café en silencio, sentado a la mesa de la cocina.

—Me estoy acostumbrando a desayunar con una cara bonita delante — comentó cuando Samantha se sentó a su lado.

—No creo que sea la primera —replicó ella con estudiada indiferencia. «Ni seré la última», añadió para sus adentros.

—No —dijo él con naturalidad—, pero es muy agradable ver unos grandes ojos azules a primera hora del día.

—Los ojos azules son bastante corrientes —masculló ella, y fijó la mirada en su plato—. Además, esto sólo es temporal.

Jake se quedó callado un momento mientras Samantha revolvía sin cesar los huevos de su plato.

—Supongo que la carretera estará despejada mañana.

—¿Mañana? —repitió ella, y una sensación de vacío se extendió por su estómago.

—Todavía hay mucha nieve. Algunos ventisqueros son como pequeñas montañas. Va a costar mucho trabajo quitarlos.

—Entiendo.

—¿Crees que hoy podrás apañártelas un rato sola?

—¿Qué? Ah, sí; claro, estoy perfectamente.

—Tengo muchas cosas que hacer. Ayer mi capataz se ocupó de todo, pero los hombres necesitan toda la ayuda que puedan conseguir —frunció el ceño—. Hay que llevar heno a las reses. Son tan tontas que no se les ocurre escarbar hasta encontrar la hierba. Se quedarán ahí paradas hasta que se mueran de hambre.

—Supongo que la tormenta habrá causado muchos daños.

—No muchos, por los informes que me han dado. Hace un par de años fue mucho peor.

—¿Informes?

—Uno de mis hombres se pasó por aquí ayer por la tarde para ponerme al corriente —se sirvió un poco más de café y alargó la mano hacia la leche—. Tú estabas durmiendo.

—Ah.

«Qué raro», pensó. Alguien había roto su aislamiento, y ella no se había enterado.

Jake la observó por encima del borde de la taza.

—No me gusta dejarte sola; y menos aún sin teléfono.

Ella se encogió de hombros.

—No te preocupes por mí. No me pasará nada —levantó la mirada y se topó con su mirada pensativa.

—No sé cuánto voy a tardar.

—Jake, deja de preocuparte. Me encuentro perfectamente.

Él ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Levántate. Quiero verlo con mis propios ojos.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, la rodeó con los brazos y la besó. A Samantha le flaquearon las piernas. La boca de Jake era ligera e incitante, y sus dientes le mordisquearon el labio inferior hasta que aquel exquisito placer la hizo gemir. Se aferró a sus hombros y de pronto sintió que entre la oscuridad se filtraba una tenue impresión de ser dueña de sí misma. Se apartó de él y sacudió la cabeza.

—Dime, Sam... —la voz de Jake era suave y persuasiva, pero sus manos, que habían descendido hasta las caderas de Samantha, la agarraban con firmeza —, no serías capaz de mandarlo a uno ahí fuera con el frío que hace sin darle algo caliente que recordar, ¿no?

La atrajo hacia sí, la apretó contra sus caderas y acarició exquisitamente la suave redondez de sus nalgas. Su boca sofocó una queja de Samantha, y su lengua comenzó a moverse con lentitud, provocativamente, hasta que ella sintió que la habitación daba vueltas a su alrededor con tanta furia como el día anterior. Jake subió las manos lentamente, y sus pulgares se deslizaron en círculos sobre los pechos de Samantha mientras con la boca y la lengua aniquilaba todo vestigio de resistencia. Samantha se apretaba y se frotaba contra él, enloquecida.

Su cuerpo ardía bajo las caricias de Jake. Dejó escapar un suspiro que se convirtió en gemido cuando la boca de Jake se deslizó hasta su garganta. Los labios de Jake saboreaban, se demoraban, exploraban nuevos territorios, y la punta de su lengua, cálida y húmeda, se deslizaba sobre la piel de Samantha y sobre su oído con devastadora sensualidad, hasta que ella deseó desesperadamente que volviera a apoderarse de su boca.

Sin embargo, no vio cumplido su deseo. Jake la apartó de sí con la misma firmeza con que la había abrazado. Aturdida e inerte, Samantha se quedó mirándolo mientras su cuerpo palpitaba, presa de un sinfín de deseos recién descubiertos.

—Aprendes rápido, Sam. Eso bastaría para que cualquier hombre siguiera en marcha con una nevada de un metro de alto —Samantha apartó la mano, furiosa y avergonzada por su, propia reacción—. Vamos, Sam —Jake volvió a agarrarla y le sujetó la mano, ignorando sus esfuerzos por desasirse—. Aún no tienes fuerzas para luchar. Date un par de días más —le giró la mano y le besó la palma con suavidad. Ella dejó de debatirse repentinamente—. Voy a traer a Wolfgang para que te vigile. Tómatelo con calma, e intenta recordar que no estás tan fuerte como crees.

Le revolvió el pelo como si fuera una chiquilla y desapareció en el vestíbulo.

Algo más tarde, Samantha decidió darse una ducha caliente y, mientras se enjabonaba, procuró olvidar el tacto de las manos de Jake sobre su piel. En el dormitorio descubrió su ropa pulcramente doblada sobre el respaldo de la silla. Se vistió y empezó a deambular por la casa sin rumbo fijo, con el san bernardo tras ella.

La casa guardaba un sinfín de pequeños y deliciosos tesoros: un escritorio de roble de tapa plegable, un aparador de taracea holandesa, una cuna Windsor... Samantha se preguntó, dejando escapar un leve suspiro, si ésta última habría acunado a Jake de niño. Al abrir otra puerta, se encontró con la biblioteca.

La habitación olía a cuero viejo. Samantha fue pasando los dedos por los volúmenes, sacó un librito de poesía amorosa y abrió la tapa. Una letra ligera y femenina adornaba la esquina de la guarda, y Samantha torció el gesto al leer lo que ponía.



Querido Jake... Para que te acuerdes.

Con amor, Lesley

Samantha cerró el libro bruscamente, lo sostuvo un instante sobre la papelerera y luego, apretando los dientes, volvió a dejarlo en su lugar.

—A mí me da igual —le dijo a Wolfgang—. Por mí que le regale cien libros de poesía, o mil. Eso es cosa suya —tocó al perrazo con los dedos del pie—. Vamos, Wolfgang, sigamos adelante.

Regresó al cuarto de estar, avivó el fuego, que había quedado reducido a un montón de brasas sibilantes, y se acurrucó a su lado.

Pasó sin sentir una hora, y luego otra, y otra más. Jake ya debería haber vuelto, le dijo Samantha al callado reloj, cuyas manecillas marcaban más de las seis. Estaba oscureciendo. Se levantó y observó por la ventana la luz mortecina del anochecer.

¿Y si le había pasado algo? Se le quedó la garganta seca, y sintió un escalofrío de temor. No podía haberle pasado nada, se dijo mientras se frotaba los brazos para combatir el frío que de pronto se había apoderado de ella. «Es muy fuerte y sabe lo que hace».

«Pero ¿por qué estoy tan preocupada por él?».

—Porque —se dijo en voz alta, lentamente—, lo quiero. He perdido la cabeza y me he enamorado de él —se tapó los ojos con las manos al sentir que el peso de aquella idea la abrumaba—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Entre todos los hombres del mundo, tenía que enamorarme precisamente de éste.

«Un hombre», se recordó, «que ha elegido a Lesley Marshall para que sea su esposa. ¿Será por eso por lo que me siento como si me hubieran partido en dos? ¿Por lo que reacciono ante él como nunca he reaccionado ante nadie?». Miró la oscuridad y se estremeció. «Debería admitir que no me importa nada, excepto que vuelva a casa sano y salvo...»

Cuando finalmente oyó el golpe de la puerta, corrió a la entrada y se arrojó en brazos de Jake, que, cubierto de nieve, la miró con perplejidad.

—Sam, ¿qué te pasa? —intentó apartarla de su chaqueta fría y mojada.

—Temía que te hubiera pasado algo —su voz sonó sofocada por la

chaqueta, cuya humedad helada no notaba en la mejilla.

—No me ha pasado nada, salvo que estoy congelado y empapado hasta los huesos —la agarró con firmeza por los hombros y se desasíó de su abrazo—. Te estas empapando —la sujetó con suavidad. Ella lo miró con sus ojos enormes y empañados—. Lamento haber tardado tanto, pero había muchas cosas que hacer y cuesta moverse con tanta nieve.

Ella retrocedió, avergonzada por su arrebato.

—Debes de estar agotado. Perdona, ha sido una tontería comportarme así. Será porque he estado sola en casa todo el día —balbuceó mientras retrocedía con decisión hacia la puerta—. Seguramente querrás darte una ducha y tomar algo caliente. Yo... estaba haciendo la cena.

—Huele muy bien —comentó él y, mientras observaba las mejillas sofocadas de Samantha, una sonrisa se extendió por su cara.

—Son es—espagueti —tartamudeó ella, y se despreció por ello—. Voy a acabar de hacerlos.

Samantha se retiró a la cocina y ni siquiera se volvió para mirar a Jake cuando, un momento después, él apareció en la puerta y anunció despreocupadamente que iba a darse una ducha caliente antes de cenar. Ella masculló una vaga respuesta, fingiéndose absorta en los preparativos de la cena. Cuando oyó alejarse los pasos de Jake, dejó escapar un largo suspiro.

—Qué idiota soy —suspiró, y se apartó el pelo de la cara con rabia.

Un comportamiento como el que había demostrado en el vestíbulo sólo conseguiría meterla en un lío. Juró solemnemente refrenar sus emociones mientras estuviera con Jake Tanner, y recordó con una mezcla de alivio y desilusión que al día siguiente regresaría con su hermana y que por tanto le sería mucho más fácil evitar a Jake. Sólo tenía que pasar una noche más sin ponerse en ridículo, y luego podría aclarar sus ideas.

Estaba poniendo la mesa cuando Jake regresó.

—Si eso sabe tan bien como huele, moriré feliz —levantó la tapa de la cazuela y dejó escapar un suspiro de aprobación. Sonriendo, salió un momento y regresó con una botella de vino mientras ella ponía la cazuela sobre la mesa—. Un buen borgoña —anunció, y abrió la botella y sacó dos copas—. Samantha, esto está buenísimo —dijo al cabo de un rato, dejando de comer para lanzarle una sonrisa—. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—En una de las famosas actividades extraescolares de mi madre.

—¿Qué más sabes hacer?

—Bueno, veamos. Sé saltar desde un trampolín, hacer piruetas, caminar con las manos con la misma soltura con que otros caminan con los pies, preparar un quiche fantástico, y bailar el vals sin contar los pasos.

—Estoy impresionado. ¿Y cómo pasa el día una mujer con tantos talentos?

Ella suspiró, hizo una mueca y comenzó a jugar con sus espaguetis.

—Durmiendo, sobre todo.

—Mmm —Jake no consiguió disimular la risa, pese a que se puso a toser.

Después de cenar, Samantha insistió en fregar los platos ella sola. Quería evitar la presencia de Jake en los estrechos confines de la cocina. Después de recogerlo todo, recorrió el pasillo hasta el cuarto de estar. Jake estaba echando otro leño al fuego, que ardía lentamente. Al oírla entrar, se volvió con una sonrisa.

—¿Te apetece un coñac?

—No, no, gracias —ella respiró hondo y deseó que sus piernas la llevaran al sofá.

—No estarás de entrenamiento, ¿no? Jake se apartó de la chimenea y se sentó junto a ella en el sofá.

Samantha sonrió y sacudió la cabeza.

—El fuego es una maravilla —echó mano del primer tema que se le ocurrió, y fijó los ojos en las llamas—. Siempre he querido tener chimenea en mi apartamento. En casa teníamos una, y Bri y yo solíamos asar palomitas en el fuego. Siempre las quemábamos y... El resto de sus palabras se perdió cuando Jake puso un dedo bajo su barbilla y le hizo volver la cara hacia él. Se acercó y, al ver que ella se echaba hacia atrás, asustada, levantó una ceja con sorna. Se inclinó hacia ella otra vez, y ella volvió a apartarse.

—Sólo voy a besarte, Samantha —la agarró con más fuerza de la barbilla. Luego apartó la mano de su barbilla y le sujetó la cara al tiempo que sus labios se movían sobre los de ella, suaves como un susurro. Samantha se relajó, a pesar de sí misma. Sus labios se abrieron, invitándolo a apropiarse de su boca—. Samantha... —su nombre sonó como un suspiro.

—Bésame otra vez —musitó ella lentamente, levantando la cara hacia él.

Jake dejó escapar un leve gruñido y volvió a besarla. Samantha se aferró a él; su cuerpo palpitaba de deseo; su corazón latía violentamente contra el cuerpo de Jake al tiempo que una parte de ella contemplaba, horrorizada, cómo reaccionaba ante sus besos. Su boca se aferró, ávida y dulce, a la de él. Una pasión aletargada despertó de su sueño, y de pronto sólo quedaron ellos dos y el deseo, más antiguo que el tiempo, de amar y ser amada, de poseer y ser poseída.

Jake le abrió la camisa y se apoderó de sus pechos. El frenesí del principio se fue dulcificando hasta convertirse en un lento viaje de descubrimiento. La leve estela de los dedos de Jake sumía a Samantha en una ebriedad nueva, lánguida y delirante. Jake saboreó su cuello y enterró la cara en su densa cabellera.

Samantha se aferró a su espalda musculosa mientras la boca, la lengua y las manos de Jake derramaban fuego sobre ella. Sintió, más que oír, que él decía su nombre, y más que sentir intuyó la tensión que se apoderaba de pronto del cuerpo de Jake antes de que éste dejara de besarla. Oyó vagamente un ruido chillón e insistente, y, aturdida, se esforzó por recuperar de nuevo aquel deleite.

—Menudo momento para que arreglen el teléfono —ella abrió los ojos, oscuros como zafiros, y se quedó mirándolo sin comprender—. Nada me gustaría más que no contestar, Samantha, pero puede que sea importante —ella parpadeó, desconcertada. Podía sentir el aliento cálido de Jake en la mejilla—. Hace dos días que no funciona el teléfono, y la nevada ha causado muchos daños.

Jake se separó de ella y se llevó su calor con él. Samantha luchó por incorporarse mientras se cerraba la camisa. Se abrochó con manos temblorosas los botones, se levantó sintiendo las piernas flojas y buscó el calor del fuego. Se apartó de la cara el pelo revuelto, se rodeó el cuerpo con los brazos y cerró los ojos.

¿Cómo había podido perder el control de aquella manera? ¡Tirar su orgullo como si fuera un desperdicio! ¿Y si no hubiera sonado el teléfono? Cerró los brazos con más fuerza. «¿Siempre es tan doloroso el amor? ¿Siempre tiene que hacer una el ridículo por su culpa?».

—Samantha —ella se giró al oír su nombre, rodeándose todavía con los brazos—. Es Sabrina.

Samantha bajó los ojos y salió al pasillo. Tomó el teléfono y tragó saliva..

—Hola, Bri —su voz le sonó extrañamente aguda, y apretó con más fuerza

el aparato.

—Sam, ¿qué tal estás?

Ella tomó aire y contestó:

—Bien. Pero lo que importa es cómo estás tú.

—Cada vez más fuerte. Cuánto me alegro de que se te ocurriera irte al Doble T cuando empezó a nevar. Se me hieló la sangre de pensar que podías haberte perdido con esa ventisca.

—Ya sabes cómo soy, siempre mantengo la cabeza fría en momentos de crisis —Samantha estuvo a punto de atragantarse con un borbotón de risa histérica.

—¿Seguro que estás bien? Te encuentro un poco rara. No estarás incubando un resfriado, ¿no?

—Seguramente será la línea.

—¡Pensaba que no iban a reparar nunca los teléfonos! No podía quedarme tranquila hasta que hablara contigo y, me asegurara de que estabas sana y salva. Sabía que Jake iba a cuidarte bien, claro, pero no es lo mismo que oír tu voz. Bueno, no te entretengo más, Sam. Mañana nos vemos. Por cierto, creo que Shylock te echa de menos.

—Seguramente estará empachado. Dile que nos veremos mañana —tras colgar, se quedó mirando el teléfono un minuto entero.

—Samantha...

Ella se giró y vio que Jake la estaba observando desde la puerta del cuarto de estar.

—Yo... eh... Parece que Bri está bien —evitó sus ojos y se puso a jugar con el tintero que había junto al teléfono. Jake avanzó y ella dio unos pasos atrás —. Dice que Shylock me echa de menos. Y eso es todo un logro, con lo independiente que es.

—Samantha, ven a sentarte —él le tendió la mano. Ella sabía que, si la tocaba, estaba perdida.

—No, no, creo que me voy a ir a la cama. Todavía no me encuentro del todo bien —su color había refluido de nuevo, dejando sus mejillas pálidas y sus ojos oscurecidos.

—¿Sigues huyendo, Sam? —preguntó Jake con exasperación apenas contenida.

—No, no, yo...

—Está bien. De momento parece que estamos en tablas —la agarró de la barbilla antes de que ella pudiera evitarlo—. Pero la partida aún no ha acabado. ¿Entendido?

Samantha asintió con la cabeza y corrió a refugiarse en su habitación.

# Capítulo 8

Sabrina estaba cada vez más animada. La paulatina redondez de sus rasgos le confería una apariencia satisfecha y feliz. A menudo, cuando la observaba, Samantha se preguntaba si no sería más fuerte de lo que ella creía. Resultaba extraño ver a su hermana, tan dada por lo común a la ensoñación, aferrarse a la realidad con determinación inquebrantable; mientras que ella no dejaba de soñar despierta. No podía negar que Jake Tanner perturbaba su vigilia e invadía sigilosamente sus sueños.

Samantha se metió las manos en los bolsillos, frunció el ceño y siguió dando su paseo matinal hasta el buzón. Jake tenía intención de seducirla, ¿no? Pues Samantha Evans no pensaba permitir que nadie la sedujera, y menos aún un exasperante vaquero con demasiado encanto... y unos maravillosos ojos verdes, y una boca preciosa...

Los días iban alargándose. El sol cobraba fuerza. La primavera se extendía poco a poco por el valle, la hierba verdeaba y las flores del azafrán empezaban a asomar tímidamente la cabeza.

El sonido del timbre interrumpió la nueva empresa de Samantha: pintar el cuarto del bebé. Samantha recorrió el pasillo limpiándose los pantalones manchados de amarillo canario y abrió la puerta.

La mujer que había al otro lado sonrió y la miró de la cabeza a los pies con sus ojos en forma de almendra.

—Hola, tú debes de ser Samantha. Soy Lesley Marshall. La presentación resultaba innecesaria, pues Samantha la había reconocido de inmediato gracias a un instinto que ignoraba poseer.

—Pasa, por favor. Hace todavía bastante frío, ¿no? —sonrió, negándose a reconocer el esfuerzo que le costaba, y cerró la puerta al aire helado de mayo.

—Me alegro de conocerte al fin —sus ojos recorrieron de nuevo a Samantha de arriba abajo—. Me han hablado mucho de ti —su voz tenía un leve tono burlón.

—¿Ah, sí? Me temo que no puedo decir lo mismo —contestó Samantha

con una leve sonrisa de disculpa—. Claro que he estado bastante ocupada.

—Habría venido antes, pero quería esperar a que Sabrina se encontrara mejor.

—Bri ha mejorado mucho últimamente. Seguro que se alegrará de verte. Dame tu abrigo.

Samantha colgó el suave abrigo de piel en el armario de la entrada. Al volverse hacia Lesley, se esforzó por componer una sonrisa educada. Los pantalones de espiguilla de Lesley acentuaban su delgadez, y el suave color rojo de su bonita blusa realzaba su pelo negro y fino y su impecable cutis marfileño. Samantha deseó de pronto que su sudadera azul marino con el emblema del Instituto Wilson y sus vaqueros manchados de pintura se transformaran milagrosamente en algo elegante y sofisticado. Como de costumbre, el pelo se le escapaba de las horquillas. Resistió el deseo de levantar la mano y atusárselo.

—Bri está en el cuarto de estar —dijo, consciente de que los pálidos ojos grises de Lesley la observaban con atención, buscando sus defectos—. Estaba a punto de hacer té.

Sabrina apareció en ese momento. Samantha se apresuró a dejar en sus manos el papel de anfitriona y se refugió en la cocina.

—Así que es guapísima —le dijo con fastidio a Shylock, mientras ponía a hervir la tetera—. Así que es elegante y sofisticada y hace que me sienta como si fuera un montón de ropa sucia —se dio la vuelta y miró al gato con el ceño fruncido—. ¿Y a quién le importa? —Shylock la miró un momento y luego se quedó dormido. Los pensamientos de Samantha siguieron vagando sin rumbo—. Supongo que de ella nunca se habrá reído, ni le habrá dado palmaditas en la cabeza como si fuera una niña boba —masculló mientras preparaba la bandeja del té.

Un rato después, tras beber de su delicada taza de porcelana, Lesley comentó:

—Sabrina, tienes un aspecto magnífico. Creo que tener a tu hermana aquí te sienta muy bien. No hace falta que te diga lo preocupados que estábamos todos.

—Te lo agradezco mucho. Con Sam, todo ha sido más fácil. No he tenido que hacer nada; sólo sentarme y ponerme mejor —le lanzó a su hermana una mirada afectuosa—. No sé qué habríamos hecho sin ella estos dos meses.



Lesley siguió la dirección de su mirada.

—Jake me ha dicho que eres profesora de gimnasia, Samantha —ronroneó, consiguiendo que sus palabras sonaran levemente desdeñosas.

—Monitora de educación física —puntualizó Samantha con un vago acento sureño.

—Y también fuiste a las Olimpiadas. Seguro que fue fascinante. Pero no tienes la figura recia y atlética de las gimnastas —se encogió elegantemente de hombros e hizo un leve ademán con la mano—. Aunque supongo que nunca se sabe —Samantha apretó los dientes para no contestar, y se sintió aliviada cuando, tras mirar su fino reloj de oro, Lesley se levantó repentinamente de la silla—. Tengo que irme ya, Sabrina. He quedado para cenar —volviéndose hacia Samantha, le ofreció una pequeña sonrisa—. Me alegro mucho de haberte conocido. Seguro que nos veremos pronto.

Lesley se marchó en medio de un torbellino de pieles y de un leve olor a rosas que impregnaba el aire. Samantha se recostó en el mullido sillón y por primera vez desde hacía más de una hora pudo relajarse.

—Bueno, ¿qué te parece Lesley? —preguntó Sabrina mientras adoptaba una posición más cómoda en el sofá.

—Muy sofisticada.

—Vamos, Sam —Sabrina sonrió y juntó las manos sobre su tripa redondeada—. Que estás hablando conmigo.

—No sé por qué tengo que decir nada de ella, dado que pareces adivinarme el pensamiento. Pero —su boca se curvó en una sonrisa reticente—, me parece un poco relamida para mi gusto, y no me gusta mucho el aire de superioridad con que me mira.

—Bueno, la verdad es que no eres muy recia —dijo su hermana con fingido candor.

Samantha hizo una mueca, se quitó las horquillas del pelo de un tirón y su melena castaña clara cayó en un torbellino alrededor de sus hombros.

—Ésa se la hubiera tragado si no me hubieras mirado con esa cara de «no montes una escena».

—Oh, vamos, Lesley puede ser bastante amable cuando se lo propone. Su padre la mimó demasiado. Su madre murió cuando era una adolescente, y el

señor Marshall volcó todo su cariño en Lesley. Montones de ropa, los mejores caballos, y, cuando se hizo mayor, coches, viajes por Europa y todo eso. Lesley consigue todo lo que quiere.

—Pobrecilla —Samantha se sintió despreciable e injusta por utilizar aquel tono sarcástico, y suspiró—. Supongo que tener demasiado es tan malo como tener demasiado poco. Ha sido muy amable por venir a verte.

La risa de Sabrina quedó flotando en la habitación.

—Sam, querida, no creía que fueras tan poco perspicaz —viendo la expresión perpleja de su hermana, continuó—. Lesley no ha venido a verme a mí; ha venido a verte a ti.

—¿A mí? —las cejas finamente arqueadas de Samantha desaparecieron bajo el flequillo—. ¿Por qué? No creía que Lesley Marshall pudiera `interesarse por una simple profesora de gimnasia de Filadelfia.

—A Lesley le interesa cualquier mujer a la que Jake Tanner dedique sus atenciones. Y Jake no suele molestarse en enseñarle su rancho a nadie, ¿sabes?

Un leve rubor cubrió las mejillas de Samantha.

—Creo que la señorita Marshall se habrá quedado tranquila después de verme con esta pinta —señaló expresivamente su sudadera y sus vaqueros—. No creo que le parezca ningún peligro.

—No te subestimes, Sam.

—No es falsa modestia —su suspiro pareció surgir de la nada—. Si a un nombre le gustan la seda y el champán, el algodón y la cerveza carecen de atractivo para él. Y yo soy el algodón y la cerveza, Bri —murmuró. Su voz se fue ensombreciendo al mismo tiempo que sus pensamientos—. No podría ser otra cosa, aunque quisiera.

Al día siguiente, una visita más grata interrumpió la batalla de Samantha con las pinturas y los pinceles. Anne Holloway, se presentó en la puerta de la cocina con una tarta de chocolate y una sonrisa resplandeciente.

—Hola —Samantha abrió la puerta de par en par—. Me alegro de verte otra vez, y además traes regalos...

—No me gusta venir con las manos vacías —respondió Annie, tendiéndole la tarta recubierta de chocolate—: Dan siempre ha tenido debilidad por la tarta

de chocolate.

—Yo también —Samantha miró la tarta con avidez—. Dan no está ahora mismo, y yo iba a preparar café. ¿Crees que podemos empezar sin él?

—Buena idea —Annie se sentó cómodamente en una silla y agitó una de sus anchas manos—. Supongo que no nos hará daño comer un trocito o dos.

—Bri está echando la siesta —explicó Samantha mientras colocaba sobre la mesa las tazas de café humeante—. El médico dice que tiene que echarse un rato todos los días, pero ella ya empieza a quejarse un poco. Muy suavemente, claro.

—Estás pendiente de ella, ¿eh? —Annie asintió con la cabeza y añadió dos generosas cucharadas de azúcar a su café—. Dan dice que ya puede recibir visitar.

—Sí. De vez en cuando se pasa alguien por aquí. Eh... —Samantha añadió leche a su taza—, Lesley Marshall vino ayer.

—Me preguntaba cuánto tardaría en dejarse caer por aquí para echarte un vistazo.

—Hablas igual que Bri —Samantha bebió un sorbo de café y movió la cabeza de un lado a otro—. No sé por qué iba a querer conocerme Lesley Marshall.

—Muy fácil. Lesley es un poquito avara con sus posesiones, y le gustaría contar a Jake entre ellas. Aún no se ha dado cuenta de que Jake hace lo que le viene en gana, y de que todo el dinero de su padre no bastaría para comprarlo. Mi Jake elegirá a su mujer cuando se le antoje.

—Siempre ha sido muy independiente. No tenía ni veinte años cuando perdió a sus padres, ¿sabes? —Samantha levantó la mirada hacia los cálidos ojos castaños de Annie—. Fue muy duro para él. Estaban muy unidos. ¡Menudos eran sus padres; siempre regañando y haciéndose arrumacos! Tú te pareces un poco a ella de joven—. Annie sonrió y ladeó la cabeza al ver que Samantha se quedaba callada—. No te dejas avasallar. Lo noté enseguida. La madre de Jake era terca como una mula. A veces todavía la echo de menos, aunque han pasado ya más de diez años.

—Debió de ser duro para Jake perder a sus padres y cargar con la responsabilidad del rancho siendo tan joven —murmuró Samantha.

—Se hizo un hombre de la noche a la mañana. Acababa de salir de la

universidad y todavía era un crío. Claro que —continuó—, montaba a caballo desde que era pequeño, y lo que en esa universidad tan cara no le enseñaron sobre el negocio, se lo enseñó la práctica. Tomó las riendas del rancho con las dos manos. No hay hombre que trabaje para él que no sea capaz de enfrentarse a un toro bravo si Jake se lo pide. Puede engatusar a cualquiera con ese desparpajo suyo, pero a él nadie le engaña. Dirige el rancho como dirige su vida, y a Lesley le va a costar mucho trabajo echarle el lazo y marcar a ese ternero.

—Puede que sea al revés —sugirió Samantha:

En ese momento apareció Jake en persona y entró en la cocina con la tranquilidad de un viejo amigo de la casa, y Annie no pudo contestar.

—¿Qué tal, señora? —rompió el silencio con una sonrisa arrogante, se quitó el viejo Stetson y observó la indumentaria de Samantha—. ¿Has estado pintando?

—Eso parece, ¿no? —dijo Samantha secamente.

—Bonitos colores Jake se sirvió una taza de café—. ¿No vas a darme un trozo de tarta?

—Jake Tanner! —exclamó Annie, escandalizada—. Debería darte vergüenza, robarle a Dan su tarta cuando en casa tienes una enterita para ti solo.

—Las de los demás siempre saben mejor, Annie —Jake se quitó la chaqueta, la colgó del perchero y esbozó una sonrisa traviesa—. De todos modos, no se dará cuenta. Además, os he traído a ti y a la tarta, ¿no? ¿No iras a negarme un trocito?

—No malgastes esos ojos conmigo, diablillo —Annie intentó parecer indignada—. No soy una de tus amiguitas.

La aparición de Jake hizo añicos la serenidad de Samantha, quien, tras un periodo razonable de cortesía, se excusó y regresó a su trabajo en el cuarto del bebé.

Samantha tenía, decididamente, talento para el arte impresionista. El suelo, cubierto con plásticos, estaba lleno de manchas y salpicaduras, pero las paredes empezaban a animarse con un estallido de alegres colores. De las cuatro paredes, dos eran amarillas y dos blancas, y cada una estaba decorada con el color de la de enfrente. En la única pared en la que no había puerta ni ventanas, Samantha había empezado a pintar un gran arco iris en el que se fundían suavemente los

azules, los rosas y los verdes.

El tiempo pasó y, sumida en la apacible concentración de su trabajo, se olvidó de la inquietud que le causaba Jake. Hizo una pausa, se sentó en el peldaño más alto de la escalera de mano y se pasó distraídamente el dorso de la mano por la mejilla mientras contemplaba el resultado de sus esfuerzos.

—Muy bonito.

Sobresaltada, Samantha dejó caer la brocha con estrépito, y se habría caído de la escalera de no ser porque Jake la agarró de la cintura e impidió que se tambaleara.

—Tranquila —dijo Jake, quitándole de la mano una lata de pintura que amenazaba con derramarse.

—No deberías acercarte a la gente por detrás —se quejó ella—. Podría haberme desnucado —se limpió las manos en las perneras del pantalón—. ¿Dónde está Annie?

—Con tu hermana. Sabrina quería enseñarle unas cosas que ha hecho para el bebé —dejó la lata en el suelo y se incorporó—. Me dio la impresión de que no me necesitaban.

—No, seguro que no. Pero yo necesito esa pintura y el pincel que se me ha caído por tu culpa —Samantha miró hacia abajo, pero Jake siguió observándola atentamente.

—Me gusta el azul. Sobre todo, esa mancha que tienes en la mejilla —dijo él.

Ella se frotó con fastidio la mejilla.

—Si me das las cosas, tal vez pueda acabar.

—El verde también está bien—dijo Jake con desenfado, y pasó un dedo por una larga mancha que Samantha tenía en el muslo—. Instituto Wilson —sus ojos se clavaron en la leyenda que adornaba la sudadera—. ¿Es ahí donde das clase?

—Sí —ella se movió, incómoda, consciente de que el nombre del instituto estaba escrito justo sobre sus pechos—. ¿Me vas a dar las cosas?

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó él con naturalidad, haciendo caso omiso. Samantha lo miró con desconcierto.

—Yo, eh, tengo un montón de cosas que hacer —se estrujó el cerebro

buscando algo que no pudiera postergar.

—¿Cosas? —insistió él, y su sonrisa se hizo más amplia mientras empezaba a enroscarse en un dedo un mechón del pelo de Samantha que había escapado de las horquillas.

—Sí, cosas —contestó ella, renunciando a dar explicaciones—. Voy a estar muy ocupada, y quiero acabar esta habitación.

Jake sonrió y sé encogió de hombros.

—Los dos sabemos que eso no es verdad, pero voy a pasarlo por alto. Baja al menos a darme un beso de despedida. Tengo que volver al trabajo.

—No pienso darte un beso de despedida... —comenzó a decir ella, pero se calló cuando Jake la agarró de la cintura.

Samantha apoyó automáticamente las manos en los brazos de Jake, y él la levantó de la escalera y la bajó lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos. Luego, antes de que los pies de Samantha tocaran el suelo, se apoderó con rudeza de su boca. Introdujo las manos bajo la sudadera y las deslizó por la tersa piel de la espalda de Samantha, apretándola contra sí. Ella sintió de pronto que su cuerpo la traicionaba, disolviéndose. Jake tocó lentamente sus pechos suaves y firmes, sus caderas sutilmente redondeadas y sus tersos muslos.

«Cada vez, cada vez», murmuraba la mente de Samantha. «Cada vez que me besa, me hundo más. Algún día no podré encontrar el camino de vuelta». Jake mordisqueó su oreja y su cuello, buscando nuevos puntos flacos antes de volver a apoderarse de su boca. Despojada de voluntad y de capacidad de elección, ella se relajó en sus brazos y se rindió a unas fuerzas que no podía derrotar.

Jake la apartó un momento de sí, rompiendo aquel instante de intimidad, y luego la besó de nuevo, prolongando el contacto de sus labios, antes de volver a hablar.

—Sobre lo de esta noche, Samantha...

—¿Qué? —murmuró ella mientras la lengua de Jake trazaba la línea suave de sus labios.

—Quiero verte esta noche.

Ella salió de su ensueño con sobresalto y apoyó las manos sobre el pecho de Jake, pero no consiguió apartarse de él.

—No, no, estoy ocupada. Ya te lo he dicho.

—Sí, me lo has dicho —contestó él, y entornó los ojos, pensativo.

La risa de Sabrina, procedente del pasillo, interrumpió sus palabras. Samantha se revolvió, intentando desasirse.

—Suéltame, ¿quieres?

—¿Por qué? —él sonreía, complacido por el súbito rubor de sus mejillas.

—Porque...

—No juegues nunca al póquer, Sam —le advirtió él en tono cortante—. Perderías hasta la camisa.

Yo... yo...

—Sabrina da a luz en septiembre, ¿no?

Ella parpadeó, desconcertada por aquella repentina pregunta.

—Bueno, sí, ella...

—Eso te da un respiro, Samantha —se inclinó y la besó con fuerza, rápidamente—. Después, no esperes escabullirte tan fácilmente.

—No sé qué...

—Sabes perfectamente lo que quiero decir —la atajó él—. Te dije que pensaba hacerte mía, y yo siempre consigo lo que me propongo.

Los ojos de Samantha brillaron.

—Si crees que voy a permitir que me hagas el amor sólo porque tú lo dices, estás muy...

Jake se apoderó de nuevo de su boca, y sus palabras quedaron en suspenso. Samantha se puso rígida, y se dijo que, esta vez, no le daría la satisfacción de responder a su beso. Pero, mientras lo pensaba, sus brazos le rodearon el cuello. Su cuerpo se esponjó, y sus labios se abrieron con el ansia que habían estado acumulando durante el mes anterior. Él aceptaba lo que le daba, y ella le ofrecía más; él exigía, y ella se entregaba. Su boca era dúctil y sus manos se movieron con avaricia hasta que le pareció que aquel mes de ayuno no había existido jamás.

—Te deseo, no hace falta que te lo diga, ¿verdad?

Ella movió la cabeza de un lado a otro, intentando aquietar su respiración,

a pesar de que la sola mirada de Jake hacía que su pulso fuera el triple de rápido.

—Arreglaremos esto en septiembre, a no ser que decidas venir a mí antes —ella comenzó a sacudir la cabeza negativamente, pero Jake la agarró de la nuca y atajó aquel movimiento—. Si no vienes a mí, esperaré hasta que nazca el bebé y te quites eso de la cabeza. Soy un hombre paciente, Sam, pero... —se calló cuando Annie y Sabrina entraron en el cuarto.

—Vaya —Annie sacudió la cabeza al verlos—, ya veo que te está haciendo pasar un mal rato, Samantha —se volvió hacia Sabrina encogiéndose de hombros con cierta exasperación—. Siempre ha sido más fresco que un huevo recién puesto. La habitación va a quedar muy bonita, Sam —miró a su alrededor, contemplando la obra de Samantha, y asintió con la cabeza, admirada—. Suelta a la chiquilla de una vez, Jake, y llévame a casa, que tengo que preparar la cena.

—Claro. Ya he dicho lo que tenía que decir —Jake soltó a Samantha y, tras lanzarla una última y penetrante mirada, salió de la habitación tranquilamente, diciendo adiós por encima del hombro.

—Más fresco que un huevo recién puesto —repitió Annie, y, tras despedirse, ella también se marchó.

Después de que sus invitados se fueran, Samantha comenzó a recoger las brochas y las latas de pintura.

—Sam —Sabrina se acercó y le puso una mano sobre el brazo—, no tenía ni idea.

—¿Ni idea de qué? —Samantha se inclinó y tapó con firmeza la lata de pintura rosa.

—De que estabas enamorada de Jake —la verdad que llevaba tanto tiempo evitando había salido al fin a la luz: se había enamorado irrevocablemente de Jake Tanner. Samantha se incorporó y buscó en vano un modo de negarlo—. Nos conocemos muy bien, Sam —dijo Sabrina antes de que pudiera responder—. ¿Es grave la cosa?

Samantha levantó las manos y luego las dejó caer.

—Terminal.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Hacer? —repitió Samantha—. ¿Qué puedo hacer? Cuando nazca el bebé, volveré al este y procuraré olvidarme de él.



—Sería la primera vez que te rindieras sin luchar —dijo Sabrina en tono afilado. Al oír aquel timbre inesperado en la voz de su hermana, Samantha levantó las cejas.

—Lucharía por algo que me perteneciera, Bri, pero no pienso pisarle el terreno a otra.

—Jake no está comprometido con Lesley Marshall. Entre ellos no hay nada oficial.

—No me interesan las distinciones semánticas —Samantha se puso a trastear con las latas de pintura—. Jake quiere liarse conmigo, pero se casará con Lesley Marshall.

—¿Te da miedo competir con Lesley? —preguntó Bri.

Samantha se giró bruscamente, con la mirada brillante.

—A mí no me da miedo nadie —replicó, enojada. Los labios de Sabrina se curvaron en una sonrisa satisfecha—. No me vengas con psicología de andar por casa, Sabrina. Lesley Marshall y yo somos muy distintas, pero eso no me da miedo. Lo que me da miedo es sufrir —se le quebró la voz, y Sabrina le pasó un brazo por los hombros.

—Está bien, Sam, vamos a olvidarlo por ahora. Deja esas brochas. Yo las lavaré. Tú vete a dar un paseo a caballo. Ya sabes que el único modo de despejarte es irte a dar una vuelta tú sola.

—Empiezo a pensar que me conoces demasiado bien —Samantha esbozó una sonrisa irónica y se limpió las manos en los vaqueros.

—Sí, claro que te conozco, Samantha —Sabrina le dio una palmadita en la mejilla y la urgió a salir de la habitación—. Pero no siempre sé qué hacer contigo.

# Capítulo 9

Durante los meses transcurridos desde su primer encuentro, Samantha había llegado a conocer bastante bien a Jake Tanner, y era consciente de que, cuando Jake deseaba algo, siempre lo conseguía. Y sabía que la deseaba a ella.

Si, cuando salía a caballo, procuraba no alejarse del rancho tanto como antes, se decía que no era por miedo a encontrarse con Jake, sino sencillamente por su deseo de pasar todo su tiempo libre con Sabrina. Aquella explicación tenía visos de autenticidad, pues el embarazo entorpecía cada vez más a su hermana, y a Samantha le resultaba más fácil aceptar aquella verdad a medias.

Cada día se sentía más subyugada por la belleza de Wyoming. Las ramas, antes desnudas, se habían engalanado de verde, el ganado crecía lustroso y orondo, y la tierra parecía haber despertado por completo, desplegando su opulencia.

—Creo que vas a tener gemelos, Bri —comentó Samantha. Estaban sentadas en el amplio porche, disfrutando del fragante calor del sol. Sabrina miró a su hermana, que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas.

—El doctor Gates dice que no —se dio unas palmaditas en la tripa—. Dice que sólo viene uno, y que sólo estoy engordando. Pero una de nosotras podría tener gemelos.

—Pues me temo que tendrás que ser tú, Bri. Creo que yo voy a revivir la antigua tradición de las maestras solteras.

Sabrina advirtió la melancolía que impregnaba las palabras de su hermana.

—No, tú tienes que casarte, Sam. Para algo tendrán que servir todas esas actividades extraescolares —sus palabras suscitaron en Samantha la risa ligera que esperaba—: Hablo completamente en serio. Recuerda lo que decía siempre madame Dubois: «Hay que intentag alcanzag las estguellas».

—Ah, sí, madame Dubois —Samantha sonrió al recordar a su profesora de ballet—. Ya sabes, claro, que su acento era falso. En realidad era de Nueva jersey.

—Sí, ya lo sé. Pero la pobre estaba convencida de que serías su digna discípula.

—Sí, yo era una bailarina magnífica —Samantha suspiró con exagerado orgullo.

—Haz una demostración de tus famosos saltos, Sam.

—¡Ni lo sueñes!

—Vamos, unos pantalones cortos sirven igual que un tutú. Me gustaría acompañarte en un pas de deux, pero me temo que sería un pas de trois.

Samantha se levantó remoloneando.

—Está bien, no me importa exhibirme un poquito.

Sabrina empezó a tararear con serena dignidad un movimiento de El lago de los cisnes.

Samantha hizo una reverencia deliberadamente teatral y luego se lanzó a una impetuosa serie de piruetas, saltos y cabriolas. Culminó la actuación con una serie de giros vertiginosos, y acabó dejándose caer, mareada, sobre la hierba.

—Esto es lo que pasa —dijo, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza para disipar su mareo—, cuando a una se le olvida fijar el foco de visión.

—¿Es un pase abierto al público?

Samantha levantó la mirada bruscamente al oír una voz familiar.

—¡Dan! —exclamó Sabrina—. No te esperaba tan pronto.

—Es que me he encontrado con Lesley y Jake en la linde norte —explicó él, y se acercó para darle un fuerte beso—. He pensado que a lo mejor os apetecía tener un poco de compañía.

—Hola, Lesley. Hola, Jake —Sabrina los abarcó a ambos con su sonrisa—. Sentaos, voy a sacar algo fresco.

Samantha, que se había quedado sentada en la hierba, rezaba sin éxito para que la tierra se abriera y se la tragara

—Ya lo hago yo, Bri —se levantó de un salto, viendo la oportunidad de escapar—. No te levantes.

—Ya estoy levantada —dijo Sabrina, y desapareció dentro de la casa antes de que Samantha pudiera añadir algo más.

—¿También enseñas ballet, Samantha? —preguntó Lesley mientras examinaba con mirada sombría y burlona sus viejos pantalones cortos y su

camiseta.

—No, no —masculló Samantha, sintiéndose de nuevo en desventaja junto a aquella mujer esbelta, vestida con elegantes pantalones de montar y camisa de seda.

—A mí me ha gustado mucho —comentó Dan, echando sal en la herida sin darse cuenta.

—Samantha está llena de sorpresas —dijo Jake.

Ella se vio obligada a dedicarle parte de su atención, ahora que había hablado. Jake tenía un aspecto devastadoramente viril; llevaba una camisa vaquera, arremangada por encima de los codos, que dejaba al descubierto sus brazos morenos y fibrosos, y unos vaqueros, muy bajos sobre las caderas, que acentuaban su complexión atlética. Samantha se concentró en un lugar aproximadamente a diez centímetros a la izquierda de su cara para evitar la sonrisa que se había apoderado ya del semblante de Jake.

—Sí —contestó—. Soy un saco de sorpresas.

—¿Hay algo que no sepas hacer, Sam?

—Unas cuantas cosas —ella intentó aparentar una fría sofisticación.

—Estás tan llena de energía... —comentó Lesley, deslizando la mano por el brazo de Jake—. Debes de ser terriblemente fuerte y estar llena de músculos abultados.

Samantha consideró un instante la posibilidad de escabullirse. Había abierto la boca para excusarse cuando Dan atajó eficazmente toda esperanza de retirada.

—Siéntate, Sam. Quería contaros a Sabrina y a ti una pequeña idea que se me ha ocurrido —Samantha se sentó en los escalones del porche y evitó mirar a Jake—. ¿Crees que a Sabrina le apetecerá celebrar una pequeña fiesta?

Samantha levantó la mirada y procuró ordenar sus pensamientos.

—¿Una fiesta? —repitió, frunciendo las cejas, pensativa—. Supongo que sí. El doctor Gates dice que está muy bien, pero es mejor que se lo preguntes a ella. ¿Es que quieres ir a alguna fiesta?

—Estaba pensando más bien en celebrar una —contestó él con una sonrisa—. Conozco a ciertas gemelas que cumplen años dentro de un par de semanas — se inclinó y le tiró de un mechón suelto de pelo—. Parece una buena excusa para

celebrar una fiesta.

—Ah, nuestro cumpleaños —respondió Samantha vagamente. Se le había olvidado por completo la fecha.

—¿He oído hablar a alguien de una fiesta? —Sabrina salió por la puerta mosquitera llevando una bandeja con té helado.

Samantha bebió un sorbo del té frío y dulce que su hermana le dio y observó cómo se iluminaba la cara de Sabrina.

—Una fiesta de cumpleaños, Sam —Sabrina se volvió hacia ella, con los ojos brillantes por la emoción—. ¿Cuándo fue la última vez que celebramos una?

—Cuando cumplimos doce años y Billy Darcy vomitó en la alfombra nueva de mamá —Samantha se recostó en la barandilla del porche y sin darse cuenta levantó la mirada hacia Jake.

—Pues ya va siendo hora de que celebréis otra —dijo Dan—. ¿Tú qué dices, Sam? Sé que significaría más trabajo para ti.

—Eh —ella apartó los ojos de la sonrisa de Jake y se esforzó por retomar el hilo de la conversación—. ¿Qué? Ah, no, no te preocupes. Será divertido —se concentró en la cara de Dan y procuró bloquear la imagen de Lesley recostada en Jake—. ¿En cuánta gente habías pensado?

—Sólo vecinos y amigos —Dan se rascó la barbilla—. Unas treinta o cuarenta personas, supongo. ¿Tú qué crees, Lesley?

Lesley frunció la boca carnososa en un mohín mientras pensaba.

—Sí, si quieres que sea una fiesta pequeña, Dan —dijo al cabo de un momento.

Samantha se quedó atónita. Aquella gente tenía, definitivamente, una idea muy distinta a la suya de lo que era una pequeña fiesta.

—Lesley, ven a echarle un vistazo a la fuente de ponche que tengo, a ver si crees que puede servirnos —Sabrina se levantó y agarró a Dan de la mano—. Ven a bajármela, Dan —le lanzó a su hermana una sonrisa candorosa y desapareció dentro de la casa, dejando a Samantha a solas con Jake.

—¿Qué tal va la pintura?

Jake estiró ambos brazos sobre el respaldo del balancín.

—¿La pintura? Ah, el cuarto del bebé. Ya está acabado.

Aquella, recordó frunciendo el ceño, había sido sólo una de las muchas veces en que Jake la había sorprendido en una situación ridícula: durmiendo en el tocón de un árbol, cubierta de pintura, o dando brincos por el césped como una bailarina loca. «Samantha», se dijo, «tú sí que tienes clase».

—¿Qué quieres por tu cumpleaños, Sam?

Jake la empujó suavemente con la puntera de la bota, y ella lo miró con enfado, se apartó un mechón de pelo de los ojos y se encogió de hombros.

—Oh, no sé. Piel, diamantes...

—No, tú no eres de las que llevan pieles —Jake sacó un cigarro, lo encendió y expelió el humo con indolencia—. Tú pensarías en todos esos visoncitos a los que les arrancan la piel para hacer los abrigos. Y los diamantes no te pegan.

—No, supongo que a mí me pega más el cuarzo —ella se levantó, irritada.

—No, yo estaba pensando más bien en zafiros —Jake la agarró de la muñeca—. Para que vayan con tus ojos. O tal vez rubíes. Van más con tu temperamento.

—Pondré ambas cosas en mi lista. Ahora, si me disculpas —miró su mano atrapada, y luego volvió a posar su mirada en él—. Tengo que darle de comer a mi gato —señaló a Shylock, que estaba tumbado al otro lado del porche.

—No parece tener mucha hambre.

—Se está haciendo el muerto —masculló ella—. Shylock, vamos a comer.

El gato abrió los ojos ambarinos y parpadeó. Luego, para regocijo de Samantha, se levantó y se acercó a ella sigilosamente. Sin embargo, al llegar junto a ella, le lanzó una mirada desinteresada, saltó al regazo de Jake y comenzó a ronronear con maliciosa delectación.

—Sí, señora —Jake miró al gato—. Creo que no tiene ni pizca de hambre.

Samantha lo miró con furia, dio media vuelta, se acercó a la puerta y cerró la mosquitera dando un portazo.

El sol brillaba afablemente la mañana del cumpleaños de las gemelas. Samantha llevó un paquete muy grande a la cocina. Lo dejó sobre la mesa, en la

que su hermana estaba tomando una taza de té, y apartó a Shylock con el pie. No sabía aún si debía perdonar al gato por su traicionero acercamiento a Jake:

—Esto acaba de llegar. Es de papá y mamá.

—Ábrelo, Sam —Sabrina tocó con el dedo el paquete—. Dan no quiere darme mi regalo todavía, y he buscado por todas partes.

—Apuesto a que son seis libros sobre cómo criar a un niño para ti y seis sobre buenos modales y etiqueta para mí.

—Un regalo es un regalo —afirmó Sabrina, y rasgó el papel de estraza que envolvía la caja.

—Aquí hay una nota —Samantha abrió el sobre, sacó una hoja de papel y empezó a leer en voz alta—. «Para Samantha y Sabrina. Que paséis un feliz cumpleaños, con todo nuestro cariño. Sabrina, espero que te estés cuidando mucho. Ya sabes que el descanso y una dieta adecuada son fundamentales. Estoy segura de que tener a Samantha contigo durante estas últimas semanas de reposo ha sido un gran consuelo para ti. Samantha, cuida de tu hermana y procura que tome las precauciones necesarias. Espero que, aun así, no estés descuidando tu vida social. Como tu madre que soy, es mi deber recordarte que has pasado sobradamente la edad de casarte. Vuestro padre y o estamos deseando veros y conocer a nuestro primer nieto dentro de unas semanas. Pasaremos allí la primera quincena de septiembre, si a Dan le parece bien. Con cariño, papá y mamá». Hay una posdata para ti, Bri. «Sabrina, ¿no conoce Daniel a ningún joven que le convenga a tu hermana?» —Samantha dejó escapar un suspiro, dobló la nota y la dejó sobre la mesa—. Mamá no cambia —hurgó en la caja, sacó un paquete más pequeño que llevaba escrito el nombre de Sabrina y se lo dio a su hermana—: La edad de casarte... —masculló, meneando la cabeza.

—¿Habías mirado lo que era? —preguntó Sabrina con fastidio, mientras desenvolvía un montón de libros sobre la infancia y el cuidado de los bebés.

—No —contestó Samantha, sonriendo, orgullosa de sí misma—. Pero conozco a mamá —sacó su paquete y rasgó el envoltorio—. Cielo santo —dejó caer la caja sobre la mesa y levantó un camisón de encaje negro.

—Creía que conocías a mamá —las dos rompieron a reír.

—Debe de estar al borde de la desesperación —concluyó Samantha mientras sostenía el camisón delante de ella.

—Muy bonito —observó Jake cuando entró con Dan en la cocina—. Pero

más bonito será cuando tenga algo dentro.

Samantha arrebujo la prenda, la escondió tras ella y se puso colorada como un tomate.

—Son los regalos de nuestros padres —explicó Sabrina, señalando su montón de libros.

—Muy apropiado —Dan sonrió mientras miraba los volúmenes.

—No parece que Sam piense lo mismo del suyo —Jake sonrió. Samantha notó con alarma que se ponía aún más colorada—. Veámoslo otra vez.

—No te burles, Jake —Sabrina se volvió hacia su marido—. Mi madre dice que van a pasar aquí la primera quincena de septiembre.

—Voy a guardar esto —Samantha metió el camisón en la caja y procuró esconderlo bajo los libros.

—Deja eso para luego —Dan la tomó de la mano y tiró de ella—. Necesito que vengas conmigo un momento. Samantha lo siguió sin rechistar. Una escapada era una escapada. Imaginando que Dan iba a decirle algo a propósito del regado de Sabrina, se llevó una sorpresa cuando su cuñado aminoró el paso y dejó que su mujer los acompañara hacia los establos. Dan estuvo hablando con ella sobre la fiesta hasta que se detuvieron junto a la cerca del corral de los caballos.

—Feliz cumpleaños, Sam —Sabrina besó a su hermana en la mejilla mientras Samantha posaba la mirada en una yegua árabe de pelaje bayo.

—Oh —logró exclamar Samantha.

—Es de buena cepa —dijo Dan, pasándole un brazo por los hombros a Sabrina—. Procede del Doble T. No hay mejores caballos en todo Wyoming.

—Pero yo... —a Samantha le faltaron las palabras; tragó saliva y lo intentó otra vez.

—¿Qué le regalarías tú a alguien que deja su vida durante seis meses sin vacilar y sin pedir nada a cambio? —Dan rodeó a Sabrina con el brazo libre y la atrajo hacia sí.

—Hemos pensado que, si insistías en volver al este, esto sería una buena excusa para hacerte volver. Tendrás que venir a visitarnos para cabalgar en tu yegua.

—No sé cómo daros las gracias.



—Pues no nos las des —dijo Dan con firmeza—. Anda, ve a probarla.

—¿Ahora?

—Ahora es tan buen momento como otro cualquiera.

No hizo falta que insistieran. Samantha saltó la valla y se acercó a la yegua susurrando.

—Puede que todavía la convenzamos de que se quede —comentó Dan al verla montar en la silla y comenzar a pasear por el corral con la yegua—. Podría hablar con Jake.

Sabrina sacudió la cabeza.

—No, Sam se pondría furiosa si nos entrometiéramos. Volvería a Filadelfia en un abrir y cerrar de ojos. De momento, será mejor que nos mantengamos al margen —bajó la voz cuando Samantha pasó trotando junto a ellos y desmontó.

—Es una preciosidad —suspiró Samantha—. No sé si voy a soportar dejarla aquí.

Sabrina miró en silencio a su marido. Tal vez no fuera necesario, se dijeron sin hablar.

—Vamos, hermanita —dijo Dan—. Si puedes separarte un rato de tu nueva amiga, me vendría bien una taza de café. Mientras se dirigían hacia la casa, Jake salió a la puerta trasera.

—Acaba de llegar un paquete. Está en el cuarto de estar.

—Vaya —murmuró Dan, fingiéndose sorprendido—. Ven, Sabrina, será mejor que vayamos a ver qué es.

—¿Es el piano? —le preguntó Sam a Jake mientras Dan y Sabrina desaparecían dentro de la casa.

—Eso me ha parecido. Es muy grande, desde luego. Ven, acompáñame a la camioneta —ordenó Jake, y la agarró de la mano antes de que ella pudiera decir nada.

—De verdad, Jake, tengo un millón de cosas que hacer —Samantha trotó para ponerse al ritmo de sus largas zancadas.

—Ya lo sé. Eres indispensable —se detuvo junto a su camioneta y sacó un paquete de la cabina—. Pero parece ser el momento de la entrega de regalos, y se me ha ocurrido darte el tuyo ya.

—No tenías por qué molestarte.

—Samantha... —dijo él arrastrando con indolencia la voz, pero sus ojos se entornaron con enojo—. Yo nunca hago nada que no quiera hacer —la tomó de la mano y le puso la caja en ella—. Ábrelo.

Samantha sacó la estatuilla de su envoltorio de papel de seda y la examinó en silencio, llena de admiración. Sentía en las manos el tacto suave y frío de la talla de alabastro, que representaba a un caballo al galope montado por una mujer. El artista había plasmado la fluidez de movimientos del animal. Samantha pasó con indecisión un dedo por los rasgos delicados de la mujer.

—Se parece a mí —levantó los ojos hacia Jake.

—Lógico —contestó él con naturalidad—. Se supone que eres tú.

—Pero ¿cómo...? —ella sacudió la cabeza, dividida entre el placer y la confusión.

—Un tipo que conozco se dedica a estas cosas, y le dije cómo eras.

Samantha se encontró sin palabras por segunda vez ese día.

—¿Por qué? —preguntó sin poder evitarlo.

Una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Jake. Se echó hacia atrás el sombrero.

—Porque esto te va mejor que las pieles y los diamantes.

Ella se armó de valor y lo miró de nuevo a los ojos.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza, muy serio. Le quitó la caja de las manos y la puso sobre el capó de la camioneta.

—Creo que es costumbre dar un beso de cumpleaños.

Samantha tragó saliva y dio instintivamente un paso atrás, pero él la agarró de los brazos y la sujetó. Ella le ofreció la mejilla, y Jake soltó una carcajada sonora y vibrante que agitó el aire del verano.

—Sam —la hizo volver la cara; sus ojos relucían, llenos de humor—, eres increíble.

Sus labios se encontraron. Jake apartó las manos de los brazos de Samantha y las posó en sus caderas, apretándola con fuerza contra su cuerpo

recio. Ella se rindió a su abrazo. Mientras los brazos de Jake la sujetaran, mientras sus bocas se besaran, mientras el calor del cuerpo de Jake traspasara el suyo, era suya, y no podía huir.

Finalmente, Jake la apartó y posó las manos sobre sus hombros mientras ella se apoyaba contra su pecho.

—Feliz cumpleaños, Sam.

—Gracias —logró decir ella, todavía jadeante por el ímpetu de su abrazo.

Jake recogió la caja del capó y se la puso en las manos antes de montar en la camioneta.

—Nos vemos esta noche —se llevó la mano al sombrero y encendió el motor.

La camioneta se alejó por el camino, y Samantha se quedó mirándola fijamente.

## Capítulo 10

El ruido de la fiesta inundaba la casa. Las risas, las voces y la música se mezclaban y salían por las ventanas abiertas, llevadas por la brisa nocturna.

Aquella noche, las gemelas se distinguían claramente por su apariencia. El vestido azul claro de Sabrina flotaba a su alrededor, disimulando hábilmente su preñez. Su pelo formaba un halo reluciente alrededor de sus mejillas teñidas de rosa. El vestido de satén de rayas negras de Samantha se ceñía a su cuerpo, y su escote, sujeto detrás del cuello, caía casi hasta la cinturilla ancha y fruncida de la falda. Llevaba la densa melena suelta alrededor de los hombros.

Mientras se movía entre la gente, Samantha buscaba un figura alta y larguirucha, y su desesperación y sus celos crecían cuando pensaba que tampoco había rastro de cierta mujer estilizada y morena.

Arrinconada por un joven e impetuoso vaquero, empezaba a perder el hilo del relato que sobre la cría de caballos le estaba narrando su acompañante cuando sus ojos encontraron jade oscuro al otro lado de la habitación.

Jake estaba con dos hombres a los que Samantha no conocía. Lesley Marshall permanecía a su lado. Estaba muy elegante con su vestido de color perla. Su mano marfileña y fina se posaba de cuando en cuando sobre el brazo de Jake, como si —pensó Samantha con aspereza— se jactara de poseerlo.

Enfurecida por sentirse de nuevo en desventaja, se volvió hacia su acompañante con una sonrisa deslumbrante. El joven vaquero tartamudeó y se calló de pronto. Ella le dio el brazo y lo miró impudicamente.

—¿Qué tal, Tim? —Jake apareció de repente a su lado y puso una mano sobre el hombro del joven—. Voy a robarte un momento a esta señorita —se detuvo y miró sonriendo el semblante enojado, de Samantha—. Hay un par de personas a las que no conoce aún —sin esperar respuesta, la tomó de la mano y la condujo a través del gentío—. Tim tardará en recuperarse un par de semanas —musitó junto a su: oído—. Podrían echar del pueblo a una mujer por mirar así a un jovencito incauto —le advirtió mientras la arrastraba por entre la gente.

—No hace falta que me llesves a rastras.

—Reconozco a una mula terca cuando la veo —replicó él sin molestarse en bajar la voz. Samantha se disponía a contestarle, pero se calló cuando Jake le

presentó a los dos hombres que flanqueaban a Lesley—. Sam, quiero que conozcas a George Marshall, el padre de Lesley —Samantha vio envuelta su mano en un enérgico apretón—. Y a Jim Bailey —continuó Jake, señalando con la cabeza al otro hombre—. Jim sólo trabaja con rebaños de papel. Es abogado.

—¡Vaya, qué chica tan guapa! —exclamó George Marshall y, lanzándole a Jake un guiño malicioso, le dio una palmadita en el hombro a su hija—. Tú siempre les echas el lazo a las mejores terneras, ¿eh, Jake?

Jake se metió las manos en los bolsillos despreocupadamente.

—Hago lo que puedo. Claro que echarles el lazo es una cosa y domarlas otra bien distinta.

—Bueno, señorita —prosiguió George con campechanería—, Lesley me ha dicho que eres profesora de gimnasia.

—Así es, señor Marshall.

—Llámame George —le ordenó él, apretándole los hombros afectuosamente—. Dime, ¿cómo es que una chica tan bonita como tú no se ha casado todavía y ha sentado la cabeza, en vez de andar por ahí dando saltos en los gimnasios? Jake sonreía con evidente regocijo. Samantha se echó el pelo hacia atrás, pero antes de que se le ocurriera una respuesta conveniente, la risa de George retumbó en toda la habitación—. Me gusta esta chica —anunció a todo el mundo—. Parece que tiene carácter. Tienes que venir a hacernos una visita al rancho.

A pesar de sí misma, a Samantha le agradó la ruidosa cordialidad del señor Marshall.

—Si me disculpan, tengo que... sacar una bandeja de la cocina —los abarcó a todos con la mirada y se escabulló entre la gente.

Cuando llegó a la cocina, sacó una bandeja de la nevera para dar credibilidad a su excusa, y se alegró de haberlo hecho cuando, un momento después, Jake apareció tras ella.

—George es un buen hombre. Y sabe mucho de mujeres —Jake le sonrió sagazmente y, apoyándose contra la puerta, observó cada uno de sus movimientos.

—Si tú lo dices —replicó ella con aspereza, y se puso a trastear por la cocina, fingiendo no hacerle caso.

—Siéntate un minuto, Sam.

Ella lo miró con recelo y levantó la bandeja como si fuera un escudo.

—No, tengo que volver.

—Por favor —ella titubeó; por fin dejó la bandeja en la mesa y se sentó en una silla—. El otro día me encontré con Jack Abbot, el director de la escuela.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que el monitor de educación física de las chicas no va a volver el próximo curso —se recostó en su silla y la observó—. Va a ofrecerte a ti el trabajo.

—¿Ah, sí? —repitió ella sin darse cuenta.

—Está muy interesado en ti. Necesita a alguien para este otoño. Le dije que iba a verte y que te lo comentaría. Pero va a llamarte para ofrecértelo oficialmente, claro.

«Qué sencillo», pensó Samantha. «Qué sencillo sería todo si no quisiera a este hombre. Podría quedarme aquí y trabajar en lo que me gusta. Pero ahora tengo que decir que no, y tengo que marcharme».

—Te agradezco que me lo hayas dicho, y le agradezco al señor Abbot su interés, pero...

—No nos lo agradezcas, Samantha, y piénsatelo.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

Él empezó a pasearse por la cocina con las manos en los bolsillos.

—Sólo te estoy pidiendo que te lo pienses. A ti te gusta esto. Has hecho amigos aquí. Te gusta estar cerca de tu hermana. Y, además, tendrías la satisfacción de trabajar en lo que te gusta. ¿Es mucho pedir que te lo pienses?

—Sí, es mucho pedir. Jake, no quiero discutir contigo. Hay cosas que tengo que hacer. Igual que tú.

—Está bien —él asintió con la cabeza y luego repitió lentamente, como si acabara de tomar una decisión—. Está bien. Yo también tengo que hacer ciertas cosas —se acercó a ella y la agarró de la barbilla. Deslizó un brazo alrededor de su cintura y, atrayéndola hacia sí, le rozó con los labios las mejillas y las comisuras de la boca—. Ven a casa conmigo, ahora, Samantha. Allí podemos estar solos —su voz se había vuelto suave y seductora y sus dedos se deslizaban

sobre la piel desnuda de la espalda de Samantha.

—No, por favor —ella apartó la cara.

—Quiero hacerte el amor. Quiero sentir tu piel bajo mis manos. Quiero oírte suspirar cuando te toque...

—Jake, por favor —ella posó la cabeza sobre su pecho—. Esto no está bien, aquí, así...

—Entonces, ven a casa conmigo.

—No, no puedo —Samantha sacudió la cabeza sin levantarla—. No puedo.

—Está bien —Jake tomó su cara entre las manos y la obligó a mirarlo—. Dije que te dejaría en paz hasta que naciera el niño, y así será. No vamos a discutir esta noche. Será una tregua por tu cumpleaños, ¿de acuerdo? —le dio un breve beso y se giró para recoger la bandeja—. Luego, cuando llegue el momento, los dos haremos lo que tengamos que hacer.

Jake salió, dejándola confusa.

Samantha regresó a la fiesta y se puso a deambular de grupo en grupo, pero no podía quitarse a Jake de la cabeza. ¿Por qué le interesaba a él tanto su trabajo? ¿Por qué quería que aceptara un empleo en Wyoming? Tal vez la quisiera. Por un instante, dejó que la esperanza brillara en su interior. Paseó la mirada por la habitación, buscando a Jake. Por fin lo encontró. Estaba bailando con Lesley. El pelo lustroso y negro de ella le rozaba la mejilla, y su mano marfileña se entrelazaba con la mano bronceada de él. Samantha hizo una mueca de disgusto cuando él echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír por algo que Lesley le había dicho al oído.

«¿Quererme?», susurró para sus adentros en tono burlón. «Madura de una vez, Samantha; querer y desear no siempre significan lo mismo». Intentó consolarse pensando que, unas semanas después, no tendría que aguantar más aquel suplicio. Cuando el dolor se hubiera amortiguado, podría volver a visitar a Bri. Para entonces, Jake seguramente estaría tan ocupado con su esposa que no perdería el tiempo visitando el Lazy L. Samantha sintió que su corazón se contraía, lleno de dolor.

Al girarse, se dio de bruces con Jim Bailey.

—Lo siento —Jim la agarró de los hombros para sujetarla—. No te he visto.

—No importa —contestó ella, ofreciéndole una sonrisa—. Además, creo que he sido yo quien se ha tropezado contigo.

—Bueno, en cualquier caso, no ha habido heridos —Samantha observó que sus ojos se deslizaban más allá de ella y se posaban en Jake y Lesley—. Hacen buena pareja, ¿verdad? —avergonzada al darse cuenta de que debía de haberla visto mirándolos, Samantha asintió con la cabeza y miró su copa vacía—. Vamos, será mejor que llenemos esa copa.

Unos instantes después se reunieron con el grupo que rodeaba a Sabrina, la cual estaba sentada tocando el piano.

—Así que eres abogado —Samantha sonrió a Jim—. Creo que nunca había conocido a un abogado.

Jim le devolvió la sonrisa.

—Y tú eres gimnasta.

—Bueno, en realidad ahora soy profesora de gimnasia.

Él levantó su copa en un brindis y bebió.

—Me acuerdo de ti. Siempre he sido muy aficionado a las Olimpiadas. Me parecías fabulosa.

—Es agradable oír eso después de diez años.

Él hizo chocar su copa con la de ella. —

Bueno, estrella olímpica, ¿te apetece bailar?

—Me encantaría.

A Samantha le gustaba la afabilidad con que hablaba Jim Bailey. Durante las dos piezas que bailaron, se enteró de que pensaba meterse en política, y llegó a la conclusión de que, con su buena presencia y su ingenio, llegaría muy lejos.

—Sam —Sabrina le hizo señas cuando volvieron junto al piano—. Te toca a ti. Normas del sindicato.

—Está bien —dijo Samantha, sentándose en el taburete, y se puso a tocar con toda naturalidad, pasando suavemente de una canción a la siguiente.

El tiempo se deslizaba entre sus dedos. Oía tras ella, como en un sueño, las voces de los invitados, y sentía la leve brisa que entraba por las ventanas abiertas.



Alguien se sentó a su lado. Al reconocer los finos dedos que pasaban la página de la partitura, vaciló y se saltó una nota.

—Parece que Jim y tú habéis congeniado.

Samantha oyó el chasquido del encendedor de Jake por encima del bullicio de la fiesta.

—Es un hombre muy amable. ¿Lo conoces hace mucho?

—Oh, sólo desde que teníamos unos ochos años y le puse un ojo morado y él me aflojó un par de dientes.

—Qué amistad tan encantadora.

Jake volvió de nuevo la página de la partitura.

—Bueno, después de eso nos hicimos inseparables —le apartó el pelo de los hombros, y Samantha intentó no perder el hilo dula melodía—. Parece que teníais mucho de que hablar.

Jim es un encanto, y tenemos intereses mutuos.

—Mmm —Jake se movió ligeramente en el asiento. Su muslo rozó el de Samantha, y los dedos de ésta respondieron tocando tres notas falsas—. Tocas muy bien.

¿Se estaba burlando de ella? Samantha se volvió para mirarlo, pero no vio burla en sus ojos de jade.

—Sólo toco correctamente —puntualizó—. Toco bien la melodía general, pero los detalles me salen un poco borrosos.

—He notado que tienes tendencia a minusvalorarte. ¿Eres consciente de ello?

—Eso no es cierto. Pero sé qué hago bien y qué hago mal.

—Eres muy crítica contigo misma, y tiendes a subestimarte.

—Eso se llama sinceridad —replicó ella, acabando la canción con una floritura—. Soy una persona totalmente sincera.

—¿De veras, Samantha? —dijo él con suavidad—. Eso es lo que pienso averiguar.

# Capítulo 11

Los días eran cada vez más cálidos y bochornosos, y el cielo era de un azul imposible, rara vez suavizado por las nubes.

Las largas horas al sol habían acentuado el tono moreno de la piel de Samantha y las hebras doradas de su pelo. Mientras se mantenía ocupada, no tenía tiempo para hacerse preguntas. Podía disfrutar de los largos días de verano sin pensar en el otoño, y procuraba restringir sus faenas domésticas a las primeras horas de la mañana, pues con aquel calor su hermana parecía marchitarse como una rosa sedienta. En la larga calima de la tarde, Sabrina se movía lentamente por la casa, arrastrando su cuerpo pesado y torpe. Samantha no se atrevía a dejarla sola. Quedaban dos semanas para que naciera el bebé, y Samantha quería estar siempre donde su hermana pudiera encontrarla.

Una tarde particularmente bochornosa, se hallaban las dos sentadas en el cuarto de estar. Sabrina se levantó con esfuerzo de la silla para mirar por la ventana.

—Sam —dijo—, antes de irse al pueblo Dan me dijo que iba a haber tormenta. Por la pinta que tiene el cielo, creo que tenía razón.

Antes de que Samantha pudiera contestar, estalló súbitamente un relámpago. El viento les llevó el estampido de un trueno, y de pronto empezó a llover amares.

—Llueve con fuerza —dijo Samantha—. Así se refrescará un poco el ambiente —miró compasivamente el vientre abultado de su hermana.

La tormenta era cada vez más fuerte. El resplandor aserrado de los rayos iluminaba la habitación, y un viento furioso estrellaba la lluvia contra las ventanas. Las dos hermanas contemplaron absortas cómo iba consumiéndose la tormenta. Pronto la lluvia comenzó a gotear, indecisa, de los aleros del tejado, y los truenos se convirtieron en un retumbar lejano. El sol luchaba por asomarse, traspasando la oscuridad con la brumosa promesa de su luz.

—Menuda tormenta —dijo Sabrina exhalando un suspiro.

Samantha se apartó de la ventana y se dejó caer de nuevo en su sillón.

—¿Te acuerdas de que solías esconderte en un armario cuando había

tormenta?

—Claro que me acuerdo —le lanzó a su hermana una sonrisa cansina—. Y tú te quedabas en el porche, disfrutando como una loca, hasta que mamá te metía a rastras en casa, hecha una sopa. Y, con esta nota sobre el pasado —anunció Sabrina—, me voy a echar una siesta, Sam —al llegar a la puerta se dio la vuelta y miró a su hermana, que estaba recostada en el sillón con las piernas desnudas y los pies estirados con involuntaria elegancia—. Te quiero.

Samantha esbozó una sonrisa desconcertada y la miró marchar. Luego salió al porche y aspiró con delectación el aire que la lluvia había refrescado. Todo relucía. Las gotas de agua pendían como joyas de las yemas y las hojas de los árboles. Las flores se inclinaban bajo el peso del agua, pero la tormenta había avivado sus colores, haciéndolos refulgir y cobrar nueva vida. Un pájaro que volaba sobre un rayo de sol trinó al pasar por encima de su cabeza. Sobre el susurro mortecino del viento, Samantha podía oír el goteo cadencioso de la lluvia que caía de los aleros del tejado. Satisfecha, se acurrucó en la mecedora del porche y al instante se quedó dormida.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba adormecida en el suave crepúsculo cuando se despertó al sentir que le tocaban el hombro. Levantó la mirada, soñolienta, y bostezó.

—Ah, Bri, creo que me he quedado dormida. Se está tan bien aquí fuera...

—Sam, creo que el bebé ha decidido presentarse antes de lo previsto.

—¿Qué? ¿Cómo? —Samantha se levantó de un salto, espabilada de repente—. ¿Ya? Pero si Dan no está, y aún no es la hora. Siéntate, siéntate —ordenó, pasándose con nerviosismo las manos por el pelo.

—Creo que lo primero que hay que hacer es calmarse —sugirió Sabrina.

—Tienes razón. No voy a perder los nervios; ha sido sólo la impresión. No esperaba que esto pasara hasta dentro de una semana o dos.

—Yo tampoco —la sonrisa de Sabrina era medio divertida, medio compungida.

—Está bien, ¿desde cuándo tienes contracciones y cada cuánto tiempo?

—Desde hace sólo una hora, más o menos.

—Entonces creo que nos queda bastante tiempo —Samantha le dio una palmadita en la mano.

—Pero son cada vez más fuertes, y... —de pronto se calló, cerró los ojos y empezó a respirar metódicamente—. Y —continuó tras un último suspiro— muy seguidas.

—¿Cómo de seguidas? —preguntó Samantha, sintiendo que se le agarrotaba el cuello.

—Cada diez minutos.

—¡Diez minutos! —repitió Samantha—. Será mejor que te lleve al hospital. Voy a traer el coche. Tú quédate aquí —le dijo a su hermana, y salió corriendo hacia el garaje.

Al llegar al coche de Sabrina y sentarse tras el volante, comprobó con horror que el motor no respondía cuando giraba la llave de contacto. El cochecito farfullaba, emitía un gemido de disculpa y se callaba.

—No puedes hacernos esto —insistió, y le dio una palmada al volante—. Acabamos de arreglarte.

No tenía sentido perder el tiempo intentando averiguar qué le pasaba al coche. Estaba claro que no iba a ponerse en marcha, y Samantha no tenía ni la menor idea de qué podía pasarle.

Regresó corriendo a la casa y descolgó el teléfono de la cocina. Por lo menos podía llamar al doctor Gates. Pero, al ver que no había línea, dejó escapar un quejido de desesperación. ¡La tormenta había estropeado los teléfonos!

Procuró conservar la calma y regresó al cuarto de estar, donde Sabrina la estaba esperando. Le tendió las manos a su hermana y se arrodilló de modo que sus ojos quedaran al mismo nivel.

—Bri, el coche no arranca. Los hombres se han llevado todas las camionetas y los todoterrenos, y la tormenta debe de haber averiado las líneas telefónicas.

—Parece que estamos metidas en un buen lío —Sabrina respiró hondo.

—No va a pasar nada —Samantha la tomó de la mano para reconfortarla—. Voy a llevarte a la cama; luego agarro un caballo y me voy al Doble T. Si no me encuentro a ningún hombre por el camino, conseguiré allí una camioneta y la traeré. Como casi todas tienen radio, puedo llamar al médico de camino.

—Sam, vas a tardar mucho en llegar allí y en volver. No creo que nos dé tiempo a llegar al hospital. Tendrás que decirle al doctor que venga aquí.

—¿Aquí? —repitió Samantha, y sintió un nudo en la garganta. Sabrina asintió con la cabeza—. Está bien. No te preocupes, no tardo nada. Vuelvo volando.

Samantha corrió al establo y, sin perder tiempo en buscar una silla, saltó a lomos de su yegua.

Espoleó al poderoso caballo y partió a galope tendido. El paisaje era un borrón. El repicar de los cascos sofocaba el ruido de su respiración. Cada minuto que tardaba era un minuto que Sabrina pasaba sola. Se agachó sobre el caballo y volvió a azuzarlo para que fuera más aprisa.

Al ver a unos hombres a caballo, espoleó a la yegua para que saltara una cerca. Cuando los cascos del animal tocaron el suelo, Samantha volvió a hincarle los talones. Cabalgaron a toda prisa por el prado, espantando al ganado soñoliento.

Cuando alcanzó al grupo de hombres, tiró bruscamente de las riendas. La yegua se encabritó y estuvo a punto de descabalgarla. Samantha luchó por mantener el equilibrio, jadeando.

—¿Qué intentas hacer, romperte la crisma? Jake le quitó las riendas, enfurecido—. Si eres tan estúpida que no te importa lo que te pase, piensa por los menos en el caballo. ¿Qué pretendes conseguir cabalgando como una loca y saltando vallas? ¿Y tu silla? ¿Es que has perdido el juicio?

—Bri... —logró decir ella al fin entre bocanada y bocanada de aire—. Se ha puesto de parto, y el teléfono no funciona. El coche no arranca, y allí no hay nadie. Dan está en el pueblo. Bri dice que no nos da tiempo a llevarla al hospital, y tengo que llamar al médico —sintió que le ardían los ojos, llenos de lágrimas, y se mordió el labio, asustada.

—Está bien, tranquilízate —Jake se giró en la silla y llamó a uno de sus hombres—. Vuelve al rancho y llama por radio al doctor Gates. Dile que Sabrina Lomax está de parto y que vaya al Lazy L a toda prisa —se dio la vuelta y le devolvió las riendas a Samantha —Vamos.

—¿Vienes conmigo? —ella agarró con fuerza las tiras de cuero, llena de alivio.

—¿Tú qué crees?

Juntos partieron al galope.

Más tarde, Samantha sólo recordaría del viaje de vuelta la velocidad y el

estruendo de los cascos de los caballos. No había tiempo para hablar, ni para pensar. Desmontó antes de que su yegua se parara del todo, y Jake sujetó una vez más sus riendas.

—Cálmate, Samantha —le ordenó él al ver que subía los escalones de un salto y entraba por la puerta delantera. La casa estaba en silencio. Samantha corrió al dormitorio con el corazón en un puño. Sabrina, que estaba sentada en la cama, apoyada en varias almohadas, la saludó con una alegre sonrisa.

—Qué rápido. ¿Es que has ido volando?

—Casi, casi —contestó Samantha, sintiéndose desfallecer por el alivio—. Hemos mandado llamar al médico. Todo está bajo control —se sentó en la cama y tomó la mano de su hermana—. ¿Qué tal estás?

—Voy tirando —su mano se cerró sobre la de Samantha, tanto para reconfortarla como para buscar su consuelo—. Me alegro de que hayas vuelto. Aquí viene otra —Samantha se quedó mirándola, presa de una extraña impotencia. Apretó la mano de su hermana como si quisiera arrebatarle parte del dolor—. Habrá que agradecerle a mamá ese libro sobre el parto natural —Sabrina dejó escapar un largo y tembloroso suspiro, y se recostó en las almohadas—. No te preocupes tanto, estoy bien. Ah, hola, Jake —Sabrina miró hacia la puerta y saludó jovialmente a Jake—. No sabía que estabas aquí. Pasa. No es contagioso.

Él entró, en la habitación. Parecía muy alto, muy masculino y muy fuera de lugar. Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué tal estás?

—Oh, bien. Tú ya has visto parir a una vaca. Supongo que no habrá mucha diferencia —apretó la mano de Samantha—. Ahí viene otra.

Samantha se llevó su mano a la mejilla. ¿Dónde se había metido el médico? Sabrina debería estar en el hospital, atendida por expertos.

—Este bebé tiene mucha prisa —anunció Sabrina con un leve gemido—. Lo siento, Sam, pero no puedo esperar mucho más.

«Yo no sé nada de partos», pensó Sabrina en un momento de terror. «¿Qué voy a hacer? ¿Qué hago primero?».

Se levantó y se volvió hacia Jake.

—Ve a traer unas toallas limpias, montones de ellas.

—Está bien —Jake apoyó las manos sobre sus hombros un momento—. Si me necesitas, da un grito.

Ella asintió con la cabeza, entró en el cuarto de baño de la habitación y se lavó las manos y los brazos hasta que le dolieron.

—No va a pasarte nada —le dijo a su hermana al entrar de nuevo en la habitación.

—Claro que no —Sabrina se recostó en las almohadas y cerró los ojos—. Voy a tener a mi bebé, Sam, y lo voy a hacer de maravilla. Tú esto no puedes hacerlo por mí. Tengo que ser fuerte.

—Eres fuerte —apartó el pelo de las mejillas de Sabrina y de pronto se dio cuenta de que era cierto—. Eres mucho más fuerte de lo que creía.

Había recuperado la calma, y asumió el papel de comadrona guiada por un instinto inmemorial. Le enjugaba el sudor de la cara a su hermana, empujaba con ella, respiraba con ella y la animaba con ternura. Sabrina no había soportado todo lo que había soportado para dejarse vencer en el último momento, y Samantha no estaba dispuesta a que las cosas salieran mal.

—Está bien —Samantha se limpió el sudor de la frente y se incorporó—. Creo que esta vez está a punto de salir. Ya casi está fuera. Tienes que empujar.

Sabrina asintió con la cabeza. Estaba pálida y muy seria. El sudor le había oscurecido el pelo. Se estremeció y gimió al sentir el último agujonazo de dolor. Un llanto fino y agudo quebró el silencio de la habitación. Samantha tomó al recién nacido en sus brazos.

—Oh, Bri —miró atónita aquel cuerpecillo que se retorció.

En ese instante, Dan irrumpió en la habitación dos pasos por delante del médico.

De pronto, todo era muy sencillo. Dan estaba junto a Sabrina, dándole la mano, y la recién nacida yacía, envuelta en paños, en los brazos de su madre.

—Sólo una —suspiró Sabrina con los ojos iluminados—. De los gemelos tendrás que encargarte tú, Sam. Yo con una tengo bastante.

Algún tiempo después, Samantha cerró la puerta tras ella y se dirigió a la cocina. Jake levantó la vista al oírla entrar.

—Es una niña —Samantha se sentó en una silla—. El médico dice que está

perfectamente. Pesa más de tres kilos. —Bri está bien —se apartó el pelo enredado y se pasó la mano por la frente—. Quiero darte las gracias.

—Yo no he hecho nada.

—Estabas aquí —ella levantó los ojos, que de pronto parecían muy jóvenes y vulnerables—. Necesitaba saber que estabas aquí.

—Samantha —Jake sonrió y sacudió la cabeza—, tú sí que sabes encontrar los puntos flacos de un hombre. Voy a traerte una copa —regresó un momento después con una botella de coñac y dos vasos. Se sentó frente a ella y llenó los vasos generosamente—. No es champán, pero servirá —levantó su vaso y lo hizo chocar con el de ella—. Por la madre y la hija, y por Samantha Evans —hizo una pausa y su sonrisa se disipó—. Una mujer increíble.

Samantha apoyó los brazos sobre la mesa, reposó la cabeza en ellos y rompió a llorar.

—Estaba tan asustada... Jake la abrazó, y su hombro sofocó la voz de Samantha—. Nunca había tenido tanto miedo. Pensaba que iba a perderlas a las dos.

Él le levantó la barbilla y le frotó la espalda.

—Tú eres una superviviente, Sam. Eres tan terca que no permitirías que nada les pasase a Sabrina y al bebé.

Samantha apoyó la frente en su pecho y procuró contener las lágrimas.

—Siempre parezco derrumbarme delante de ti.

—Y no te hace mucha gracia, ¿eh? —Samantha sintió que los labios de Jake descendían sobre su pelo y dejó que la acunara en sus brazos—. La mayoría de la gente no busca la perfección, Sam. Les parece aburrida. Tú —dijo él, tomando su cara entre las manos— nunca me aburres.

Ella sollozó y esbozó una sonrisa.

—Supongo que eso era un cumplido —cediendo a un impulso, se inclinó y apoyó la mejilla contra la de Jake—. Yo tampoco me aburro contigo.

—Bueno —él le acarició el pelo un momento, y su voz sonó extrañamente suave—, eso es lo más bonito que me has dicho. Ahora, bébete esto —la apartó suavemente y le dio el coñac.

Ella obedeció, dejó que el calorillo del licor se difundiera por sus venas y exhaló un suspiro.



—Bri se lo ha tomado mejor que yo —bebió otra vez. Jake se sentó a horcajadas en una silla y apoyó los brazos sobre el respaldo—. Cuando he salido de la habitación, estaba tan tranquila, con la niña en brazos, como si acabara de celebrar una merienda campestre. Dan parecía estar a punto de caerse redondo, y yo estaba para el arrastre. Bri, en cambio, estaba como una rosa.

—Tu hermana es una mujer muy fuerte.

—Lo sé —Samantha fijó los ojos en la mesa—. Me ha dicho que ahora tiene alguien que depende de ella. Supongo que ha llegado el momento de dejar de hacer de hermana mayor. Ya no lo necesita.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó él con desenfado.

—Voy a quedarme un par de semanas más. Luego, seguiré adelante —a pesar de que se esforzaba, sólo veía un vacío delante de sí.

—¿Con qué?

Ella crispó los dedos alrededor del vaso.

—Con mi trabajo, con mi vida —bebió, y el coñac le supo amargo.

—¿Sigues empeñada en marcharte? —Jake levantó su vaso e hizo girar el líquido. El licor ambarino danzó bajo la luz de la cocina—. No has visto Wyoming en otoño.

—Tienes razón —contestó ella, eludiendo su pregunta anterior—. Puede que vuelva el año que viene —se miró las manos, y comprendió que no volvería.

En ese momento, Dan irrumpió en la cocina con una sonrisa que amenazaba con descomponerle la cara.

—¡Tiene hambre! Acaba de dar a luz, y dice que tiene hambre. Sam, te quiero —la levantó de la silla y la lanzó al aire. Samantha se echó a reír y se agarró a sus hombros, dejando escapar un grito de alegría que sofocó el abrazo de oso de Dan—. Te juro que, si la bigamia no fuera delito, me casaría contigo.

—Si no me aplastas antes —logró decir ella, girando la cara para tomar aire.

—Oye, Jake —Dan miró a Jake mientras sus brazos amenazaban con aplastar la caja torácica de Samantha—. ¿Has conocido alguna vez a una mujer como ésta?

—No —Samantha advirtió una sonrisa en la voz de Jake, a pesar de que desde donde estaba no podía verle la cara—. Samantha es única. No hay nadie

como ella.

Jake se puso en pie, levantó su copa de coñac y brindó por los dos.

## Capítulo 12

—Sam, la vas a malcriar.

—Imposible —Samantha sonrió a su hermana. Estaba sentada en la mecedora del porche y sostenía en brazos a la pequeña Jennifer, nacida hacía una semana—. Es demasiado inteligente como para dejarse malcriar. Y, además, malcriarla es privilegio de su tía.

Mientras se mecía, sus labios se deslizaron hasta la suave mata de pelo negro de Jennifer. «Dentro de poco no podré hacer esto». Miró los enormes picos que relucían, azulados, al sol de la tarde. Una leve brisa agitaba el aire, llevando un dulce olor a hierba recién segada. Samantha aspiró aquel olor, mezclado con el suave aroma de los polvos de talco de Jennifer, y un suspiro escapó de sus labios.

Hasta entonces, no había sido consciente de que pudiera quererse tanto a una criaturita como aquélla. Otro amor que debía dejar atrás. «Dentro de una semana, tendré que decir adiós a todo lo que me importa: Bri, Dan, Wyoming, y ahora a Jennifer».

«Pero eso sólo son rasguños y abolladuras», pensó de nuevo. «Dejar a Jake, en cambio, es una herida abierta».

Jake Tanner era un hombre complicado, compuesto por muy distintas caras: arrogante y tierno, exigente y amable, dulce e iracundo. Para ella, sin embargo, se trataba de una sencilla ecuación amorosa.

«Maldito seas, Jake Tanner. Si no fuera por ti, podría quedarme. Mi sitio está aquí. Lo sentí la primera vez que vi las montañas. En Filadelfia no tengo nada. Tú me has dejado sin nada a lo que volver».

—Parece que Lesley viene a hacernos una visita —comentó Sabrina.

Samantha salió de su ensoñación con sobresalto y vio que un coche último modelo avanzaba por el camino de entrada. Procuró sofocar un arrebato de celos y compuso una expresión amable.

—Sabrina, qué buen aspecto tienes —dijo Lesley con evidente sorpresa—. Sólo hace una semana que has dado a luz, y estás... —titubeó, buscando una palabra adecuada.

—¿Radiante? —sugirió Sabrina, y se echó a reír—. Acabo le dar a luz, Lesley, no de sufrir una operación a corazón abierto.

—Pero pasar por eso aquí, y sin médico... —se volvió hacia Samantha—. —Jake me ha dicho que te ocupaste maravillosamente de todo.

Samantha se encogió de hombros, incómoda por oír un cumplido de Jake en boca de Lesley.

—Jake es muy amable, pero el único mérito es de Sabrina.

—Bueno, la verdad es que tener un niño no es una idea que me vuelva loca —Lesley se estremeció delicadamente—. Pienso posponerlo todo lo posible —se acercó y se inclinó sobre la niña dormida—. Es preciosa, Sabrina. Monísima.

—¿Quieres tenerla en brazos? —preguntó Samantha.

—Oh, no —Lesley retrocedió—. Me temo que no se me dan muy bien los niños.

Mientras Lesley se apartaba, Samantha descubrió el brillo del enorme diamante que lucía en su mano izquierda. Lesley se dio cuenta y extendió la mano.

—No sabías que me he comprometido, ¿verdad, Sabrina?

—No —Sabrina miró de soslayo a su hermana—. No nos habíamos enterado.

—Bueno, claro, habéis estado muy ocupadas —mover los dedos, complaciéndose en el fulgor cambiante de la sortija—. Además, todavía no lo hemos anunciado oficialmente. Estamos organizando una fiesta para la semana que viene. En realidad, ahora iba al pueblo para empezar a comprarme el ajuar. Naturalmente, tendré que ir a Nueva York para comprarme algo de ropa como es debido, pero de momento tendré que conformarme con lo que haya aquí. Hemos fijado la boda para fines de septiembre —se alisó el pelo perfectamente peinado con una mano inmaculada—. Yo hubiera preferido tener más tiempo, pero los hombres no tienen ni idea de lo que cuesta organizar bien las cosas —sonrió otra vez—. Bueno, tengo que marcharme. Aún me quedan muchas cosas que hacer. Espero que puedas asistir a la boda, Samantha.

Sabrina miró otra vez a su hermana.

—Sam no estará aquí en septiembre, Lesley.

—Oh, qué lástima —dijo distraídamente Lesley, que estaba ya pensando

en su guardarropa. Abrió la puerta del coche, se deslizó tras el volante y se alejó agitando la mano.

Sabrina se puso en pie, tomó en brazos a Jennifer, que seguía durmiendo, y entró en la casa. Cuando regresó, se sentó en el brazo de la mecedora y posó una mano sobre el hombro de Samantha.

—Sabía que era inevitable —murmuró Samantha—. Pero no quería estar aquí cuando sucediera. No sabía que iba a dolerme tanto. Oh, Bri —levantó la mirada hacia su hermana con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué voy a hacer?

Por primera vez en su vida parecían haberse cambiado los papeles, y Samantha era la más débil de las dos, la que necesitaba apoyo y consuelo.

—No puedes seguir así, Sam. ¿Por qué no hablas con él? —Sabrina acarició la densa melena de su hermana—. Aquí está pasando algo raro. Tenéis que aclarar las cosas.

—No. No voy a permitir que se compadezca de mí.

—El orgullo puede ser muy mal consejero —murmuró Sabrina.

Samantha se levantó.

—Voy a irme antes de lo previsto, Bri. Puedo tenerlo todo arreglado para pasado mañana; tal vez incluso para mañana por la noche.

—Sam, no puedes huir de él.

—Mírame, por favor, Sabrina.

—Mamá y papá no llegan hasta dentro de unos días. Se llevarán una desilusión si no estás aquí.

—Lo siento, me molesta no verlos, pero no puedo soportarlo —se detuvo y, sorprendida por su propia afirmación, repitió—. No puedo soportarlo.

—Pero Sam... —Sabrina se reunió con ella junto a la bandilla del porche—. Por lo menos deberías hablar con Jake. ¿No quieres saber cómo se siente él? No puedes marcharte sin hablar con él, sin decirle adiós. Hay algo raro en todo esto. Ha estado pensando en vosotros. He visto cómo te mira.

Samantha sacudió la cabeza y se acercó a la puerta.

—No. Jake no ha dado la cara desde que nació la niña, y Lesley Marshall lleva su anillo de compromiso. Un diamante. Jake ya tiene lo que quería.

Samantha se pasó la tarde haciendo las maletas mineras Shylock — tumbado, como solía, en el centro de la cama—, la observaba en silencio y con expresión de reproche.

Por fin se acostó, pero pasó casi toda la noche mirando el techo iluminado por la luna, y se levantó nada más filtrarse la primera y pálida luz del alba en la habitación. Las sombras malvas que tenía bajo los ojos eran el triste tributo a sus horas de insomnio.

La casa dormía aún cuando salió para dirigirse a los establos. Ensilló a su yegua con rapidez y partió al galope en medio de la leve bruma de la mañana.

A medida que el cielo se iluminaba, el aire iba cobrando vida con el dulce canto de los pájaros. Samantha escuchaba con pesadumbre la canción del oeste, pues sabía que aquella melodía perduraría por siempre en su corazón, y contemplaba las montañas transformadas por el amanecer. Jirones rosados y amarillos se fundían en el azul del cielo hasta que los picos dejaron de ser simples siluetas para elevarse, airosos, al resplandor del sol. Samantha se detuvo para mirar por última vez a las Hereford de cara blanca que pastaban en la hierba corta y recia. Sabía que su amor por aquel paisaje agreste estaría por siempre unido a su amor por Jake. Al despedirse de uno, se despedía también del otro. Irguió los hombros y regresó al Lazy L.

Cuando llegó a la casa, le dio los buenos días a su hermana con un alegre parloteo, a pesar de que sus palabras sin sentido no podían ocultar su mirada privada de sueño. Sabrina no hizo comentario alguno, y al cabo de un rato desapareció en el dormitorio para ocuparse del bebé.

Al quedarse sola, Samantha se puso a deambular de ventana en ventana. «Esta noche», pensaba, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros, «estaré en el avión. Y mañana por la mañana todo esto me parecerá un sueño».

—Buenos días, señora.

Samantha se giró tan bruscamente que estuvo a punto de volcar un jarrón de rosas. Jake estaba apoyado en el quicio de la puerta, con los tobillos cruzados, como si llevara un rato observándola.

—¿Qué haces aquí?

El se acercó.

—He venido a recogerte —dijo con irritante laxitud.

—¿A recogerme? ¿De qué estás hablando? No soy un perro, ni una ternera

a la que se pueda recoger.

—Bueno, una ternera sí que podrías ser. Siempre huyes en la dirección equivocada Jake extendió la mano y la agarró del brazo—. Ven, vamos a dar un paseo a caballo —su tono de voz era amable, pero acerado.

Samantha se desasíó, recelosa y enfurecida por su arrogancia.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. ¿Por qué no te largas y me dejas en paz?

—No puedo, Sam —contestó él con paciencia—. Tenemos un asunto pendiente. Se te ha acabado el tiempo.

El fuego de los ojos de Samantha chisporroteó y se apagó.

—No puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio.

—Pero... ¿y Lesley?

—Ella no está invitada —contestó él con sencillez.

—No voy a ir contigo —dijo ella, entre el terror y la furia—. No puedes obligarme.

Jake se detuvo y la miró desde su altura.

—Claro que puedo —dijo con aplomo. Y, con un movimiento veloz, se echó a Samantha sobre el hombro—. ¿Lo ves? —recorrió sin esfuerzo el pasillo—. No pasa nada.

—¡Suéltame! —ella comenzó a darle furiosos puñetazos en la espalda—. Esto es una locura. ¡Es ilegal! ¡Haré que te encierren!

—¿En serio? Estoy muerto de miedo.

Jake siguió avanzando por el pasillo como si llevara al hombro un saco vacío y no una mujer iracunda que le daba puñetazos en la espalda. Se detuvo y se tocó el ala del sombrero cuando Sabrina apareció en la puerta de su dormitorio con el bebé en brazos.

—Buenos días, Sabrina —dijo con campechanería, y estiró el cuello para ver a Jennifer—. Es preciosa.

—Gracias, Jake. A nosotros también nos lo parece —Sabrina se puso a acunar a la niña y sonrió—. ¿Vais a salir?

—He pensado que podíamos ir a dar un paseo a caballo —contestó Jake—. Puede que tardemos.

—Hace buen día para pasear. No hay ni una nube en el cielo.

—¡Bri! —gritó Samantha, desesperada—. No te quedes ahí parada. ¡Haz algo! —se apartó el pelo que le caía sobre la cara—. ¿No ves lo que está haciendo? Me está raptando. ¡Llama a la policía! ¡Llama a Dan! —dijo mientras Jake se tocaba de nuevo el ala del sombrero y seguía avanzando por el pasillo—. ¡Bri, di algo!

—Que os divirtáis —contestó su hermana.

Samantha se quedó boquiabierta un momento. Luego derramó un torrente de improperios sobre Jake, pero él siguió avanzando con expresión imperturbable y recogió las riendas de su montura, que le entregó un vaquero sonriente.

—Parece que te has buscado una buena, Jake.

—Creo que puedo apañármelas —replicó él, y se montó en la silla con Samantha todavía al hombro. La colocó delante de él en la silla con una facilidad que desmentía su aparente indolencia, y espoleó al caballo antes de que a Samantha se le ocurriera un modo de escapar.

—Vas a pagar por esto —prometió Samantha, agarrándose al pomo de la silla para no perder el equilibrio—. No puedes huir conmigo así como así!

—No he visto que nadie intentara detenerme —señaló Jake.

Siguió el camino sin aminorar el paso y al cabo de un rato cruzó un prado abierto. Al llegar a una pequeña arboleda, se detuvo y agarró a Samantha por la cintura cuando ella intentó bajarse.

—No hagas eso, Sam —le advirtió alegremente—. Tendría que perseguirte, y no se me da muy bien echar el lazo.

Jake se apeó del caballo y, antes de que los pies de Samantha tocaran el suelo, se la echó de nuevo al hombro. La tumbó sin ceremonias bajo las frágiles ramas de un sauce, que se inclinaban hacia el suelo, y se cernió sobre ella, sonriendo con evidente placer.

—Vas a lamentarlo le amenazó ella, intentando sofocar su ira—. Voy a... —el resto de las palabras se esfumó cuando Jake se tumbó junto a ella—. Tú... no puedes hacerme esto, Jake. No eres de esos capaces de forzar a una mujer.



—¿Quién lo dice? la tumbó sobre la suave hierba y la cubrió con su cuerpo.

Samantha sintió como una traición la respuesta instantánea de su cuerpo. Se le erizó la piel cuando la boca de Jake comenzó a deslizarse sobre ella.

—No vas a hacerlo.

—Te dije una vez... —Jake le besó suavemente la oreja, y sus palabras sonaron cálidas y suaves—, que no olvidarás tus propias palabras. Hay cosas que, sencillamente, uno tiene que hacer.

La besó lentamente. Cuando Samantha vio de nuevo libre su boca, respiró hondo y le espetó con rabia:

—¿Qué clase de hombre eres? Seducir a una mujer mientras planeas casarse con otra...

Él entornó los ojos con indolencia. Se apoyó en un codo y sujetó a Samantha con el otro brazo. Luego levantó la cabeza y le desabrochó el botón de arriba de la blusa.

—Supón —dijo, pasando al siguiente botón— que me dices con quién voy a casarme.

Sus dedos se deslizaron lentamente por la garganta de Samantha y por la tersa piel que dejaba al descubierto la blusa abierta, hasta que se detuvieron en el siguiente botón. Ella sintió el palpito de su sangre en los oídos. Los ojos de Jake la mantuvieron inmóvil mientras él le abría la blusa. Lentamente, los dedos de Jake vagaron por su piel cálida, moviéndose con despreocupada avidez sobre ella. Los ojos de Samantha se nublaron de deseo.

—Dime con quién voy a casarme, Samantha —Jake se movió de nuevo, amoldando su cuerpo al de Samantha. Su camisa era cálida contra la piel desnuda.

—Con Lesley —balbuceó ella.

—No —su boca se deslizó por la curva de la garganta de Samantha, cuya delicada piel excitaba su lengua.

Samantha sintió que le desabrochaba los vaqueros. Jake apartó la tela y acarició con un dedo su cadera. Intentando conservar la cordura, Samantha lo empujó para apartarlo de sí.

—Para, por favor.

—No puedo, Sam —Jake acarició la curva de sus caderas y deslizó las manos hasta sus pechos—. He esperado mucho tiempo.

—No voy a quedarme... ¿Has dicho que no vas a casarte con Lesley?

Él frunció el ceño, pensativo, mientras se enroscaba en el dedo un mechón de su pelo.

—Creo que eso he dicho, sí. No sé por qué te recoges el pelo, con lo bien que te queda suelto.

—Pero Lesley lleva tu anillo.

—Mi anillo, no —contestó Jake, concentrado todavía en 1 pelo que enroscaba en sus dedos—. Se te ha aclarado el pelo estas últimas semanas; eso es que no te has puesto sombrero. Lesley lleva un diamante, ¿no? Te dije una vez que los diamantes no eran para ti. Son fríos y poco imaginativos. Pero así es Lesley —se encogió de hombros y empezó a besarle la cara otra vez—. A Jim, en cambio, no parece importarle —Samantha, que intentaba seguir el hilo de sus palabras, sacudió la cabeza con esfuerzo—. Lesley va a casarse con Jim Bailey. Seguro que te acuerdas de él. Estuvisteis hablando en la fiesta.

—Sí, pero...

—Nada de peros —la interrumpió él—. A Lesley le gusta jugar a varias bandas, y cuando por fin entendió que conmigo no tenía nada que hacer, pescó a Jim sin resistencia por su parte.

—Pero yo creía que...

—Sé lo que creías —la interrumpió de nuevo él, y sonrió—. Pensabas huir antes de lo previsto, ¿eh?

—No iba a huir. ¿Cómo sabías que iba a marcharme?

—Me lo dijo Sabrina.

—¿Bri? —musitó Samantha. ¿Se lo había dicho Bri?

—Sí. Vino a verme ayer, mientras tú hacías la maleta. Me gusta este sitio —afirmó, y besó el hueco de la garganta de Samantha—. Desde ayer no he parado, intentando dejarlo todo arreglado para poder irme de luna de miel. En esta época del año, hay mucho trabajo en el rancho.

—¿Luna de miel? —su piel temblaba allí donde los labios de Jake se posaban.

—Tengo un buen capataz —continuó él como si pensara en voz alta—. Creo que podrá ocuparse de todo por un tiempo. La verdad es que me vendrían bien un día o dos más. Había pensado en una larga luna de miel, en un sitio tranquilo —volvió a fijar su atención en el semblante perplejo de Samantha—. Nunca has estado en Bora Bora, ¿verdad?

Samantha intentó hablar despacio, con claridad, a pesar de que sus emociones giraban como un vendaval de verano.

—¿Insinúas que estás arreglando los asuntos del rancho para que te quede tiempo libre para que nos casemos?

—Sólo intento ser práctico —explicó él con una sonrisa candorosa.

—¡Serás arrogante! ¿Qué te hace pensar que voy a casarme contigo? Te pones a hacer todos esos planes y esperas que me vaya contigo a Bora Bora como si fuera un perrito. De todos los machistas que he...

—¿Qué te parece la Antártida? —sugirió, intentado mostrarse razonable—. Allí tampoco hay mucha gente.

—Estás loco. Nunca he dicho que fuera a casarme contigo. ¿Qué te hace pensar...? —su diatriba quedó interrumpida cuando la boca de Jake la obligó a guardar silencio. Cuando él por fin la dejó respirar, su voz había perdido fuerza—. Eso no va a servirte de nada. No estoy enamorada de ti.

—Creo recordar que dijiste que eras una persona totalmente sincera —Jake la miró fijamente y le levantó la barbilla para que no pudiera apartar la cara—. ¿Te importaría mirarme y repetirme lo que acabas de decir? Has estado dándome largas desde el principio, y creo que estoy a punto de perder la paciencia —sus labios volvían a incitarla, y sus manos se movían sobre ella con mayor urgencia—. Mmm, pero tienes un cuerpo precioso. No puedo aguantar mucho más. Seis meses es mucho tiempo, Sam. Te he deseado desde el momento en que le dijiste a Dan que me ocupara de los caballos.

—Sí, me dejaste claro enseguida lo que querías —Samantha ya no forcejeaba; yacía, inerte, en sus brazos.

—Te di que pensar. Naturalmente, tú no sabías que también quería que fueras mi mujer. Fue fácil decirte que te deseaba, pero me resultaba mucho más difícil decirte que te quería. Sam, mírame —ella movió la cabeza de un lado a otro, pero él la agarró con firmeza de la barbilla—. Mírame —ella obedeció, y sus párpados se abrieron para dejar al descubierto unos ojos velados por las lágrimas—. Pequeña idiota obstinada. Escúchame con atención, nunca le he

dicho esto a otra mujer, y he tenido que esperar mucho para decírtelo a ti. Sino te casas conmigo pronto, voy a volverme loco —se apoderó de su boca, y el mundo comenzó a girar a su alrededor hasta disolverse en la nada. Samantha lo rodeó con los brazos, sintiendo que su tristeza se esfumaba para transformarse en una indecible alegría—. Samantha... —Jake enterró la cara entre su pelo—. Lo que me has hecho pasar...

—No lo entiendo —ella atrajo de nuevo su cara hacia sí; necesitaba ver la verdad reflejada en sus ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Pensaba que no creerías que me había quedado boquiabierto al ver la fotografía de una niña a la que casi le doblaba la edad, y que luego perdí completamente la cabeza al ver a la mujer en la que esa niña se había convertido. Si no hubieras estado tan pendiente de Sabrina cuando nos conocimos, habrías visto la cara que pone un hombre cuando le alcanza un rayo.

—¿Así, sin más? —llena de asombro, Samantha trazó con los dedos los ángulos de su cara para asegurarse de que no estaba soñando.

—Así, sin más —dijo él, y se llevó la palma de su mano a los labios—. Luego, cuando me recuperé un poco de la impresión, comprendí que tendría que esperar mientras te dedicabas en cuerpo y alma a Sabrina, hasta que comprendieras que en tu vida había sitio para alguien más. Luego me dijiste que pensabas marcharte en cuanto naciera el bebé. Estuve a punto de estrangularte —apretó la mano de Samantha y volvió a mirarla a los ojos—. ¿Cómo iba a decirte que te quería, que quería casarme contigo, que quería que te quedaras en Wyoming? La noche de la fiesta, en la cocina, decidí no dejarte escapar, costara lo que costase.

—Pero yo no quería marcharme —ella movió la cabeza enérgicamente, como si Jake debiera haberse dado cuenta desde el principio—. Era sólo que no podía soportar verte casado con Lesley.

—¿Sabes?, las cosas podrían haberse complicado aún más si Sabrina no hubiera ido a verme y no hubiera puesto las cartas boca arriba. Se parece más a ti de lo que pensaba —levantó la cara, riendo—. Me dijo que me sentara y le prestara atención. Que nunca había visto a dos personas rondarse tanto tiempo sin llegar a ninguna parte.

—No es propio de Bri entrometerse en los asuntos de los demás.

—Pues te aseguro que le salió de maravilla. Lo primero que hizo fue preguntarme por qué demonios me había comprometido con Lesley. Yo debí

mirarla como si estuviera loca. Cuando por fin conseguí decirle que no iba a casarme con Lesley, me echó una bronca de mil demonios. Mientras me regañaba, dijo que estabas empeñada en irte a casa y que yo era idiota por no hacer estado más atento. Luego cruzó los brazos, sacó la barbilla como sueles hacer tú y me preguntó qué demonios pensaba hacer al respecto.

Samantha lo miró y movió la cabeza de un lado a otro, asombrada.

—Ojalá la hubiera visto.

Jake sonrió y se inclinó hacia ella.

—Mírate al espejo alguna vez —la piel de ambos se encontró sin barreras y, con un leve gemido de desesperación, Jake se apoderó de su boca. Su recio torso comprimió los pechos de Samantha—. Déjame oírtelo decir, Samantha —murmuró, incapaz de resistirse a la curva de su cuello—. Necesito oírtelo decir.

—Te quiero —su boca buscó la de Jake y sus brazos lo apretaron contra sí—. Te quiero. Te quiero.

Se besaron otra vez, y el silencio de Samantha le habló de nuevo a Jake.

—Te necesito, Samantha —sus besos y sus caricias eran cada vez más ávidos, más posesivos, más exigentes—. No sabía que pudiera necesitar tanto a alguien. Quiero tenerte para mí solo una temporada, sin distracciones, sin complicaciones, sólo tú y yo. Tenemos que recuperar seis meses de amor. Voy a tenerte totalmente ocupada muchísimo tiempo —levantó la cara, sonrió y le acarició el cabello extendido sobre la hierba—. Muchísimo tiempo.

Samantha le devolvió la sonrisa y deslizó las manos por su pecho hasta rodearle el cuello.

—Yo también pienso tenerte ocupado. Tus vacas se van a quedar muy solas —le quitó el sombrero, lo tiró a un lado y se volvió hacia él alzando las cejas—. Bueno, vaquero —le rodeó el cuello con los brazos y metió los dedos entre su pelo—. Empieza ya.

—Sí, señora —Jake asintió educadamente, bajó la cabeza y se apresuró a cumplir sus órdenes.

**Fin**